
Desde el otro lado
CAESARS PALACE
EL AMOR NO TIENE QUE SER CONTROL
Ariel Zorion

Desde el otro lado

Ariel Zorion

arielzorion@gmail.com
www.arielzorion.com
Instagram: @ariel_zorion

Es al separarse cuando se siente y se comprende la fuerza con que se ama —Fiódor Dostoyevski

Sinopsis

Richard James Terman es un músico de renombre internacional. Tiene una vida aparentemente cómoda y agradable, hasta que descubre de forma inesperada la infidelidad de su mujer. Ese hecho resulta traumático para él y comienzan a aflorar asuntos del pasado y de su personalidad que deberá resolver.

Unos meses después, conoce a Laura, de quien se enamora perdidamente. Pero se ha convertido en un hombre inestable con grandes dificultades para gestionar sus emociones, lo que complicará su relación con ella de forma inimaginable.

Desde El Otro Lado es un libro que relata el proceso de cambio que sucede en Richard y todas las fases que atraviesa, contadas desde su propia experiencia personal. Por el camino, tendrá que aprender el verdadero sentido del amor, ya que éste nunca es sinónimo de necesidad.

Prólogo

Creía que todo iba bien. Es decir, nada me indicaba que tuviera motivos para preocuparme. De verdad, nada. Sé que puede sonar estúpido y hasta pueril o, no sé, tal vez denotar cierta ceguera emocional. Pero no es eso. Yo creía firmemente que nuestra relación tenía un buen estado de salud. No era una persona desafecta ni nada por el estilo. De hecho, creo que siempre he sido demasiado emocional en mi día a día, demasiado apasionado en todo lo que hacía. Quería mucho a mi mujer. Supongo que por eso me resultó tan inexplicable todo y tan difícil de digerir.

Estábamos en plena gira cuando la venda se me cayó de los ojos de una manera tosca, desagradable y cruel. Tampoco creo que me mereciera aquello, si soy sincero. Hay otras formas, ¿no? Habían sido años de mucho trabajo, con muchos días y muchas noches lejos de casa, sacrificando cosas que eran importantes para mí como ver crecer a mis hijos, tan pequeños todavía. Sabía que eso en una relación pasa factura y trataba de compensarlo como podía, siendo más cariñoso, estando más presente en los pocos momentos en los que podía estar. Aquel día, precisamente, volví antes a casa. Era una sorpresa. Y la sorpresa me la llevé yo.

A veces, el éxito trae esas cosas, una extenuante dedicación al sueño cumplido que tienes que alimentar para que no desaparezca. Te devora y pide cada vez más de ti. Es como un ente que crece y crece y te absorbe. Sospecho que, tal vez, esa distancia de literalmente miles de kilómetros, me impidió mirar con detenimiento. No lo vi venir, así de sencillo. Es imposible que alguien que no lo haya sufrido en carne propia sea capaz de saber el tipo de traición que uno siente, el dolor descarnado, la incredulidad. Sí, aquel día regresé antes. No quería esperar a coger el vuelo que teníamos programado porque había uno que llegaba antes y quería estar con mi familia. Sólo eran unas pocas horas antes, algo casi insignificante, pero para mí el esfuerzo ya valía la pena. Los niños estaban en el colegio. Supuse que podía ser algo bonito y también, no lo voy a negar, excitante. Podíamos estar solos

los dos, mimarnos y amarnos como cuando éramos jóvenes, de esa forma despreocupada y sin obligaciones, con la casa entera para nosotros. Había anticipado en mi imaginación un montón de situaciones, excepto la que encontré ante mis atónitos ojos.

Seguro que hay cosas peores, no lo dudo. En fin, dicen que a cada uno le duele lo suyo. Y yo sentía que tenía todo el derecho a que mi dolor me doliese. Aquella mañana, cuando regresé antes de San Francisco, descubrí a mi mujer y mi mejor amigo montándoselo en nuestro dormitorio, un lugar supuestamente reservado sólo para nosotros dos, amantes desde la Universidad, dos personas que se entendían tan bien y que supuestamente nos queríamos por encima de todo. Creía que ella seguía enamorada de mí como lo estaba yo, pero obviamente me equivoqué.

En nuestro dormitorio. Todavía me cuesta creerlo cuando lo pienso. Podían haberse ido a un hotel. Podían haberse acostado en casa de él que, total, estaba sólo un poco más arriba que la nuestra, en la misma calle, el mismo vecindario. Fue tan amargo. Tuve la sensación de que querían que los descubriera. ¿Por qué? ¿Acaso querían verme sufrir? Aún me resulta incomprensible. Yo les quería tanto a ambos.

Me quedé huérfano, en un sentido metafórico, porque perdí el cobijo que crees que te da la seguridad del matrimonio, de una familia con dos niños pequeños y el de una amistad que considerabas a prueba de cualquier adversidad. Perdí mi fe en el amor y la amistad. Perdí la fe en mi instinto, incapaz de detectar que se estaba gestando con descaro a mis espaldas y, al mismo tiempo, delante de mis narices, una deslealtad que mordía el corazón.

Fueron meses difíciles después de aquello. Me sentí perdido, sin identidad y en cierta medida muerto, porque había descansado mi más absoluta confianza en las dos personas que menos lo merecían.

Y ahí empezó todo. Fue el origen de un nuevo yo que tuvo que transitar por un páramo emocional hasta que la encontré.

Laura.

Ella lo cambió todo.

Pero cuando la hallé, no supe estar a la altura de lo que necesitaba y a punto estuve de perderla.

1

El primer encuentro

Recuerdo cuando la vi por primera vez en aquella fiesta. No sé qué me llamó tanto la atención de ella. Tal vez no haya explicación. Simplemente, teníamos que encontrarnos. Supongo que en la vida no todo tiene por qué tener una lógica aplastante, por más que nuestra mente tan racional a veces se empeñe en encajar todas las piezas.

Nuestras miradas se cruzaron. Un segundo. Luego dos. Después me quedé enganchado. Su risa inundaba el local, un local abarrotado de gente y yo sólo podía escucharla a ella, como si intuyera que era mi tabla de salvación. Estaba en uno de los peores momentos después de aquello que me hirió hasta el desgarro. Parecía que debajo de cada fondo había uno nuevo más profundo que el anterior. Hasta aquel día, hasta aquella risa, hasta aquella forma de devorar la vida en un solo instante, único, irrepetible.

La quise para mí y lo quise para mí, a ella y su forma de ser y de ver la vida, porque intuía que sería el faro destinado a iluminar la oscuridad en la que estaba inmerso y me daría un motivo para recuperarme, para reencontrarme y volver a ser yo y no aquel ser taciturno y amargado en el que me había convertido. Como en el mito de la caverna de Platón. Alguien tenía que decirme que era el momento de salir.



No estaba sola. Enseguida me di cuenta de quien era su acompañante, porque cuando rehuyó mi mirada buscó los ojos de él, su refugio, el puerto en el que anclar. Y ahí me sentí tremendamente inseguro. Entre ellos había complicidad y sentí una punzada de envidia totalmente irracional, porque no la conocía, porque aún no era parte de mí. Y a pesar de todo, volví a buscar sus ojos castaños. Fue un juego adolescente. Nos mirábamos tímidamente y luego disimulábamos, un par de veces, quizás. Hasta que nuestros ojos por fin se encontraron y empezaron a hablar. No sé que pasaría por su

cabeza al principio. La mía era un torbellino anticipando un montón de situaciones en las que todo acabaría mal. No quería volverme a enamorar. No quería volver a sufrir. Mi corazón desgajado no se lo podía permitir. Pero tampoco quería dejarla escapar sin saber algo más.

Yo estaba con mis compañeros del grupo y con un productor musical con el que estábamos intentando que colaborase en nuestro siguiente álbum. Cuando vi que le decía a su amigo algo cerca del oído y después se alejaba, me decidí a ir tras ella y acercarme. ¿Qué más podía perder? Ya estaba roto por dentro.

Se acercó a la barra a pedir una botella de agua y pedí lo mismo para mí. Me situé justo detrás y me emborraché de su aroma a almendras dulces. El calor de la cercanía de su piel inundó la mía y sentí la necesidad de abrazarla, aún no sé por qué. Lo he pensado muchas veces. Me he acordado de aquel preciso instante y no encuentro un motivo que justifique aquel impulso. Quizás era mi necesidad de cariño o quizás que, lo que vi en aquellos ojos, fue a una persona transparente y buena.

Estaba tan nervioso que creí que no sería capaz de articular palabra. Nunca me había pasado algo así. Siempre he sido un tío extrovertido y nunca tuve reparos en entrarle a una chica que me gustara. ¿Qué era aquello, entonces? No era yo y ya está. Así que comencé diciendo tal estupidez que no sé si se dio cuenta de lo rojo que me puse.

—Parece que somos los únicos que no beben alcohol en esta fiesta, ¿no crees? —en serio, ¿acababa de decir aquello? No me lo terminaba de creer. Sin duda, había sido mi peor entrada.

—Sí, eso parece.

Me encantó su voz, tan melódica, tan serena, con un acento particular que denotaba que era europea, tal vez española o italiana.

—Hola, soy Richard.

—Ya, lo sé.

—¿Ah sí? ¿Sabes quién soy? —segunda estupidez de la noche. No era raro que conociera mi nombre. Nuestro grupo tenía mucho éxito a nivel internacional en aquel momento. No debería haberme sorprendido tanto.

—¡Claro! Me encanta vuestra música. Os sigo desde vuestros comienzos, cuando apenas nadie os conocía. Me encanta vuestro segundo disco, por cierto. Creo que os va a costar mejorarlo.

—Debes ser alguien muy inteligente y con buen gusto, entonces.

Los dos reímos con cierta complicidad. Y ahí lo vi claro. Aquello era lo que me había arrastrado hasta ella. Su risa, tan contagiosa, tan natural, tan sincera, tan reparadora. Y yo no recordaba la última vez que me había reído de verdad.

—Sí, eso dicen.

—Aunque si piensas que no vamos a superar ese álbum, es que no tienes ni la menor idea de lo que somos capaces.

—Tendréis que demostrarlo.

—Eso está hecho. Por cierto, ¿qué es lo que dicen? ¿Qué eres inteligente o que tienes buen gusto?

—Será mejor que lo descubras por ti mismo.

Estaba coqueteando conmigo y me encantó. Su mirada juguetona, su gesto inocente pero cargado de significado. Fue una sensación de despertar en cada fibra de mi piel.

—Muy bien, vamos a verlo. Dices que nos escuchas desde que empezamos. No sé si es verdad o sólo es un farol y lo dices para quedar bien. Así que voy a comprobarlo. Te haré alguna pregunta trampa y si aciertas, tocaremos esta noche las canciones que me pidas —cuando dije aquello, casi me arrepentí al instante. No pensaba con claridad, obviamente. Mis compañeros se iban a coger un mosqueo en toda regla. Teníamos preparada la actuación y habíamos estado ensayando varias horas aquella misma tarde. Y las cosas en aquella época no estaban para tensar la cuerda precisamente.

—¿En serio? No sabía que tocabais aquí esta noche.

—Sí, tres o cuatro canciones, nada más.

—¡Eso es genial!

—Me alegro de que te entusiasme. Pero no intentes desviar la atención. ¿Preparada para las preguntas? ¿O temes no parecer tan lista como crees?

—Dispara, no tengo miedo.

Fue tan agradable… Una conversación absolutamente trivial y simple que empezó mi curación, poco a poco, de manera casi imperceptible. Volvía a sentir cierta ilusión. Creo que en ese momento ya me había enamorado por completo. Nunca me había sucedido nada parecido. No creía que eso fuera posible, la verdad. Puede que influyera el estado de necesidad en el que me encontraba, pero me da igual. Laura, me enganchaste desde el principio. Lo fuiste todo para mí en aquel instante. Supe que podía volver a ser feliz. Todo gracias a ti.

No quería que se acabase aquel momento. Te sentí tan parte de mí ya, que incluso estuve a punto de abrirte mi corazón y mostrarte mis heridas cuando, por un giro de la conversación, salió mi yo lastimado y te ofreciste a ayudarme. Por eso, cuando vino Luke a buscarme porque nos tocaba actuar, me negaba a dar por finalizado aquello. No. No podía ser. Después de tantos meses de sufrimiento interminable y malos rollos, no era justo que aquel momento en el que por fin volvía a sentirme bien fuese tan efímero.

No llevaba mi móvil encima, algo casi impensable porque no me separaba de él. Me lo había dejado en la habitación. Bien por mí.

Tenía que solucionarlo. No podía terminar ahí. Quería más. Mucho más. Le dije que quería verla al día siguiente y quedamos para desayunar. Acordamos que ella pasaría a recogerme por el hotel. Le pedí papel y boli al camarero y le apunté todos los datos: mi número, mi hotel y la habitación en la que estaba alojado y dejé en sus manos nuestro destino. Tácitamente, le rogué que me llamara antes o me escribiera para no sentirme a la deriva, sin ningún control sobre mi futuro. Nuestro futuro. Si quería verme, sabría donde localizarme. Si no… Yo no tendría forma de hacerlo, salvo si ella me contactaba primero. Le supliqué con los ojos que lo hiciera, que no renunciara a mí sin conocerme. Y creo que lo entendió.

Cuando ya estaba a punto de irme, me di cuenta de que aún no sabía su nombre. Me había olvidado de preguntárselo hasta ese momento.

—Laura —contestó.

Me acerqué a ella con un miedo al rechazo que nunca antes había sentido y besé su mejilla, apenas un roce de mis labios, mientras acariciaba su brazo tentado de agarrar su mano para no soltarla jamás.

2

Desengaño

Mis compañeros no aceptaron bien los cambios, tal y como era de esperar. Discutimos y no les faltaba razón, yo lo sabía. Pero necesitaba hacerlo, aunque pudiera parecer algo insignificante. No sabía cómo hacérselo entender. Me daba una vergüenza tremenda decirles que era por una chica que acababa de conocer. En aquella época tenía treinta y cinco años y parecería algo de críos. No pasaba por mi mejor momento, además. Así que… Sólo les dije que quería hacer unos cambios porque no me sentía cómodo con las canciones que habíamos elegido, nada más. Obviamente, les mentí. En realidad, lo único que quería era que ella supiera que sí era un hombre de palabra, a pesar de que hubo un momento en nuestra conversación en el que Laura insinuó lo contrario. Sé que no era más que una broma fruto del juego en el que había derivado nuestro flirteo, pero, aún así, no sé por qué, me escoció. Yo no era el que había engañado a nadie, yo había sido el engañado. ¿Por qué dudar de mí sin ni siquiera conocerme? Con el tiempo me he dado cuenta que aquello fue tan sólo otro fruto del proceso patológico en el que había empezado a caer.

Subí al escenario y la busqué con los ojos. Tenía que encontrarla, quería decirle tan solo con mi mirada que aquello lo hacía por ella. Pero hice mucho más.

—¡Buenas noches, Los Ángeles!

Los aplausos nos tardaron en llegar. Siempre es así en cualquier actuación. El fragor del momento, las ganas de pasar un buen rato. Esperé sonriendo a que se fueran apagando poco a poco para continuar hablando.

—Estamos muy agradecidos de estar aquí. Somos cinco tipos realmente afortunados, ¿no os parece? Es un placer estar aquí esta noche con gente tan relevante de la industria cinematográfica y el espectáculo en el sentido más amplio de la palabra y en un evento tan increíble como éste. Lo estamos pasando realmente bien

Otra ronda de aplausos, otra pequeña espera con una flamante sonrisa para dejar que se caldee el ambiente, para sembrar la conexión

con tu público y a seguir adelante. Lo que iba a decir a continuación, era muy personal. Y era algo que no solía hacer.

—En ocasiones, te encuentras con personas en la vida que, cuando menos te lo esperas, cambian el curso de los acontecimientos y hacen que todo empiece a tener sentido otra vez. A veces, el cambio es casi imperceptible, tanto que puede parecer casi insignificante, pero está ahí y notas que algo sutilmente ha empezado a mejorar. Quiero agradecer a una persona en particular que he conocido recientemente el efecto renovador que ha ejercido en mí, pues necesitaba iniciar ese cambio y, por fin, he dado el primer paso. Por ello, quiero dedicarle la primera canción de la noche, un tema poco habitual en nuestras actuaciones y que estaba fuera de lo planeado. Espero que lo disfrutéis todos

La canción se llamaba *Sweetheart*. De las que me había propuesto, me pareció la más adecuada para transmitirle lo que me había hecho sentir, porque era su favorita y porque el título la describía como yo la veía en aquel momento.

Desde el escenario la sonreí y la busqué con la mirada en incontables ocasiones. Quería que sintiera que lo que cantaba aquel día era para ella y para nadie más.



Después de la actuación, volvimos al hotel. Así estaba programado. No era momento de provocar más desavenencias diciendo que me quería quedar un rato en la fiesta. Mejor dejarlo estar. No tuve oportunidad de hablar con ella después de la actuación. Me apetecía tanto conocer sus impresiones, disponer de otros pocos minutos para conversar. Pero no podía ser. Tendría que esperar, no merecía la pena darle más vueltas.

Llegamos al hotel. El trayecto fue tranquilo, aunque observé como Luke me miraba con cierta curiosidad. Mi relación con él siempre había sido mucho más estrecha que con la del resto del grupo. Era un buen amigo y estoy seguro de que en ese momento ya sabía que algo me rondaba la cabeza, porque me miraba con esa sonrisa tan típica en él cuando sospechaba que me traía algo entre manos.

Cuando llegamos al hotel, poco después de bajarnos del microbús que habíamos contratado para esos días en Los Ángeles, me echó el brazo por el hombro y, dándome un par de palmadas en el pecho, me preguntó sin alzar apenas la voz:

—¿Tienes algo que contarme?

No tenía ni la más mínima intención de decir una palabra por el momento, ni siquiera a él.

—No, nada —contesté poniendo mi cara de póker. Por como me

miró, está claro que no coló.

—Vale, como quieras. Descansa. Nos vemos mañana. Si necesitas algo, llámame, ¿de acuerdo?

—Tranquilo. Descansa tú también.

Durante mi divorcio, Luke fue mi mayor apoyo. Fue el primero a quien le conté lo sucedido y es imposible estar más agradecido por lo que hizo por mí. Me acompañó en cada paso, en cada momento. Me escuchó cada vez que necesité hablar. Fue en aquel momento en el que realmente pude calibrar el valor de su amistad, aunque para mí aquella palabra ya no significase lo mismo.

Y aún así, aún sabiendo que su interés era sincero, no me atreví a decir nada. No quería exponer mis sentimientos. Estaba deseando mirar mi móvil, comprobar si me había escrito. Seguramente Luke percibió mi inquietud. Además, por primera vez en mucho tiempo, en el desplazamiento me estuve riendo con los demás y participé en las conversaciones, en lugar de encerrarme en mis auriculares que me permitían aislarme del mundo. Era evidente que mi actitud aquella noche había cambiado.

Cuando llegué, no estaba el mensaje que tanto ansiaba. No voy a negar que sentí cierta decepción. Quería creer que el anhelo era igual por ambas partes, pero tal vez no fuera así. Me duché, cené algo en la habitación y me quedé a esperar, a ratos leyendo, a ratos viendo la tele, a ratos con la mente en blanco. No quería dormirme, aunque tampoco podía. ¿Por qué no me escribía?

Entonces llegó.

Era ya tarde.

Pero no me importó.

"*Hola Richard. Soy Laura. Nos hemos conocido esta noche en la fiesta. Me ha encantado vuestra actuación. Nos vemos mañana o, mejor dicho, en un rato. Chao*".

Mi corazón se aceleró. No sabía qué responder. Escribí y borré varias veces. Tardé en decidir qué poner, como si lo que escribiera fuera a cambiar el transcurso de los acontecimientos. Al final me decidí.

"*Empezaba a pensar que te habías olvidado de mí. Era eso o que se me había estropeado el móvil… ¿Por qué has tardado tanto? No olvides nuestra cita, ¿eh?*".

Y una vez más el tiempo se detuvo. No estaba en línea. Tardó en responderme más de lo que un alma impaciente puede soportar. Tal vez todas estas reacciones deberían haberme indicado que algo en mí no estaba bien. Demasiado indeciso, demasiado ansioso, demasiado inquieto.

Por fin respondió.

—*Siento haber tardado tanto*.

Me apresuré esta vez a contestar. No quería que se me escapase una vez más. Mensajes cortos. Tenía que saber que seguía ahí.

—*¡¡Holaaaaaa!!*

Creía que habías perdido mi teléfono.

¿Qué ha pasado?

Estaba preocupado.

¿Tal vez demasiado anhelante? Mirándolo con retrospectiva, creo que sí. Sin embargo, a ella no pareció importarle en ese momento. Ninguno teníamos ni idea de lo que se avecinaba.

—*¡Nooooo! Es que nos entretuvimos más de lo esperado.*

He llegado a casa hace una media hora.

—*¡¡Vaya!! Veo que alguien se lo ha pasado muy bien en la fiesta.*

—*No ha estado mal.*

No te vi después de la actuación. ¿Dónde estabas?

—*Cuando terminamos volvimos al hotel.*

Puede que los músicos tengamos mala fama, pero a mí me gusta dormir.

Y, ya ves, aquí estoy despierto, esperando un mensaje que no llegaba.

Quería que supiera que para mí ella merecía esperar todo el tiempo que hiciera falta, incluso si tenía que perder el sueño por ella. Y sólo nos acabábamos de conocer. Demencial.

—*Sí, seguro que era por eso. ¿Pretendes que me lo crea?*

—*¿Qué es lo que no crees?* —otra vez esas dudas en mí que me quemaban como ascuas.

—*Que no te hayas dormido porque estabas esperando que te mandara un mensaje*

—*¿Por qué iba a mentir?*

Me apetecía saber de ti.

—*Me alegra que digas eso.*

No sabía qué hacer, como era tan tarde…

Me entraron dudas.

—*Pues no vuelvas a dudar, ¿ok?*

—*Ok. Será mejor que durmamos un rato o que quedemos más tarde.*

Por nada del mundo quería retrasar nuestra cita. Las nueve y media ya me parecía demasiado tarde teniendo en cuenta las ganas que tenía de estar con ella, como si no hubiera más días, como si el tiempo se agotase. Y ahí estaba otro síntoma que no supe ver.

—*No quiero quedar más tarde* —afirmé con rotundidad.

—*Entonces tendremos que irnos a dormir.*

—*Lo intentaré. Tengo ganas de verte*

—*Yo también*

Al menos, parecía que ella sentía lo mismo que yo. Sin duda, ambos queríamos lo mismo.

—*Buenas noches* –dijo finalmente.

—*Descansa. Un beso.*

—*Un beso.*



Apenas pude dormir aquella noche. Conciliaba el sueño y me despertaba mirando impaciente el reloj, que parecía haberse quedado atascado en un momento de la noche y no quería avanzar hacia la mañana siguiente.

A las siete ya me cansé de dar vueltas. Me puse ropa de deporte y bajé al gimnasio del hotel a quemar kilómetros en la cinta de correr. Necesitaba soltar aquella ansiedad enfermiza que era desconocida para mí.

Hasta entonces.

Poco a poco, se convirtió casi en mi triste seña de identidad, junto con mis inseguridades y mis fantasmas que me acosaban y no me dejaban avanzar.

Yo no era así.

Yo no había sido así.

Bajé a la calle demasiado pronto. Todo demasiado. Demasiado temprano, demasiado arreglado, demasiado nervioso, demasiado impaciente. Miraba inquieto a un lado y otro de la calle y, a eso de las nueve y veinte, apareció. La miré y mi sonrisa salió como un acto reflejo que no obedecía a mi control. Me sentía tan feliz e ilusionado que miré para bajo para intentar mantener la calma. Como si mirar al suelo me permitiera poner los pies en él y asentar el revuelo que sentía en mi interior.

Nos saludamos y se hizo evidente que los dos sentíamos un miedo irracional a estropear lo que fuera que fuese aquello. La besé en la mejilla como la noche anterior y sentí la misma electricidad. Me pareció que ella se estremecía también ante el contacto de mis labios y esa sensación me gustó.

Entonces empezó a decir que tenía que hablarme de algo e instintivamente pensé que sería algo malo. Reminiscencias de la persona negativa en la que me había convertido. Me desilusionó saber que tenía otro compromiso. Había quedado con Paul, el amigo al que había acompañado a la fiesta la noche anterior. El hombre al que envidié cuando observé su complicidad y su cercanía a ella. Tenía un evento de surf y había prometido ir a verle. Ante las opciones que me propuso, la mejor me pareció la de acompañarla a Malibú. Las otras dos eran demasiado efímeras y yo tenía que atrapar el tiempo, aunque fuese por la cola. Si me iba a Malibú con ella, podríamos estar juntos hasta casi las cinco. Si no, dispondríamos de apenas un par de horas. Estábamos empezando a conocernos y no quería desaprovechar ni un minuto. Ya me parecía que había llegado demasiado tarde a mi vida

pudiendo haberla conocido mucho antes. Pero eso nunca estuvo en mi mano. Hay otras fuerzas que, a veces, son las que deciden.

Según nos acercábamos a su coche, le pregunté por su relación con Paul. Necesitaba saber qué era exactamente lo que había entre ellos. No quería sorpresas desagradables. Lo que había visto la noche anterior me tenía, en cierta medida, en vilo. Le dije claramente que me había dado la impresión de que tenían una relación demasiado estrecha para ser sólo amigos. Me basaba únicamente en lo que había podido observar unas horas antes, su manera de mirarse, su casi palpable complicidad, las risas, el contacto cercano, el brazo de él sobre sus hombros de manera intermitente. Apenas unos retazos sin duda malinterpretados. Mi mente desconfiada empezaba a sembrar una semilla podrida.

En unos cuarenta minutos nos plantamos en Malibú. Fuimos a desayunar a una encantadora cafetería con bonitas vistas. Me hubiera dado igual donde hubiéramos estado, pero reconozco que el entorno ayudó. El azul del mar, fundido en el horizonte con un cielo añil salpicado de pequeñas y esponjosas nubes, dibujaba una estampa inigualable.

Nos sentamos en la terraza y pedimos algo para desayunar. Estuvimos hablando y riendo sin parar. Casi había olvidado el efecto que causa una buena risa, cuando es sincera, cuando te nace de dentro. Era como ir deshaciendo nudos, como masajear un alma contracturada. Aquello se parecía bastante a la felicidad. Me estaba devolviendo la vida sin que ella lo supiera.

Se nos fue el tiempo, irreverente una vez más. Nos dirigimos a toda prisa hacia la playa donde se celebraba el evento, una increíble playa de arena blanca y azules indisolubles que casi impedían distinguir donde acababa el mar y donde empezaba el cielo. Dos tonos de un mismo color, dos colores de un mismo tono. Y como cielo y mar, sentía que mi alma empezaba a entrelazarse y fundirse con la de ella, mi otra mitad, la que me habían robado, la que permanecía malherida. En mi interior maldije otra vez a Paul por robarme aquellos momentos de estar con ella a solas. Yo sólo estaría en la ciudad hasta el miércoles y, aún así, tenía que compartirla con él.

Nos sentamos en la grada al llegar. Ella le saludó con la mano desde la distancia y él respondió con una inmensa sonrisa. Laura intentaba explicarme en que consistía aquella competición y yo apenas podía escuchar. No podía centrarme. Sólo pensaba en la cercanía de su cuerpo, apenas separado del mío unos centímetros, y en las ganas que tenía de besarla. Observaba como se movían su boca al hablar y se me incendiaba hasta la última célula de mi cuerpo pensando en cómo sería su tacto al juntarse con la mía. Sé que ella tampoco prestó mucha atención a lo que sucedía unos pocos metros más abajo. Se la

notaba distraída. Mientras disimulaba, mirando a otro lado o colocándose el pelo detrás de la oreja de una forma inocente, yo clavé mis ojos en ella. Tenía un perfil tan armónico. Las líneas de su rostro se sucedían suaves, de manera acompasada, como una sinfonía perfectamente afinada. Sus pestañas me atrapaban con su ritmo cadencioso y sus labios… Sus labios no paraban de reclamar los míos.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—Nada —contesté, tratando de disimular mi turbación.

Y aquella mirada se alargó más de lo que fuimos conscientes. Me quedé enganchado en aquellos ojos un poco rasgados de espesas pestañas. Los dos queríamos decírnoslo todo sin articular palabra. Estoy seguro de que ella también deseó estar en cualquier otro lugar en aquel momento, solos los dos, en algún sitio íntimo en el que abrazarnos y juntar su piel y mi piel. Entonces la cogí de la mano sellando un pacto tácito de amor sin condiciones y nos mantuvimos agarrados hasta que el evento finalizó, tratando de concentrarnos sin éxito en lo que sucedía en la playa.

Y eso fue todo, porque después el mundo se me cayó encima y me aplastó sin piedad, tal vez por mi visión distorsionada de la realidad. Acudimos a la arena. Paul llevaba el traje de neopreno por la cintura y, cuando nos acercamos, la abrazó y la besó y yo me sentí estúpido y utilizado. Era un monigote en aquel teatro, un polichinela sin gracia. Era su excusa para estar juntos delante de toda esa gente y todas las cámaras. Me subió tal sensación de amargura que pensé que iba a vomitar.

Después de muchas sesiones de terapia, he llegado a comprender que, en muchas ocasiones, no son las personas las que nos decepcionan, sino nuestras expectativas hacia ellas. Y yo a Laura la quería sólo para mí. Había depositado en ella todas mis esperanzas de sobrevivir al desconsuelo que lo llenaba todo. Me había vuelto un ser obsesivo y controlador y lo único real era lo que sucedía en mi mente. Y mi cabeza no podía concebir que quisiera abrazar a otro que no fuera yo, a pesar de que ni siquiera habíamos iniciado una relación.

A partir de ese momento, todo fue mal. Paul trató de ser amable e incluso se ofreció a invitarme a comer en su casa. Pero yo sólo quería irme, alejarme de ellos dos y volver a encerrarme en mí mismo, donde nadie más podría hacerme daño. Laura me miraba con desconcierto y clara decepción. No comprendía que, de repente, yo tuviera tantas ganas de alejarme, después de haber estado tan solo a unos milímetros de dar un paso más.

Después de una conversación en la que apenas respondí con diez palabras, bastante sequedad y cierto sarcasmo malintencionado, rechacé sus ofertas para pasar el rato juntos e insistí en que sólo quería irme al hotel. La frustración es así, te nubla el juicio y lo

envenena todo.

Aunque había llegado a la conclusión de que lo mejor para todos sería que cogiese un taxi, no rechacé la oferta de Laura de llevarme al hotel. Quería hacerla daño con mi silencio y mi indiferencia, esa es la verdad. No habíamos llegado aún al coche cuando me sujetó por el brazo para que hablásemos.

—Para, por favor. Dime qué ha pasado porque no entiendo nada —me dijo en tono suplicante. Por lo que vi en el brillo de sus ojos, creo que incluso tenía ganas de llorar. Y aún así, no di marcha atrás.

—Nada.

—¿Nada? Entonces, estás igual que cuando no parabas de hablar y de reír en la cafetería.

No respondí inmediatamente. Mi expresión seria, las mandíbulas apretadas. El silencio puede comunicar tantas cosas de manera tan sencilla. Sabía el efecto que le provocaría unido a mi gesto adusto.

—¿Podemos irnos, por favor? Si es molestia, puedo llamar a un taxi, ya te lo he dicho —respondí con una expresión tan dura que dolía.

—No, te llevo.

No intercambiamos ni una sola palabra en todo el camino de regreso. Me limité a mirar por la ventanilla y ver el paisaje pasar, aunque mi cabeza era una olla a presión sin válvula de escape que podía explotar en cualquier momento.

Cuando llegamos al hotel, pensé en bajarme sin decir nada. Era un castigo desproporcionado, sin duda. Pero ella me pidió hablar. Quería entender lo sucedido. Después de pensarlo dos veces, después de una lucha interna nada operativa, le pedí que metiera el coche en el parking y subiéramos a mi habitación. Mis intenciones no eran buenas.

En el ascensor, repetí la misma conducta ruin. Ni una sola palabra, como si no nos conociéramos de nada, como si no fuera real que hacía apenas un par de horas me moría por besarla. Fue una guerra de fuego y hielo y lo sé. El triunfo de la indiferencia y el aparente desdén, como si no me afectase lo más mínimo su presencia en aquellos dos metros cuadrados que nos transportaba al escenario donde se produciría la batalla instantes después.

Entramos en la habitación, me quité la americana y la lancé con rabia sobre el sofá. Hasta hace poco no me he parado a pensar en lo que aquella reacción pudo provocar en ella, ese estallido tan gratuito de violencia silenciosa. Tal vez sintió miedo a lo que pudiera hacer. No lo sé.

Respiré hondo, pero no me sirvió para tranquilizarme. Mis respiraciones eran cortas, sinónimo de la agitación que me carcomía por dentro. Mi tono no dejaba lugar a dudas acerca de las malas

vibraciones que me recorrían de pies a cabeza.

—¿En serio quieres que te diga qué ha pasado? ¿Me estás vacilando? No soy idiota, espero que lo tengas claro.

—Te aseguro que no comprendo nada. Necesito que me expliques algo más.

—¿Qué no comprendes nada? ¿Te parece lo más normal que te abrace medio desnudo delante de todo el mundo? ¿Aún pretendes que me crea que sólo sois amigos?

—Es la verdad.

—Ya. Pues ya está todo dicho.

—¿Por qué iba a mentirte?

—No sé, por lo que miente todo el mundo, supongo. Casualmente, ayer te olvidaste de comentar que tenías que ir a un evento de Surf el cual, casualmente también, está lleno de prensa. Así que me convierto en una coartada a medida, pues casualmente una vez más, tiene toda la casa entera para él solo porque su familia está fuera.

—¿No ves lo retorcido que suena todo eso?

—Dímelo tú.

—No hay nada más que amistad. Paul está casado y conozco a su mujer y a sus hijos, he estado en su casa montones de veces.

—¿Qué demuestra eso? Yo también estaba felizmente casado hasta que hace seis meses descubrí que mi mujer se acostaba con el vecino de la casa de al lado, el mismo que había estado infinidad de veces en mi casa y que yo confiaba que era mi amigo. Una historia bastante similar, ¿no te parece?

—Lo siento mucho. No sabía nada.

—¡Qué más me da lo que sientas!

—No te he utilizado, créeme. No fui yo quien se acercó a ti ayer en la fiesta.

—Está claro que fue un error. Ojalá nunca lo hubiera hecho —dije con auténtico rencor en la mirada.

—Yo no soy tu mujer. Yo también estuve casada hasta hace poco menos de un año, pero nunca engañé a mi marido. No habría podido hacerlo. Para mí la lealtad es importante.

—No me des discursos de moral ahora. No te he pedido que me cuentes tu vida. Te he dicho lo que querías saber y se acabó. No quiero volverte a ver.

—De acuerdo. Pero para mí no ha sido un error, tienes que saberlo. Me ha encantado conocerte y pasar un rato agradable contigo esta mañana. Sé que podríamos habernos llevado bien si no hubiera habido este malentendido.

Yo intentaba mostrarme totalmente indiferente, cuando en realidad me moría por dentro porque era incapaz de controlar toda aquella vorágine de malos pensamientos y emociones tóxicas que me estaban

destruyendo.

Esta vez fue ella la que me besó en la mejilla con lágrimas a punto de desbordarse de sus ojos color de otoño. En el fondo sabía que tenía razón, pero no quería reconocerlo. Me había expuesto y las heridas volvían a estar en carne viva. Así que me pareció mejor volver al rencor hecho a mi medida y encerrarme en la mazmorra que me había construido con odio y desazón.

Allí dentro, nunca más le permitiría a nadie hacerme daño porque no volvería a mostrarme vulnerable. Estaba determinado a no volver a amar jamás.

3

Un reencuentro inesperado

Aproximadamente un mes después volvimos otra vez a Los Ángeles. La relación con mi ex seguía siendo muy tensa, aunque soy consciente de que mi actitud no ayudaba en absoluto. La verdad era que cada vez que la veía quería hacerla consciente de que, en más de un aspecto, me había jodido la vida.

Con el paso de los días, poco a poco, fui viendo que mi reacción aquel día en Malibú con Laura fue absolutamente desproporcionada. Me descubría muchas veces pensado en aquello en los momentos más inoportunos. Y aún así, no me atrevía a tratar de arreglarlo. Mi maldito orgullo me impedía dar un paso adelante. Puede que el miedo también hiciera su parte. Podía haberla llamado y disculparme. Pero no. Me había vuelto un cobarde instalado en una zona de confort absolutamente dañina y desastrosa. Un auténtico lugar en ruinas en el que yo era un rey en solitario. No quería exponerme a más decepciones, así de simple. Me quedaba con lo malo conocido, por muy malo que fuera.

Luke fue otro de los que pagó mi mal humor aquel lejano día un mes atrás, aunque rápidamente me lo había perdonado. Había acudido a mi habitación a buscarme para ir a comer y, según me contó, se encontró con Laura a la salida. Intentó que yo le contara lo sucedido, supongo que con la sana y noble intención de ayudarme, pero debido a mi mal humor sólo consiguió que tuviéramos una discusión acalorada y que le contestase de mala manera. Era como un tornado arrasando todo lo que encontraba a mi paso.

Casi un mes después, seguía pensando en ella.

Casi un mes después, seguía echando de menos a alguien que no había llegado apenas a conocer.

Casi un mes después, seguía extrañando su risa.

Llegamos un viernes a última hora de la noche, casi ya de madrugada. Estábamos ya en noviembre y el tiempo en California seguía siendo agradable. Salí por la mañana a dar una vuelta, ya que me había despertado temprano. La primera noche en un sitio nuevo

solía costarme dormir. Había sido así desde siempre. Iba distraído con mi móvil cuando, de pronto, la vi. Caminaba de frente a mí tan sorprendida como yo y con una expresión de cierto temor en sus ojos. Supongo que aún guardaba fresco en sus retinas el recuerdo de nuestro último encuentro. No la culpo de querer huir en aquel preciso instante, porque estoy seguro de que se le pasó por la cabeza.

Aquello tenía que significar algo. Encontrarnos en una ciudad tan grande como Los Ángeles no podía ser pura casualidad. Tenía que ver lo que la vida trataba de mostrarme con aquella segunda oportunidad. Me avergonzaba como me había comportado con ella, lo cual no evitaba que los celos que sentí aquel día siguieran inexplicablemente vivos. Tenía que hacer algo. Tenía que ser yo quien se acercara y hablara. Tenía que intentar arreglarlo. Me armé de valor y me propuse mostrarme como si nada hubiera sucedido.

Puse mi mejor sonrisa y le dije cuánto me alegraba verla. Era sincero, a pesar de lo que le dije la última vez en el hotel. Iniciamos una conversación distendida como otra cualquiera, comentando la casualidad que era encontrarnos, hablando de nuestro trabajo y proyectos, acercándonos con cada palabra el uno al otro, reconectando y, en mi caso, volviendo a ser consciente de que decidirte a no enamorarte es una estupidez porque eso escapa de tu control.

Estaba realmente preciosa, con el pelo semirecogido y algunos mechones sueltos que escapaban rebeldes. Los labios de un color rosa suave para su boca de fresa. Vestía de manera un tanto informal, con unos vaqueros rotos en las rodillas y unas zapatillas Nike rosas. Llevaba una camiseta por fuera que decía *Future is now* con el dibujo de una chica mordiendo sensualmente una manzana y una cazadora.

Quería estar con ella. Quería arreglar lo sucedido la última vez. Quería sanar el daño que le hubiera causado. Quería hacerla saber que era consciente de que me porté como un cretino y que no tenía intención de que eso volviera a pasar. Pero, una vez más, me equivoqué, porque mis intenciones no valían nada, pues desconocía que no estaban bajo mi control.

Entonces la propuse ir a alguna cafetería cercana y, otra vez, me desquicié. Sólo hizo falta una palabra.

—Tal vez podíamos tomar algo aquí cerca y hablamos con calma. Tú me cuentas, yo te cuento y pasamos un rato agradable —le propuse verdaderamente ilusionado.

—Me encantaría, de verdad, pero he quedado con Paul en La Pastisserie Artistique y ya llego tarde.

Paul. Como si fuera la palabra maldita. Noté como se oscurecía mi interior. Se me cerró el estómago y se me tensaron los músculos de la cara. Tuvo que notarlo porque nunca se me ha dado bien disimular.

Paul Taylor era un conocido actor muy de moda en Hollywood por

aquella época. Era un tío atractivo de mediana edad, con un encanto natural y unos ojos verdes que, al parecer, volvían locas a las tías. Ese Paul era el amigo de Laura. Yo a su lado siempre me parecía que salía perdiendo en cualquier tipo de comparación que se me ocurriese.

Mi castillo de naipes se derrumbó. Mis débiles esperanzas se disolvieron como un azucarillo en el café caliente. Otra vez esa maldita frustración gobernaba mi voluntad. Me invitó a ir con ellos, supuse que por cortesía porque estoy seguro de que ya conocía mi respuesta. Para mí no existía una opción en la que estuviéramos los tres. Lo único que quería es que eligiese entre él y yo. Casi nada.

—Como quieras —dijo—. Si cambias de opinión, ya sabes donde encontrarnos.

—Vale —respondí inasible. No tenía ninguna intención de exponer mi corazón para que hicieran carroña de él.

—¿Sabes? Te he echado de menos —me dijo, creo que armándose de mucho valor. A pesar de mi cambio de expresión, ella me abría la puerta para entrar dejando expuestos sus sentimientos, los mismos que yo guardaba celosamente bajo llave—. Lo que quiero decir es que me he acordado de ti muchas veces.

Me lanzaba un cable, pero yo quería ahogarme. Aquella frase era un claro intento de buscar un punto de encuentro, mostrar humildemente su vulnerabilidad para que yo saliera de mi distanciamiento de millones de kilómetros, desde otra galaxia en la que sólo habitaban los malos sentimientos y la desconfianza. Y una vez más, la machaqué con palabras dolientes y mi fingida indiferencia que tan bien me salía.

—Sí, ya me he dado cuenta de que te has acordado de mí. Me ardía el teléfono con tus innumerables mensajes y llamadas.

—Tú tampoco llamaste.

—Bueno, me voy. Cuídate.

—Tú también.

Nos miramos durante unos segundos y seguimos nuestro camino. Un amargo desconsuelo quedó flotando en el ambiente.



Apreté el paso hacia el hotel. Estaba enfadado, aunque la verdad era que no tenía motivos. La vida no se para porque uno decida no estar en ella. Yo me aparté voluntariamente de Laura y con crueldad la eché de mi lado. Y ahora me molestaba que ellos siguieran siendo amigos y se vieran a menudo. Estaba siendo mezquino y egoísta.

No sé por qué razón, una vez dentro del ascensor, fue cuando me di cuenta de la estupidez que estaba cometiendo otra vez. Era como si dentro de ese ambiente encapsulado fuera capaz de ver la realidad

desnuda por primera vez. Yo era quien más tenía que perder.

Quería salir de ahí. Tenía que darme prisa. Tenía que llegar a la cafetería que me había dicho antes de que fuera demasiado tarde. No podía permitirme dar por finalizado algo que no había tenido tiempo siquiera de comenzar sólo por una cabezonería.

El maldito ascensor parecía moverse más despacio que nunca. Busqué en Google el nombre de la cafetería antes de que se me olvidara y su localización. Se encontraba tan sólo a unos pocos minutos. Cuando llegué a la planta baja, salí corriendo en cuanto se abrieron las puertas. No quería perder más tiempo. Era hora de retomar mi vida, aunque eso implicara correr riesgos.

Tardé poquísimo en llegar, aunque a mí la distancia se me hizo insalvable. Otra vez la caprichosa relatividad controlando nuestro mundo y la percepción de las cosas. Me asomé a la puerta y me costó poco localizarlos en el interior. El corazón me iba a mil. Siempre me parecía que la distancia entre ellos era demasiado corta, que sus cuerpos estaban demasiado cerca, que hablaban a sólo milímetros el uno del otro, pero me propuse no prestar atención a aquello que me hacía daño y fijarme más en lo que había en juego.

Me acerqué a su mesa. Mi cuerpo era pura agitación y mi mente iba a mil. Ellos no podían saberlo.

—¡Hola! ¿Os importa que me siente con vosotros?

Lo dije como si nada hubiera pasado. Me sonó natural incluso a mí. Esperaba cualquier tipo de reacción, entre ellas que me dijeran que no, que no pintaba nada allí. Pero Paul se levantó con una sonrisa amplia y aparentemente sincera y me saludó con un efusivo apretón de manos. No podía negar que era un tipo encantador. En eso también me ganaba.

—¿Por qué nos iba a importar? ¡Es una gran idea! Por cierto, no sé si te acuerdas de mí porque sólo nos vimos unos instantes.

No se me escapó que aquel comentario iba cargado de cinismo. En primer lugar, o vives en otro planeta o sabes perfectamente quien es Paul Taylor, ya que es un actor muy famoso y en aquella época su carrera estaba en su máximo apogeo. En segundo lugar, debido a lo que sucedió aquel día en Malibú, difícilmente podía haberme olvidado de él. No obstante, lo comprendí. Me lo merecía.

—Sí, claro que me acuerdo —contesté esforzándome en sonreír. Con él me costaba, no lo voy a negar. ¿Por qué tenía que ser tan jodidamente atractivo, además?

—¿Qué tal te va todo? —preguntó Paul dando pie a que iniciáramos una conversación.

Empezamos a hablar como un par de colegas que tienen una buena relación, encantados de verse. Laura, sin embargo, parecía incómoda. Ni siquiera me miraba. Por un instante creí que había llegado

demasiado tarde. Sentí una intensa angustia porque sabía que eso era lo que me merecía por ser tan ruin. Esta vez lo había estropeado todo y ya no había vuelta atrás.

Llegó el camarero y Paul, que debía ser el tipo más simpático y encantador del mundo, se puso a hablar con él de manera distendida. Aproveché ese descanso para buscar los ojos de Laura y esperé con paciencia hasta que me miró, casi de soslayo, por un instante nada más. Quería que viera mi arrepentimiento y que quería hacer las cosas bien. Esta vez sí.

Paul volvió a retomar la conversación.

—Y dime, Richard, ¿cuánto tiempo vas a estar en Los Ángeles?

—Estaremos unos diez días.

Empezó a proponer planes para que hiciésemos juntos, se ofreció a llevarme a visitar distintos lugares de los alrededores y a presentar opciones para que hiciésemos cosas juntos. Entonces le preguntó a Laura que le parecía la idea y ella estaba muy seria.

—No lo sé, no depende de mí.

—Me encantaría —me apresuré a responder, agarrando el cable que Paul me había lanzado —. Luego hablaré con nuestro manager y os digo algo más concreto.

En ese instante, Laura se disculpó, se levantó y se dirigió a la calle. Me desinflé. La había cagado. Estaba claro. Suspiré descorazonado. Cuando le miré, observé que, la que hasta ese momento me había parecido la permanente sonrisa de Paul, se había desvanecido. Era actor, pero no podía disimular lo que le molestaba aquella situación. Tampoco se esforzaba en hacerlo, la verdad. A pesar de todo, fue él quien se atrevió a romper el silencio.

—Tienes que hablar con ella. No te conozco y no me gustas, no lo voy a negar, aunque intente disimularlo. Por otra parte, debo reconocer que tampoco pareces un mal tío —dijo haciendo una pausa y observando mi reacción —. Si te soy sincero, no sé si una estrella de rock es lo que necesita. Es mi amiga y no me apetece verla sufrir, y desde que te conoce, es lo único que has conseguido.

—Nunca ha sido mi intención. Esto no está siendo fácil para mí. Y no sé qué tiene de malo mi profesión. No me conoces, así que no deberías juzgarme. Tú eres actor, ¿tengo que preocuparme yo por eso o tengo que suponer cosas raras?

—¿No lo has hecho ya? ¿No has supuesto cosas raras?

Touché. Tenía razón. Directo a la diana. Sin embargo, trató de rebajar el tono de la conversación. Supongo que se mostró bastante más inteligente que yo y era otra forma de decirme por qué no le convenía.

—No, tienes razón. Lo siento, tal vez soy muy protector con las personas que aprecio. Es uno de mis defectos. Aún así, quiero que

sepas voy a estar ahí, vigilando, me da igual lo mal que te pueda sonar. Y estoy intentando ser muy amable, pero… Bueno, creo que no hace falta que te diga nada más. Si tienes algún problema conmigo o te preocupa algo, podemos hablar y aclararlo.

—No, de momento no. Puede que haya interpretado mal las cosas.

—Estoy seguro de eso. Y ahora creo que deberías salir a hablar con ella.

Me dirigí a la entrada del establecimiento a hablar con Laura, tal y como me dijo Paul. Sin duda, parecía un buen tipo y era evidente que se preocupaba por ella. Pensé que me había puesto paranoico pensando en ellos juntos. Al fin y al cabo, si estaban liados, él habría tratado de disuadirme en lugar de animarme a hablar con ella y arreglar las cosas. Tenía que parar de hacer el idiota y de dejarme dominar por mis inseguridades. Así no iba a conseguir nada.

Cuando me acerqué, observé que ella se estaba levantando para volver a entrar.

—¿Ya te vas? —me preguntó, al girarse y ver que yo salía.

—No, vengo a hablar contigo.

—No hace falta.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunté. Tal vez no tenía sentido seguir allí si ella no quería que estuviera. Me di cuenta de que Laura rehuía mi mirada. Otra vez. Esperé la peor respuesta.

No sabía ni qué decirme. Tenía la sensación de que, cada vez que nos veíamos, hacía algo que lo estropeaba todo y yo me enfadaba. Pero no entendía qué era lo que me molestaba tanto de ella y ya no sabía cómo actuar conmigo. Yo le dije que me costaba disimular y esconder lo que sentía, a pesar de que eso no era totalmente cierto, porque era un maestro en esconder mis miedos y lo que me hacía sentir inseguro o vulnerable. Mis explosiones no eran más que otra forma de esconder lo que me atemorizaba. Mi cobarde estrategia era atacar para defenderme.

—No te pido que disimules —continuó—. Pero no entiendo que hago mal para que te moleste tanto. Podemos estar hablando y parece que todo va genial y, de repente, todo se esfuma y te muestras distante, duro e insensible.

Desde luego, estaba dejándome claro lo que sentía. Y sabía que no le faltaba razón. Me había comportado con ella fatal. Lo extraño era que no saliese corriendo, con lo mezquino que estaba siendo con ella. No se lo merecía. Era el momento de arreglar las cosas. O le demostraba que merecía la pena estar conmigo, o se terminaba.

Me disculpé por cómo había actuado hasta el momento. Le dije que estaba ahí porque quería arreglar las cosas entre nosotros. Necesitaba que hablásemos con tranquilidad y a solas. Le dije que había pensado en ella cada día desde la última vez, que la echaba de menos y que mi

ilusión al verla apenas una hora antes era sincera y real.

Una media hora más tarde, después de una amena conversación en la cafetería y de incluso intercambiarnos nuestros números de teléfono, Paul se tuvo que ir y Laura y yo por fin nos quedamos solos. Fuimos caminando hacia mi hotel hablando de todo un poco, dejando los temas más íntimos para un lugar más reservado. Le propuse subir a mi habitación para hablar lejos de miradas indiscretas y, aunque al principio se mostró reticente, finalmente accedió. Tenía sus razones y lo comprendí. Subir juntos a mi habitación podría entrañar distintos significados para cada uno, pero yo sinceramente en aquel momento sólo quería hablar y reparar todo lo que había hecho mal hasta el momento.

Cuando subimos en el ascensor, la situación me resultó excitante por el modo en el que ella trataba de guardar las distancias en un espacio tan pequeño. Me pasaron mil ideas por la cabeza y no pude evitar jugar un poco con ella.

—Si lo intentas, no creo que puedas situarte más lejos de mí —le dije —Puedes acercarte, te aseguro que no muerdo.

—¿Qué? No entiendo lo que quieres decir.

Se ruborizó de manera casi imperceptible, pero me di cuenta. Era evidente que estaba nerviosa y no lo desaproveché. Quería saber qué pasaba por su cabeza y como reaccionaría si me acercaba más a ella.

—Puedes hacerte la tonta todo lo que quieras. El ascensor está vacío y aún así intentas estar lejos de mí.

—¿Qué insinúas? Ni lo he pensado —trataba de disimular, pero el rubor de sus mejillas y sus ojos inquietos no mentían.

—Ya. Da igual. Supongo que entonces no te molestará que me ponga a tu lado.

—Claro que no, ¿por qué me iba a molestar?

Me puse delante de ella, muy cerca. Estudié cada uno de sus gestos, el ritmo de su respiración, el movimiento de su pecho al coger y soltar el aire, sus labios que empezaban a secarse y se los tuvo que humedecer. Empecé a retirarle el pelo de la cara, aquellos mechones que tan sensualmente se escapaban de su recogido, y en aquel instante debo reconocer que ya no pensaba sólo en hablar. Quería hacerle el amor allí mismo, quería que me besara y me hiciera olvidarme de todo el sufrimiento de los últimos meses. Pensé incluso en parar el ascensor allí mismo y disfrutar del erotismo de ese momento. Era una locura, pero me daba igual. Justo en aquel instante, se abrieron las puertas cuando el ascensor paró y entró una pareja con un niño pequeño. No dijimos nada más hasta que llegamos a la planta en la que estaba mi habitación.

Entramos poco después y le ofrecí tomar algo. Cogí un par de botellas de agua para los dos y me senté junto a ella en el sofá.

Necesitaba explicarle qué me había sucedido para comportarme así con ella. Pero no era fácil. Implicaba abrir la caja de los truenos y revivir aquel momento tan amargo que lo cambió todo. Y no sólo eso. Tenía que reconocer delante de ella que algo no andaba bien en mí y eso es más difícil de lo que pueda parecer. Por una parte, aún estaba muy lejos de ser plenamente consciente de que realmente tenía un problema. Tuvieron que pasar muchas cosas antes de que lo pudiera reconocer y ver con claridad. Sin embargo, sí sabía que yo no era el mismo de antes. Algo no iba del todo bien. Me había vuelto más inseguro y desconfiado, mucho más inestable, además. Pero eso no era lo único ni lo más grave, aunque sí era la raíz del problema. Lo peor era que cada vez era más proclive a arrebatos fuera de control. Y eso sí que era algo desconocido para mí.

Me jugaba demasiado. Abrirle mi corazón era la única salida y creo que no me equivoqué cuando pensé que ella sería comprensiva. Laura es así. Una persona tierna y llena de bondad que, además, sabe escuchar.

Le dije lo que me atrajo tanto de ella en la fiesta y manifesté abiertamente que sentía celos de la relación que tenía con Paul. Los celos, de hecho, me abrasaron cuando él semidesnudo la abrazó en la playa, esa era la pura verdad. Y no lo supe controlar. Le confesé cuánto lamentaba haber sido tan estúpido y haber desperdiciado aquel último mes que podíamos haber estado juntos, en lugar de perpetuarme en aquella rabia que me estaba asfixiando. Aunque también traté de justificarlo, como si aquello fuera normal, en lugar de reconocer que era uno de los primeros indicios que me llevarían a destruir todo lo que me importaba.

—Quiero que empecemos de cero —le declaré y hasta ahí todo bien. Lo que vino después sonó a desesperación, que es lo que realmente era.

Le confesé que no me gusta estar solo y que quería, necesitaba, compartir mi vida con alguien como ella. Le pedí que fuera paciente conmigo porque era un animal herido que, a veces, reaccionaba de manera desproporcionada ante el temor de que volvieran a hacerle daño. Le confesé que debía superar ciertas inseguridades que habían surgido después de la infidelidad de mi mujer y que ya no era el mismo hombre de antes, pero que iba a empeñarme en serlo porque ella lo merecía.

Después, estaba el condicionante de mi trabajo, que implicaría estar mucho tiempo separados y una relación a distancia siempre es difícil. Pero estaba convencido de que podríamos porque, a pesar de lo poco que habíamos compartido, no había parado de mirar mi móvil a diario esperando un mensaje o una llamada suya.

Sentía que nuestra conexión había sido especial desde la primera

vez que nuestros ojos se encontraron casi por casualidad. Estar con ella era como estar en casa, así lo había sentido por lo fácil que era hablar con ella y lo cómodo que me sentía a su lado cuando no había nadie más alrededor. Y el destino estaba de nuestra parte porque nos había puesto en el camino del otro otra vez aquella mañana cuando nos cruzamos en la calle.

Ella tampoco me había olvidado. Me sentí tan feliz de constatar que lo que yo sentía por ella era similar a lo que ella sentía por mí. Tal vez, incluso su amor era más fuerte y, sobre todo, generoso, porque a pesar de haber sido tan cruel, ella seguía enamorada de mí. Era el hombre más afortunado del mundo y no había sabido valorarlo.

Cuando miro atrás, a pesar de todos los malditos errores y malos entendidos, sé que Laura y yo habíamos nacido para encontrarnos. Las circunstancias no fueron las mejores y, a pesar de todo, nos amamos con locura.

Ya no podía seguir hablando. Me había quedado atrapado mirando su boca y deseando cada centímetro de su piel, deseando fundirme hasta desfallecer con su cuerpo, con el que había soñado cada noche del último mes. Y me di cuenta de que ella sentía lo mismo. Son de esas cosas que no necesitan confirmación, porque todo tu cuerpo lo presiente y sus labios entreabiertos me estaban llamando a gritos. La besé y no sé qué habría pasado después si no hubiesen llamado a la puerta en ese preciso momento. No me lo podía creer. Tanto tiempo esperando aquello y ahora tampoco iba a ser.

Luke había venido a buscarme porque teníamos una reunión con algunos productores y la grabación de una gala en la que íbamos a participar. La jornada iba a ser larga, pero me negaba a no verla más aquel día. Le prometí que la llamaría en cuanto terminásemos, daba igual la hora.

4

Un sueño que se hace realidad

Ya eran más de la una de la mañana cuando por fin pude llamarla después de la grabación. Pensé que se habría ido a dormir porque, después de tres intentos, no había conseguido hablar con ella. Al parecer, estaba en la ducha. A veces el destino se muestra así de juguetón y se divierte lanzando nuestros corazones al aire en un suspense ingrato.

Le había mandado algún mensaje por la tarde para que supiera que la tenía en mi pensamiento, pero luego ya me fue imposible. Luke se había dado perfectamente cuenta de que algo sucedía. Me miraba de una manera interrogante y aprovechaba cualquier ocasión para preguntarme si tenía planes o algo que contarle. Al final, tuve que confesárselo cuando el microbús tuvo que acercarme a su casa.

A pesar de la hora y de lo exhausto que me sentía, habíamos acordado vernos en su piso. Tardamos una media hora en llegar y me costaba mantener los ojos abiertos. Pero daba igual, tenía que hacer el esfuerzo. Ella merecía la pena. Cuando me abrió la puerta, no pensé, sólo pude besarla y abrazarla con toda la intensidad de la que fui capaz porque necesitaba que entendiera que la había echado de menos hasta la desesperación.

No quería ir a ninguna parte. Sólo quería estar allí con ella, tranquilos en la seguridad de ese hogar que ya sentía como propio. Mi cuerpo se negaba a hacer ni un esfuerzo más después de la falta de sueño de la noche anterior y de aquella jornada interminable. Y eso fue todo. Me quedé un momento esperándola en el sofá del salón mientras preparaba algo para cenar y caí rendido. Me dormí. Después de anhelar tanto aquel momento, simplemente no pude más.

Apenas recordaba a la mañana siguiente que ella me había despertado intentando quitarme las botas y que me había llevado de la mano hasta el dormitorio. Cuando me desperté, estaba solo en la habitación. "*Vale* -pensé- *esta debe ser la peor primera cita de la historia*".

Bajé las escaleras sin apenas hacer ruido. El olor del café me decía

sin lugar a dudas que estaba en la cocina preparando el desayuno para los dos. Me quedé en el dintel de la puerta mirándola. Sentí que era afortunado por estar allí con ella. Me prometí a mí mismo que haría las cosas bien y la haría sentir especial.

—¡Buenos días! Espero que hayas descansado bien, dormilón —me dijo con una sonrisa. ¿Existía un mejor modo de amanecer una mañana cualquiera de otoño? Imposible.

—No me puedo creer todavía que me quedara dormido nada más llegar. Es que, de hecho, casi no recuerdo lo que pasó.

—Bueno, pues te abrí la puerta, te dije que te prepararía algo para cenar y cuando me acerqué al sofá, ya estabas dormido —me di cuenta que había omitido deliberadamente que nos habíamos besado, tal vez por pudor—. Después traté de quitarte las botas para que durmieras mejor, te despertaste y te llevé al dormitorio. Eso es todo.

—Pues gracias por todo eso. No pretendía causarte molestias.

—De nada. He preparado el desayuno.

—Lo sé, no me he podido resistir al olor del café recién hecho.

Un detalle tan nimio como aquel, me enterneció, me hizo sentir especial. Tal vez era que hacía tiempo que no disfrutaba de aquellos pequeños placeres del día a día que implican esa preocupación y el cuidado mutuo, detalles que parecen apenas insignificantes pero que llenan la vida de instantes de felicidad.

Nos sentamos a desayunar e hicimos planes para pasar el día juntos. No tenía ni un solo compromiso aquel día, así que por fin podríamos estar ella y yo solos, sin interrupciones y nadie más alrededor. Por fin. Le dije claramente que quería que se quedara conmigo en el hotel. No quería andarme con rodeos. Ya habíamos perdido un mes entero de manera absurda. Iba a estar unos días en Los Ángeles, no podíamos perder el tiempo en idas y venidas. Sería nuestro punto de encuentro ineludible. Por suerte, no puso ni la menor objeción. Incluso le venía mejor, puesto que estaba más cerca de su trabajo.

Recogimos el desayuno mientras escuchábamos música en la radio. Aquel momento estaba pleno de una cálida sensación de hogar. El apartamento de Laura era luminoso y coqueto, con unas bonitas vistas a la playa. No era demasiado grande. La planta baja constaba únicamente de un salón con cocina integrada y en la de arriba se encontraban el baño y el dormitorio. ¿Para qué queríamos más? No me hubiera importado en absoluto que nos hubiéramos quedado allí para siempre. Nos imaginaba acurrucados en el sofá del acogedor salón en invierno bajo una manta, viendo una película después de comer un sábado cualquiera y me pareció que no había nada mejor en el mundo. No necesitaba lujos. Sólo la necesitaba a ella.

Quería meternos en una burbuja para que nada ni nadie nos hiciera daño. No era consciente de que el peligro no estaba fuera

precisamente.

Pero teníamos que volver al hotel. Tenía que estar localizable para cualquier eventualidad, proyecto o cita inesperada a la que tuviera que acudir con el grupo. No podía simplemente desaparecer de la noche a la mañana, aunque fuera lo que me apeteciese en aquel momento.

Ella subió a ducharse y a meter unas cuantas cosas en una maleta. Yo la esperé en el salón absorto en mis pensamientos. ¿Cómo podía quererla tanto ya si apenas la conocía? Se estaba convirtiendo en mi mundo y eso, sin duda, es peligroso en una relación, sea del tipo que sea. Tal vez formaba parte de mi nuevo yo impulsivo y enfermizo. Pero por aquel entonces ni lo sospechaba.

No tardó demasiado en bajar. En el coche, decidimos que iríamos a pasar el día a Long Beach, pues no estaba demasiado lejos. Primero, quería pasar por mi hotel para darme una ducha y cambiarme de ropa y, ya de paso, dejaríamos sus cosas en la habitación. Ojalá nos hubiéramos ido directos. Pero nos encontramos a Luke en la entrada del hotel. Iba a salir a dar una vuelta y nos propuso irnos juntos los tres. Decliné la oferta y fui borde, una vez más. Creía que con eso sería suficiente. Sin embargo, decidieron por mí que ellos tomarían algo juntos mientras yo subía a la habitación. Y ahí vino lo peor. A mi cabeza volvieron los malos augurios y pensamientos y empezó a esfumarse el buen humor con el que había llegado.

Cuando bajé, mi cabreo no hizo más que aumentar. Habían hecho planes sin contar conmigo. Laura le propuso que se viniera a pasar el día con nosotros y me indignó que no tuviera las mismas ganas que yo tenía de que estuviéramos a solas. Estaban en plan amiguitos súper cómplices y me sentí allí fuera de lugar, como si fuera el que sobrase en la ecuación. El resto de una división que tanto estorba porque hace que la cuenta no sea exacta.

Discutí con Luke porque no entendía que tratase de entrometerse. Conocía perfectamente mi situación en los últimos meses y suponía que entendería que quería estar a solas con ella. Nuestra relación estaba comenzando, no necesitábamos a nadie alrededor. No obstante, había sido Laura la que se lo propuso y eso me dolió más aún.

Sin embargo, ese día no sé por qué, conseguí controlarme y al salir hablamos pausadamente del tema y todo quedó atrás en unos segundos. Aunque no perdí los nervios ni el control, en la conversación no quedaba lugar a dudas de que mi amor era a la desesperada y eso nunca es saludable.

Volví a decirle que no quería estar solo, que no teníamos tiempo para construir una relación sólida y que teníamos que exprimir el poco que teníamos, como si aquello fuera una premonición. Y ella no se asustó. Tal vez debería haberlo hecho y puede que hubiéramos

controlado la hemorragia a tiempo.

Pero no fue siempre así. No siempre logré controlar los nervios. En muchas ocasiones me comporté como un auténtico villano con ella, procurando que sintiera el dolor que yo sentía, ya fuera derivado de una situación imaginaria o real, y que le doliera en la misma medida que a mí. ¿Eso es querer a alguien? No, ahora sé que no.

Y, si ya resulta difícil tratar esto en la consulta con mi psicólogo a pesar del tiempo que ha pasado, debo reconocer que es aún más duro escribirlo en un papel sabiendo que quedará registrado para siempre. Pero forma parte de la terapia y me he comprometido a hacer lo que haga falta para recuperarme y volver a ser aquel yo alegre, feliz y seguro de sí mismo que creo que un día fui.

Reconstruir en mi memoria todos los pasos de aquella relación creo que ha sido el proceso más doloroso por el que he pasado. Es como mirarte al espejo y empezar a desnudarte poco a poco descubriendo cada una de las cicatrices que ocupan el lugar en el que un día hubo una herida. Cada una de esas heridas vuelven a abrirse y a sangrar.



Pasamos un precioso e inolvidable día en Long Beach. Atendiendo a mi reclamo de conocernos mejor, trató de hacerme una radiografía de sí misma a través de aquello que me interesara conocer. Laura era psicóloga —lo cual parece una ironía con todo lo que sucedió entre nosotros —y llevaba unos meses viviendo en California. Había pasado hasta ese momento toda su vida en Madrid y había estado casada hasta poco más de un año antes. Casi en un arrebato, decidió dejarlo todo atrás, incluida una exitosa carrera en su país, para probar algo diferente. Me sorprendió saber que se casó con alguien a quien quería, pero del que nunca estuvo enamorada. Tuvieron una relación casi perfecta a los ojos de cualquiera. Una relación tranquila, moderada, respetuosa y ejemplar. Pero una relación en la que no había pasión. La nuestra, por el contrario, fue excesivamente pasional y desenfrenada y eso es lo que nos abocó al fracaso. Demasiada tempestad y poca calma. No supimos encontrar el equilibrio a tiempo.

Dejamos atrás los temas tan íntimos y personales y decidimos disfrutar del resto del día. Hablamos y reímos casi sin parar. Teníamos una conexión muy real, casi perfecta. Dos almas buscándose en un limbo emocional. Dos mitades asimétricas que encajan casi por casualidad.

Al caer la tarde, entramos en una acogedora cafetería a descansar, puesto que desde la comida habíamos estado paseando y visitando el Queen Mary, la atracción turística local por excelencia. Como siempre hacíamos debido a que por mi trabajo alguien podría reconocerme,

buscamos el lugar más recóndito del local, donde pudiéramos mantenernos anónimos y disfrutar del momento, sin más pretensiones. Tal vez fue el ambiente cálido de la cafetería o su cercanía sentada junto a mí en el sofá donde nos sentamos, pero ya no me apetecía estar allí y seguir hablando. Me moría por besarla y pasar a un lenguaje mucho más carnal. Sin duda, ella deseaba lo mismo que yo, así que pagamos y salimos del local dejando nuestros cafés a medias.

Fuimos hacia el coche agarrados como los dos enamorados que éramos. Apoyados sobre el coche, la besé desesperadamente, sin pensar ni un sólo segundo si alguien podría reconocerme. Me daba igual. No me veía capaz de aguantar una hora hasta nuestro hotel. La deseaba tanto que incluso la propuse coger una habitación por allí cerca. Finalmente, decidimos volver al Four Seasons, el hotel en el que nos alojábamos los del grupo. Me dejó conducir para que me distrajera durante el viaje y lo agradecí, aunque mi cabeza iba a mil por hora y mi cuerpo parecía estar ya en otra dimensión.

El coche parecía anclado a un lugar imaginario, incapaz de avanzar al ritmo que yo necesitaba. Quería llegar ya, quería tenerla entre mis brazos y hacerla estremecer.

La espera mereció la pena.

5

Nace la desconfianza

Cuando me desperté por la mañana Laura no estaba en la cama junto a mí. Todavía era temprano, pero por la rendija de luz que entraba por el balcón, era evidente que ya había amanecido. Por un momento me sentí desconcertado, pues tampoco vi su maleta donde la había dejado la noche anterior. Otra vez mis inseguridades estaban abriéndose paso y mis miedos atropellando mis neuronas. Enseguida me di cuenta de que estaba en el baño preparándose para ir a trabajar. Me acerqué silenciosamente para que no se percatara de mi presencia. Me apetecía recrearme mirándola, pero era fácil que se diera cuenta de que estaba ahí, así que me decidí a hablar.

—¿Pensabas irte sin decir adiós?

—No quería despertarte. Estabas tan dormido…

—Me he asustado cuando he abierto los ojos y he visto que no estabas ni tampoco tu maleta.

—La traje aquí para buscar lo que necesitaba sin hacer ruido.

—Estás preciosa esta mañana.

—Gracias.

Le propuse irla a buscar al trabajo cuando terminara su jornada, pero había olvidado por completo que nosotros teníamos concertada una cita a las diez y no tenía ni la menor idea de a qué hora finalizaríamos. Finalmente, quedamos en que la avisaría cuando terminásemos para vernos.

Me acerqué a ella y la agarré por la cintura, atrayéndola hacia mí. Estaba tan bonita con esa cara de recién levantada que me hacía enloquecer. No quería que se fuera por nada del mundo. Mi cuerpo me estaba pidiendo que se quedara, quería tenerla cerca y hacerle el amor hasta que desfalleciéramos, como la noche anterior. Comenzamos a besarnos. Mis manos debajo de su blusa percibían como su piel se erizaba a su paso. La cosa empezó a salirse de tono enseguida y era evidente que me deseaba tanto como yo a ella. Pero tenía que irse a trabajar y, por mucho que insistí, acabó escurriéndose entre mis brazos sin ceder a mis chantajes de que pusiera alguna excusa y se

quedase conmigo.

Era comprensible.

El mundo no se para sólo porque yo lo quiera.



La mañana fue ajetreada, algo usual en esa fase de preparación del disco. Estuvimos grabando en los estudios Paramount y después, debido a que era el cumpleaños de Brian, uno de los miembros del grupo, nos fuimos a comer por ahí todos juntos para festejarlo. Aún así, yo estaba pendiente del móvil esperando su llamada en cualquier momento. Cuando por fin lo hizo, le sugerí que me esperase en el hotel porque, en cuanto terminásemos, iría para allá. Me comentó que le venía bien porque quería pasar por casa para coger algunas cosas más y, cuando terminase, iría al hotel.

Llegó pasadas las ocho de la tarde.

Mi humor no estaba precisamente bien.

Habían pasado más de cuatro horas desde que habíamos hablado, casi cinco en realidad. Cuando por fin me dijo que había pasado antes por casa de Paul para verle, mis celos ya estaban disparados cruzando un límite peligroso. Le reproché que parecía relegarme siempre a un segundo plano y que le apetecía más estar con cualquier otro que conmigo, refiriéndome con ello a Paul evidentemente, pero también a Luke por lo del día anterior cuando le invito a venirse con nosotros. Además, le recriminé que no parecía importarle nada lo que yo sintiera. Y a pesar de que la sangre hervía en mi interior, no llegué a explotar y, cuando me pidió que no perdiéramos la noche discutiendo, templé mis nervios y accedí.

Fue lo mejor que pudo pasar esa noche, no darle una importancia excesiva a cosas que no la tienen. Ese día lo entendí. Y disfrutamos de horas de buena compañía, caricias y ternura. Una noche más, nos devoramos el uno al otro como si el mundo se terminara en aquel preciso instante. Yo me sentía enloquecer de amor con ella.

Los siguientes días en Los Ángeles fueron idílicos. Demasiado perfectos y alejados de la realidad. Pasábamos juntos, solos los dos, todo el tiempo que podíamos. Las horas volaban y yo trataba de capturarlas como podía porque sentía que se me escapaba ese tiempo tan preciado. No quería ni dormir, alargábamos las noches enredándonos entre las sábanas hasta que nos quedábamos sin fuerzas. Pero el tiempo es inexorable y corre para todos. Robarle minutos sin dormir sólo te lleva a la extenuación. Para mí, fue un precio que valió la pena pagar.

El lunes por la mañana saldría temprano nuestro avión. Aún teníamos un par de días por delante. Sin embargo, ya estaba aterrado

pensando en la separación y cómo íbamos a llevar aquello. No tenía nada claro. Para mí la única solución plenamente viable era que viniese conmigo. Inconscientemente, trataba de poseerla.

El sábado se había comprometido en ir a comer a casa de Paul y Catherine, su mujer. Ni qué decir tiene que no me hacía ni pizca de gracia, pero traté de disimular. Ahora que miro atrás, esto también me resulta incongruente y un síntoma más de en lo que me había transformado. Siempre he sido una persona muy sociable y me ha encantado quedar con amigos. Pero a Laura la quería sólo para mí, de una manera obsesiva y enfermiza.

Fuimos a la casa que tenían en Malibú, una fabulosa vivienda de formas rectas y paredes acristaladas, con unas impresionantes vistas al mar. Desde que nos abrió la puerta, percibí como Catherine trataba de ser extremadamente amable conmigo y me dejé hacer. En el fondo de mi ser, trataba de buscar un cómplice para mis enrevesadas elucubraciones. Nos sentamos a tomar algo en la terraza aprovechando la maravillosa temperatura que hacía. La conversación, debo reconocer, era entretenida y agradable. Eso debería haber sido suficiente para disfrutar de la buena compañía y de una maravillosa velada sin enturbiarla. Cuando comentaron que iban a buscar la comida a la cocina, me ofrecí a ir con Cath poniendo mi mejor sonrisa, pero mis intenciones eran espurias.

Fui la mala hierba que crece sin control.

Aproveché aquellos minutos en los que ella y yo estuvimos solos, sin que Laura ni Paul pudiesen intervenir. Me pareció una mujer encantadora, elegante y con clase. Era, además, muy inteligente. Saltaba a la vista que seguía loca por su marido. Y esa debilidad la ataqué con total crueldad. Fui encantador con ella, un manipulador de manual. Y empecé a sembrar cizaña sin perder un segundo. Le pregunté si nunca había tenido celos de la relación entre Paul y Laura, del tiempo que pasaban juntos, de que hablasen todos los días, de sus gestos de cariño, de su complicidad… Le conté mis reservas, mis desconfianzas y procuré hacerla suyas. Pero ella capeó con elegancia el temporal, aunque pude ver como había abierto una pequeña grieta en esa confianza inquebrantable hacia su marido.

En resumidas cuentas, mi único objetivo era tratar por todos los medios de arrancar a Laura de los brazos protectores de su amigo de un modo mezquino y ruin.

6

Sensación de irrealidad

Llegamos al hotel ya de noche. Lo habíamos pasado bien. Nos dimos un baño juntos y, una vez más, una cosa llevó a la otra y nos amamos como sólo se hace cuando sientes que hay fecha de caducidad. La nuestra era en poco más de treinta y seis horas, cuando mi vuelo me llevara de vuelta a Las Vegas.

Aquel domingo, teníamos una grabación de un programa de televisión, pero hasta las seis de la tarde no tenía que marcharme. Así que disfrutamos de otro día maravilloso, con esa sensación de irrealidad que tienen los momentos felices por ser precisamente eso, momentos, nada más. Postergamos hasta el final la conversación que teníamos pendiente acerca de cómo afrontaríamos nuestra relación a partir de aquel momento. No me acababa de decidir a pedirle que se viniera conmigo y lo dejara todo. Hasta para mi mente trastornada sonaba irracional. Tal vez me quedaba un atisbo de cordura.

Ella propuso que nos viéramos los fines de semana. Su trabajo se lo permitía, puesto que su jornada era de lunes a viernes y, si se organizaba, podía salir los viernes a mediodía. A mí vernos de fin de semana en fin de semana, me sonó casi a limosna, pero entendí que no había muchas más opciones. El principal problema en aquel momento era que mis hijos pasarían conmigo el siguiente y debía gestionar aquello con cautela. Irremediablemente, yo no podría viajar a Los Ángeles, pero ella podría desplazarse a Las Vegas cuando finalizase su jornada el viernes.

Siguiente inconveniente: no podría quedarse en casa. Sería demasiado impactante para los niños. Le prometí que yo me encargaría de buscarle un hotel y planeamos qué podríamos hacer. Tendría que pensar cómo planteárselo a ellos, puesto que ya conocían a la nueva pareja de su madre de antes, pero esto era diferente.

Iba a ser difícil tenerla tan cerca y a la vez tan lejos, sabiendo que apenas la podría tocar ni besar.

Me preparé para ir al programa. El trayecto fueron todo bromas e insinuaciones por parte de mis compañeros. Por lo poco que me

habían visto, salvo en los compromisos ineludibles, era evidente que estaban al día de mi situación. Era lo que tocaba e intenté poner mi mejor cara.

Lo que nunca me había esperado es que saliera el tema durante la entrevista en el estudio. Empezamos hablando de un proyecto de colaboración con una ONG y otros artistas en el que estábamos trabajando, así como de nuestro próximo álbum. Todo iba aparentemente bien. Nunca me ha gustado tocar temas personales con la prensa. Es algo que he tenido siempre muy claro: mi intimidad debe quedar fuera del circo mediático.

En este caso, debido a que el proyecto estaba relacionado con la recaudación de fondos para repartir juguetes a niños sin recursos, me preguntó por mis hijos y, casi inmediatamente después, comentó que había oído que estaba divorciado. No me lo podía creer. Yo no había ido allí para hablar de aquello. Estoy seguro de que mi gesto dejó claro lo incómodo que me resultaba aquello pero, aún así, procuré dejar bien claro que no hablaba de temas privados. Dio igual. Era como un perro con un hueso. Insistió en el tema y dijo claro que, pese a los tiempos difíciles por los que seguro que había pasado, era evidente que estaba feliz y con sus gestos insinuaba que era debido a una nueva relación. No entendía de dónde salía aquello. Me molestó tanto que, si verdaderamente no me hubiera sentido tan feliz como lo estaba en aquel instante pensando en quien me esperaba en la habitación, habría dicho algo de lo que tal vez me hubiera arrepentido.

Después grabamos la actuación y volvimos al hotel, mucho más tarde de lo que yo hubiera deseado.



Entré en la habitación cautelosamente por si Laura estaba dormida, aunque deseaba con todas mis fuerzas que estuviera despierta. No quería despedirme al día siguiente deprisa y corriendo cuando nos levantásemos, así que me senté en el borde de la cama junto a ella sin siquiera quitarme la cazadora. Estaba preciosa. La miraba mientras me mordía el labio inferior deseando que se despertara de una vez. Era nuestra última noche hasta el siguiente viernes, no me podía permitir perderla durmiendo sin más.

Por fin se despertó. Me apetecía saber si había visto el programa y conocer su opinión al respecto. Estaba muy melancólico aquella noche, sospecho que debido a nuestra separación inminente. Tal vez por eso, lo que le dije fue excesivo.

—¿Sabes? Cuando me preguntó acerca de cómo me sentía creo que

ha sido la primera vez que he sido auténticamente consciente de lo feliz que soy estando contigo. No puedes ni imaginarte lo importante que es tenerte en mi vida en estos momentos. Eres la principal razón de que vuelva a sonreír.

—Richard, no digas eso. Tienes muchos motivos por los que sentirte feliz.

Necesitaba su afecto y su cariño. Necesitaba que me dijera que me quería, a pesar de que sólo llevábamos nueve días juntos, algo claramente insuficiente. Pero eso es lo que yo sentía. Un amor desmedido y desproporcionado.

El tirante de su camisón empezó a caerse por su hombro y ya no pude pensar en nada más. Empecé a acariciarla el brazo con suavidad, arrastrando el tirante un poco más, siguiendo con mi mirada el recorrido de mi mano y recorriendo su cuerpo con un deseo que estaba a punto de desbordarme. Me quité la cazadora y me acerqué a besar su boca, para después recorrer su cuerpo con mis labios. Su aroma me embriagaba. Todo en ella lo hacía. Quería disfrutar de aquella noche de una forma más calmada, menos impetuosa que las anteriores. Nos quitamos mutuamente la ropa, despacio, sin prisas otra vez, aunque mi cuerpo pedía navegar entre sus piernas sin esperas. Y disfrutamos de otra manera de querernos un poco menos apasionada que la de otros momentos en los que literalmente nos devorábamos pero, tal vez, mucho más completa e, incluso, más erótica.

7

Adaptarse a la rutina

No me desperté bien aquella mañana. Tampoco había dormido demasiado dándole vueltas a ideas locas e inconexas. Cuando concilié el sueño por fin, era ya entrada la madrugada. No me veía capaz de soportar nuestra separación, así de dependiente me había vuelto a nivel emocional. Y la dependencia nunca es sinónimo de algo bueno, sino del inicio de un descenso sin frenos.

Cuando me desperté, ella ya estaba preparada para irse. De algún modo, eso me sentó mal. Tuve la impresión de que para ella era menos duro, aunque no tenía ni pies ni cabeza. Tenía que irse a trabajar y tenía un horario que cumplir, no había nada más. Imagino que percibió claramente mi estado y mi tristeza. Me leía con facilidad desde el principio, eso era un hecho. Enseguida sabía lo que pasaba en mi interior. Se mostró cariñosa, enredando sus dedos en mi pelo sentada junto a mí. Me miraba con ternura y yo sólo tenía ganas de llorar.

—Vente conmigo —le propuse, a pesar de que era plenamente consciente de la locura que estaba pidiéndole. Era nuestro décimo día juntos, aquello era totalmente desproporcionado.

—No puedes decirlo en serio. No lo hagas más difícil, por favor. Ya es bastante duro.

—Yo me quedaría aquí, es lo que más me apetecería. Pero no puedo, tengo que ir con mis hijos.

—Lo entiendo. Y yo tengo que trabajar y tú tienes que entenderlo. Tengo pacientes que atender y no puedo dejarlos tirados. Tenemos que tomárnoslo con más calma, aprender a tomar las cosas como vengan y buscar la mejor solución en cada momento.

Era la respuesta más lógica y razonable, la de una persona equilibrada y centrada. Pero yo, que siempre había sido apasionado en todos los aspectos de mi vida, ahora además había perdido la percepción de lo que estaba bien y estaba mal. A mis treinta y cinco años no era capaz de entender que no viera que aquella era la mejor solución para lo nuestro.

Me apoyé en el cabecero de la cama, con los brazos cruzados y apretados, furioso ante su respuesta. No creía que pudiera contener las lágrimas mucho más tiempo. ¿Por qué no accedía a mis deseos sin más? Tal vez no me quisiera tanto como yo creía.

—Richard, mírame al menos. Pareces enfadado conmigo. No puedes culparme de que las cosas sean como son.

En el fondo y muy a mi pesar, sabía que tenía razón. Pero yo no atendía a razones por aquella época. Sólo entendía mis motivos y no comprendía que ella no entendiera lo que sentía, porque era algo nuevo para mí, esa necesidad de estar con alguien, esa necesidad imperiosa y más fuerte que cualquier otra. Aquellos últimos días juntos habían sido para mí los días más felices en mucho tiempo. Me había sentido querido y valorado. Había sentido que era importante para alguien.

No pude más. Mis lágrimas se desbordaron y sus ojos tampoco pudieron retener las suyas. Los dos, a nuestra manera, sufríamos. Nos abrazamos y tratamos de consolarnos con la ilusión de vernos en unos pocos días.



8

Primeros síntomas

Aquel día fue un día raro. Un día de disimulos y ocultaciones. Me sentía fatal, con un ánimo deplorable y hundido. No me apetecía aguantar las bromas y vaciles de mis compañeros, pero sabía que no me quedaba más remedio. Trataría de aislarme como había hecho otras veces con mis auriculares y un poco de música, dejándome llevar hacia cualquier otro sitio lejos de allí.

Aquel día raro, debía enfrentarme de nuevo a la soledad. Eso para alguien a quien no le gusta estar solo no es fácil. En realidad, eso no era del todo cierto, puesto que me tocaba ir a recoger a mis hijos, ya que pasarían la semana conmigo. No estaría solo pero tampoco podría dejarme arrastrar por mis sentimientos. Debía mostrarme bien ante ellos, debía estar alegre. No tenía derecho a contagiarles la mierda de estado de ánimo con el que me había levantado y arrastrarles al lodazal que había en mi cabeza. Debía ejercer el papel de adulto.

Mi ánimo plomizo no mejoró a lo largo del día, sino más bien al contrario. Antes de pasar a recoger a los niños al colegio, tuve que ir a casa de mi ex a buscar sus cosas. Tuvimos una discusión de las que hacen historia. Una amiga le había contado a Susan que había visto la entrevista del día anterior en televisión y fue una excusa más para tener una pelea.

—Hola, Susan —saludé, en cuanto abrió la puerta. Serio, pero no borde ni seco. Simplemente sin ningún tipo de matiz emocional. Tal vez así conseguiría eludir aquel día la tormenta.

—Hola Rick —¿por qué seguía llamándome así? Me sacaba de quicio que usase ese nombre que en otra época había sido tan familiar para nosotros. Yo ya no era Rick para ella.

—No sé si tienes preparadas las cosas de los niños. Acabo de aterrizar y tengo ganas de llegar a casa para intentar descansar un poco antes de recogerles.

—¿Algún motivo para que estés tan cansado? ¿Algo que deba saber? —primer embiste. Me quería provocar y yo estaba para pocas ese día. Aún así, me propuse no responder a sus posibles ganas de

buscarme las cosquillas.

—Bueno, por si no lo has oído, acabo de decirte que hemos aterrizado hace nada. Si no te parece un motivo…

—No, no me lo parece. Un vuelo Los Ángeles —Las Vegas no es precisamente como para estar cansado.

—Da igual. No voy a entrar al trapo. ¿Tienes las cosas o no? Dímelo claramente y, si no, puedo venir más tarde o déjame pasar y yo las preparo.

—Las tengo preparadas, por eso no te preocupes. Y los niños están deseando verte, por cierto. Sin embargo, si piensas estar presentándoles a tus novias cada dos por tres, tendremos que renegociar el convenio de visitas.

—¿Mis novias? ¿Qué coño quiere decir eso? No creo que seas tú nadie para darme lecciones de moral cuando les has metido en casa al tío con el que te estabas acostando mientras aún seguíamos casados.

—Ya le conocían, no es nadie ajeno para ellos. Pero ya nos conocemos, Rick, y te encanta ir de una a otra y no lo pienso permitir.

—¿Cuándo he hecho yo eso? —se estaba pasando mucho, la verdad. No era justo que dijera aquello. Yo siempre le había sido fiel, mientras que ella desde luego no podía decir lo mismo.

—Por favor, no seas cínico. Te recuerdo que cuando nos conocimos, todo el mundo sabía lo que te gustaba ir de flor en flor.

—¿Estás de broma? Estábamos en la universidad y no he vuelto a estar con nadie desde que tú y yo empezamos a estar juntos. No puedo decir lo mismo de ti, por cierto.

—Los malos hábitos siempre vuelven.

—Olvídame, Susan, y no te metas en mi vida. Sigue adelante con Adam y, por mi parte, te aseguro que podéis ser felices para siempre que no me voy a meter, pero a mí déjame vivir.

—Te lo advierto, Rick…

—No me llames Rick. Soy Richard.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—Muy bien, Richard —dijo con cierto recochineo—, te lo advierto, si me entero de que los niños están cada vez que van a tu casa con una tía diferente vas a tener problemas. Me ha dicho Shally que vio ayer tu entrevista y está claro que tienes algún lío y no voy a permitir que nuestros hijos vean toda esa mierda. Por cierto, no sabía que ahora te gustaba airear tu vida privada.

—Y no me gusta ni tampoco lo hago.

—¿No? Pues según ella, ayer dijiste que estabas muy feliz después del divorcio.

—Dame las maletas de los niños, por favor. No pienso seguir discutiendo contigo.

Laura me llamó cuando salió de trabajar. Hasta ahí bien, teniendo en cuenta el humor de perros que tenía. La cosa se torció cuando me di cuenta de que me llamaba desde el coche porque, según me dijo, iba de camino a Marina del Rey para comer con Paul. Me llamaba para cumplir el trámite, eso es lo que pensé.

Nuestra primera conversación desde la mañana era una discusión. Eso en ningún sentido podía ser un buen síntoma. Estaba celoso porque estaba con él. En cuanto me había ido, todo parecía ser igual para ella, sus mismas rutinas, su tiempo dedicado a él. Paul presente en cada momento de su vida.

Discutimos durante un rato. Estaba agotado de tantos malos humos y al final le conté lo sucedido con Susan, en parte para justificar mi reacción con ella. Un modo de manipulación como otro cualquiera, no lo puedo negar. En parte también, quería que entendiera lo que la necesitaba en aquellos momentos, lo que además era un burdo chantaje emocional. "*Estoy fatal y tú estás lejos cuando más te necesito*", algo así. Laura me escuchó y se mostró muy comprensiva. La conversación se enderezó mínimamente y acabó bastante bien para como había comenzado. No obstante, seguía molesto, eso no se me pasaba así como así, aunque lo disimulase medianamente bien gracias a que no me veía la cara. Mi mente rumiante iba a darle vueltas a que comieran juntos durante largo rato.

Finalmente, los nubarrones empezaron a deshacerse cuando retornamos a un tema más agradable y hablamos de los planes del fin de semana. Insistí en mi compromiso de buscarle yo un hotel. Era lo que me mantenía a flote, esa ilusión del reencuentro. Quería prepararle algo especial para que entendiera lo que ella significaba para mí.

No veía el momento de que llegase.



9

Primer viaje a Las Vegas

Pasé la semana bastante nervioso. Estaba en modo centrifugado, dándole vueltas a todo de manera infructuosa. Como consecuencia de ello, las cosas no me terminaban de salir bien. En el estudio cada vez discutía más con mis compañeros. Nada me parecía lo suficientemente bueno, siempre había que modificar algo, volver a grabar, probar otro acorde... Estaba en plan insufrible, lo reconozco. Sólo hace falta una manzana podrida para que se pudra todo el cesto. Es un hecho.

En los buenos tiempos, eso no era lo habitual, aunque siempre he sido muy perfeccionista y exigente con mi trabajo. Aún así, a pesar de mi afán por mejorar un poco más cada canción en la que trabajábamos, solía haber armonía entre nosotros y disfrutábamos con ese lujo de trabajo que es dedicarse a la música.

Con Susan la media era de una discusión cada vez que me llamaba para hablar con los niños. Vivía inmerso en un ambiente de negatividad continua que me estaba robando la energía.

Al menos, la buena energía.

De la otra, tenía de sobra.

Los mejores momentos del día solían ser los que hablaba con Laura y los que pasaba a solas con mis hijos, ya fuera en el parque o jugando en casa. Por lo demás, sentía que el mundo estaba en mi contra, aunque no fuera así en realidad.

Parecía que el viernes no iba a llegar nunca. Se me hizo eterna aquella semana. Le había reservado una preciosa suite en el Venetian, uno de los hoteles más conocidos y hermosos de la Strip. Estaba seguro de que le encantaría. Quería que se sintiera especial y, tirando de algunos contactos que tenía, les pedí que preparasen algunos detalles, como que esparciesen pétalos de rosa por la habitación, que pusieran una cesta de frutas y una botella de champán. Además, le compré un llamativo ramo de rosas rojas y en la tarjeta le escribí como dedicatoria una estrofa de una canción que estaba componiendo para ella, la cual esperaba podérsela tocar alguna vez de manera

íntima y personal.

Desde la hora en la que me había dicho que había salido de Los Ángeles, hice un cálculo sobre qué hora podría llegar. Estaba ansioso. Estaba deseando tener la certeza de que ya estaba allí y quería saber qué le había parecido lo que había preparado para ella. Me hubiera gustado tanto estar allí para verlo en primera persona… Pero no podía ser. Cuando la llamé, aún seguía en la recepción del hotel, así que me tocaba esperar para conocer su reacción. Quedamos en vernos una hora después aproximadamente, aunque yo iría para allá con mis hijos antes, así que lo mejor era que me llamase cuando estuviese lista y le diría dónde estábamos.

Era una sensación extraña. Estaríamos juntos y no podríamos apenas ni tocarnos. Alguien que no haya estado nunca enamorado seguramente no podrá comprender lo importante que es el contacto con la piel de la persona amada. Su roce, el significado de una caricia, la carne de gallina en tu propia piel, la excitación, la sensación que te llena. No veía la forma de poder soportarlo sin volverme loco.

Cuando la vi por fin, se me cortó la respiración. Estaba absolutamente preciosa con un vestido color negro y púrpura. Me quedé mirándola embelesado y únicamente podía pensar en las ganas que tenía de besarla y abrazarla, sin importarme ni dónde estuviéramos ni quien estuviera alrededor. Eché de menos nuestra habitación de hotel en Los Ángeles o su pequeño apartamento en Santa Mónica, refugios en los que estar a solas y disfrutar de nuestra compañía.

Después del estupor y las dudas iniciales, la besé inocentemente en la mejilla, aunque lo que pasaba por mi mente precisamente no fueran ideas inocentes en aquel instante. Fue algo surrealista. Tener que mantener las distancias después de varios días de separación física y real era una especie de tortura psicológica.

David enseguida se mostró encantador con Laura, supongo que le gustó tanto como le gustaba a su padre. Lucie, en cambio, se mostró con ella enfurruñada y reticente. Imaginaba que le resultaría difícil aceptarla, pero no había supuesto que tanto.

Había escogido un restaurante agradable y que tuviera un rincón de juegos para los niños. Suponía que para ellos podría hacerse larga la cena y eran muy pequeños todavía, puesto que David que es el mayor tenía sólo cinco años y Lucie tenía tres. Cuando terminaron su cena, les llevé al rincón de juegos en el que había monitores y eso nos daría tiempo para estar a solas. Había reservado una mesa en un lugar concreto, en cierta medida apartado, tal y como me había acostumbrado a hacer desde que nuestra música había pasado a ser más conocida. Necesitábamos un poco de intimidad, aunque fueran solo unos minutos. Y yo no podía sacarme de la cabeza las ganas que

tenía de besarla.

Cuando volví a la mesa, apenas le dejé decir nada. No quería hablar, no en esos pocos minutos que nos regalaba la buena suerte de que aquel restaurante tuviese un servicio tan adaptado a nuestras necesidades de aquel día. Me estaba volviendo loco tenerla a mi lado y no poder siquiera tocarla.

Nos besamos hasta la extenuación, como si fuéramos dos adolescentes descubriendo los placeres de explorar la boca deseada y el contacto eléctrico con la piel de la persona que quieres. Metí mi mano bajo el vestido y le acaricié el muslo. Su piel era tersa y suave. No fue una buena idea, porque estaba tan excitado que ya no podía pensar en otra cosa que en desnudarla. Le propuse incluso subir a su habitación porque, insensatamente, pensaba que tal vez tendríamos tiempo, ya que, si sucedía algo, me avisarían los cuidadores que trabajaban en el servicio de entretenimiento infantil. Ella me dijo que no era buena idea y tenía razón, así que en el estado de enajenación mental en el que me encontraba, le pedí que viniera a casa por la noche cuando los niños estuvieran dormidos. Me resistía a que estuviéramos en la misma ciudad, separados solo por unos pocos de kilómetros y que no pudiéramos dormir juntos.

Y nos besamos, y nos acariciamos y… Entonces apareció Lucie que se había escapado del parque de juegos y nos vio. Creí que se me caía el mundo a los pies. Encima que no la había aceptado y que no le gustaba tenerla allí cuando le dije que era tan solo una amiga, ahora me había visto besarla. No podía imaginar lo que habría pasado en aquel momento por su mente infantil.

Intenté razonar con ella y que entendiera en un lenguaje sencillo que tal vez algún día seríamos novios, pero Lucie no quería escuchar, sólo decía que le había mentido cuando le dije que era solo una amiga y que no quería que fuera mi novia.

Y ahí se acabó la noche. No podía hacer sufrir a mi hija. Ya habían sufrido bastante con nuestra separación. La cogí, la senté en mi regazo, la abracé y empecé a contarle un cuento que sabía que le encantaba y que siempre la ponía contenta. Tenía que hacer las cosas despacio y debía asumirlo. Era más fácil pensarlo que hacerlo, pero era lo que había.

Poco después, nos dirigimos hacia el coche y Laura nos acompañó. Senté a los niños en sus sillas en la parte de atrás y me despedí de Laura. Quedamos para la mañana siguiente a las nueve y media. Le di la dirección de mi casa para que pasara por allí y desde allí nos iríamos a hacer senderismo a un parque espectacular que no está muy alejado de la ciudad.



10

Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas

Creo que ese dicho tan popular de que lo que sucede en Las Vegas se queda en Las Vegas no funciona para mí. Cuando llegamos a casa, Susan llamó a los niños y Lucie le contó que habíamos estado con Laura y que nos habíamos besado. Lo que me faltaba. Si no teníamos ya bastantes problemas, uno más.

Después de hablar con la niña, le dijo que quería que me pusiera al teléfono otra vez. Me hacía a la idea de lo que venía a continuación.

—¿Me puedes explicar lo que ha pasado en la cena?

—Puedo, pero no quiero.

—Te dije muy claro que no te iba a permitir que los niños te vieran saltando de una mujer a otra y mucho menos me apetece que tengan que ver como su padre se morrea con la que toque ese día.

—Te estás pasando mucho, Susan. Te lo digo en serio. No sé que te ha contado la niña, pero no ha sido nada grave.

—Lo que me ha contado es que tú le habías dicho que habías quedado con una amiga y que, después de llevarlos a la sala de juegos, ella se ha escapado y, cuando ha ido a buscarte, le estabas metiendo la lengua hasta la garganta.

Obviamente, Lucie no podía haberle dicho aquello, sino algo mucho más edulcorado, pero era fácil para Susan interpretar la situación. Habíamos estado muchos años juntos y me conocía. Me estaba sacando de quicio deliberadamente, pero debía controlarme porque los niños podrían oírnos.

—¿Qué quieres de mí, Susan? En serio. ¿No me has hecho ya bastante daño? Déjame vivir, por favor te lo pido. ¿Por qué me odias tanto?

—No te odio, Richard. Nunca te he odiado.

—¿No? Pues lo disimulas muy bien. No he estado con nadie desde que os pillé follando en nuestra cama —preferiría no haberme expresado de una manera tan tosca, pero es lo que había—, creo que

me merezco ya ser feliz de una vez. Y he encontrado a alguien que merece la pena. Sí, la besé y Lucie nos pilló y lo siento mucho. Culpable. Pensaba que estaba en el parque de juegos porque era exactamente donde la había dejado, al cuidado de varios monitores. Ni la había tocado en toda la noche hasta ese momento. No sabes lo difícil que es estar tan loco por alguien y, después de días lejos el uno del otro, no poder ni besarla. Y aquí estoy, en casa yo solo con los niños y ella en el hotel. No te aseguro que mañana sea igual, porque estoy más que harto de ser el malo de la película, da igual lo que haga. Pero tranquila, que los niños no van a ver nada indebido. Tendrán que acostumbrarse a que su padre también tiene derecho a enamorarse.

—Yo no estoy enamorada de Adam. Cometí un error y no imaginas cuánto me arrepiento.

—Ese es tu problema, no el mío. Me da igual lo que hagas con tu vida. Lo único que nos queda en común son David y Lucie. Y son de los únicos temas que voy a hablar contigo, ¿de acuerdo?

—Perfecto, Richard. Pues lo dicho, deja de morrearte con tus novias delante de ellos.

Cuando colgó, lancé el móvil al sofá malhumorado.

No me daba tregua.



La cabeza me iba a explotar después de la última discusión. Estuve pensando en llamar a Laura, pero no sabía si sería buena idea. Tal vez estuviera cansada y se hubiera ido a dormir. De hecho, ni siquiera me había respondido después del mensaje que le mandé para decirle que ya habíamos llegado a casa. Eso me pareció raro, pero no quise darle muchas más vueltas.

No obstante, volví a mandarle varios mensajes después. Mi mente obsesiva no podía evitarlo. O no quería, no lo sé bien. Es como tomar una bebida dulce, no puedes parar porque es adictiva. Das un sorbo y otro y cuando te das cuenta, ya apenas queda nada porque te la has bebido casi del tirón. Ese era yo en aquel momento: lo que quería, lo quería ya, sin esperas ni demoras. Y todo en grandes cantidades, desproporcionado, sin mesura.

En todos los mensajes le decía que la echaba de menos, que me gustaría que estuviera en ese momento conmigo, ese tipo de cosas. No paraba de dar vueltas en la cama. Por un lado, la discusión con Susan; por otro, la ausencia de respuesta de Laura.

Me respondió a altas horas de la madrugada. Decía que no había visto mis mensajes, pero tampoco estaba dormida, aunque estaba

agotada y ya se iba a dormir. ¿Por qué no me había respondido entonces? Y si no estaba dormida, ¿qué había estado haciendo? Aquella duda no me ayudó precisamente a conciliar el sueño.

11

Cosas que es mejor no contar

Sé que aquella noche pasó algo que Laura no me quiso contar.

Cuando la vi llegar por la mañana al día siguiente, estaba claro que no había dormido demasiado. No paraba de pensar en el mensaje que me había enviado. ¿Dónde habría estado? ¿Habría pasado con alguien la noche? Fue algo que me torturó durante casi todo el día.

Mi casa está situada en Summerlin, una zona residencial de viviendas individuales a unos veinte kilómetros de la ciudad. En cuanto Laura llegó por la mañana, salí a recibirla a la entrada, antes de que bajara del coche. No pude evitar sacar el tema nada más verla. Se mostró dulce y cariñosa, pero tenía que lanzar el anzuelo a ver si picaba.

—No estaba seguro de que tuvieras tantas ganas de verme. Aunque viendo lo cariñosa que estás, igual me equivoco.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, estuviste despierta hasta casi las cuatro de la mañana y apenas diste señales de vida. Y el único mensaje que me enviaste dejaba muy claro que no querías que te molestase hasta hoy.

—Lo siento. Estaba muerta de sueño y veía que no me iba a dar tiempo a descansar para poder aguantar hoy.

—¿Qué estuviste haciendo?

No respondió enseguida. Desvió la mirada. Noté como dudaba qué contestar. Y su respuesta fue "*nada especial*". Eso no me servía para despejar las dudas, eso sembraba mi mente de incertidumbres dolorosas. Había pasado algo que no quería compartir conmigo, así que imaginé que sería algo que no me iba a gustar. Mis celos patológicos provocaron que saltaran las alarmas en mi mente. Lo que me faltaba. Daba igual lo que dijera a continuación. Ese "*nada especial*" escondía algo.

—No es que no te lo quiera contar. No hice nada especial, es una tontería, de verdad. Deberíamos entrar. Tus chicos estarán esperando.

No quería estropear aquel día. No quería que el poco tiempo del que disponíamos para estar juntos se estropeara desde primera hora

de la mañana, pero me lo estaba poniendo muy difícil, la verdad.

—Vale, entremos, pero esto no va a quedar así porque me estás ocultando algo y lo sé.

—Estuve en el casino, ¿estás conforme? Me daba vergüenza decírtelo porque me siento un poco estúpida.

—¿Tú sola hasta las cuatro? —pegunté escéptico. No me pegaba que fuera de la que se enganchaba a una mesa tras otra, a pesar de que tengo que reconocer que tampoco la conocía tanto todavía, para ser totalmente honestos. Intuía que había estado con alguien, aunque puede que sólo fuera fruto de mis celos y mi estado de alerta casi permanente.

—En cualquier caso, subí antes de las cuatro a la habitación y bueno, en un casino de Las Vegas es difícil estar sola porque está todo lleno de gente —respondió con evasivas. No me estaba dando buena espina y notaba que mi temperatura interior empezaba a subir. Yo había estado en casa echándola de menos mientras ella se lo pasaba bien. Me sentía un auténtico imbécil.

—¿Y qué tal te fue? ¿Ganaste mucho dinero?

—La verdad es que no, el juego no es lo mío, pero como experiencia ha estado bien. Además, antes de entrar en el casino te compré una cosa. Espero que te guste porque es algo muy especial que llamó mi atención en cuanto lo vi. Como si estuviera esperando por mí a que fuera a comprarlo.

Desde luego, dio un giro interesante a la conversación. Había una parte de verdad, no lo dudo. Pero también me dio la impresión de que trataba de desviar el tema hacia otro lado.

—¿Y qué es? —le pregunté con curiosidad.

—Espera y verás.

Se acercó al maletero a buscar algo. No estaba nada conforme con la respuesta que me había dado, pero tampoco me pareció oportuno seguir hurgando por el momento. Teníamos todo el día, seguro que encontraba la ocasión. Cuando regresó, me entregó un paquete pequeño que abrí inmediatamente. Era un colgante con una cadena de cuero.

—Representa el símbolo celta del amor eterno —me dijo con verdadera ilusión en sus ojos. Debo reconocer que me dejó sin palabras.

—No sé qué decir.

—Dime al menos si te gusta.

—¡Claro que me gusta! ¡Me encanta! Es un detalle precioso. No voy a quitármelo nunca, te lo prometo. Muchas gracias.

—De nada.

Y volví a tener una reacción desproporcionada. Había perdido la medida de todo. Otra vez ese demasiado en todo lo que hacía, en cada

una de mis reacciones. Demasiado celoso, demasiado desconfiado, demasiado ilusionado, demasiado emotivo. ¿Por qué me pasaba aquello? ¿Por qué perdí de aquella manera la capacidad para calibrar la realidad? Era como si se me hubiera convertido en un osciloscopio averiado. Todavía me cuesta entenderlo.

—Sé que sólo llevamos juntos dos semanas, pero necesito que sepas que te quiero y que me encanta tenerte cerca. Te lo dije ya el otro día en casa de tus amigos y no me cansaré de decírtelo. No imaginas lo importante que está siendo para mí haberte encontrado. Le has dado un giro a mi vida, Laura. Que me regales el símbolo del amor eterno… Bueno, me dejas sin palabras, porque es más de lo que podía esperar. De verdad que lo llevaré siempre conmigo.

Esas fueron más o menos mis palabras. Dos semanas y ya había perdido la cuenta de cuántas veces le había dicho que la necesitaba en mi vida. Demasiado para tan poco tiempo.

—Yo sí que no tengo ahora palabras —empezó a decirme—. Ayer cuando lo compré fue algo increíble porque, sin saber qué simbolizaba, me encantó y supe que era perfecto para ti desde el primer instante. Tal vez haya sido cosa del destino.

Después de lo que dijo, bueno, no sé. Creo que me emocioné de verdad. Necesitaba oírle decir algo así. Estaba tan necesitado de ese amor que había perdido, que me llenó de esperanza y me hizo creer que esta vez sí, lo nuestro sería para siempre.

Pasamos dentro de la casa y le preparé algo para desayunar. A eso de las once aproximadamente, nos subimos al coche y nos dirigimos al centro de visitantes de Red Rock Canyon.



Cuando íbamos en el coche, me di cuenta de que había recibido un mensaje que miró con disimulo y no se molestó en contestar. Había algo más que no me había contado. Cada vez lo tenía más claro. Y volvieron las dudas y el malestar inherente a ellas. A pesar de todo, disimulé. Tenía que quedarme con lo que me había dicho tan sólo una hora antes.

Salvo por la lucha interna que guardaba en mi interior, el día fue maravillosamente bien. Hicimos una ruta asequible para los niños. Después fuimos a comer a un restaurante y estuvimos en un parque de atracciones para niños pequeños. Al final, volvimos a casa muertos de cansancio.

Laura se ofreció a preparar la cena mientras yo bañaba a David y Lucie. A David se lo había ganado desde el primer momento en que lo vio, pero no así a Lucie. Sin embargo, era evidente que había logrado

llevarla a su terreno por fin. Se le daban bien los niños, de eso no había duda, así que imaginé que seguramente sería buena en su trabajo. Tal fue así, que antes de irse a la cama le pidieron que les contase un cuento y se tumbaron en la cama junto a ella. Fue algo realmente emotivo para mí. Eran las personas más importantes en mi vida y verlos juntos, en esa perfecta armonía, me emocionó. Me envolvió una sensación de felicidad indescriptible que calaba en cada milímetro de mi interior. Con la mirada, me dijo que podía irme a duchar mientras ella se encargaba de ellos.

Cuando salí de la ducha y regresé, me quedé junto a la puerta escuchando una conversación entre Laura y Lucie que casi hace que se me saltasen las lágrimas.

—¿Vas a quedarte con mi papá?

—¿Qué quieres decir, Lucie?

—No quiero que mi papá esté sólo y triste cuando no estamos con él y, a lo mejor, tú podías hacerle compañía.

—Cariño, no te preocupes por tu padre porque él está bien. Tiene muchos amigos y un trabajo que le encanta. Además, son los papás y los mamás los que tienen que preocuparse por los niños, no al revés.

—Pero es que quiero que esté alegre y últimamente casi siempre estaba triste. ¿Tú crees que mis papás volverán a estar juntos alguna vez?

—No lo sé, cariño. Pero estoy segura que ellos siempre van a hacer lo que crean que es mejor para vosotros. ¿Hay alguna cosa más que te preocupe? Porque puedes preguntarme todo lo que quieras y yo intentaré ayudarte en lo que pueda.

—Ahora no me acuerdo de nada más.

—Muy bien. Pues es hora de dormirse ya, ¿no crees?

—¿Me das un beso de buenas noches?

—¡Claro! Todos los que quieras.

Aquello hizo que se me olvidaran las preocupaciones de aquel día. Me estremeció aquella dulzura con la que respondía a las preguntas de mi hija. Me dolió en el alma que Lucie fuera tan consciente de la tristeza que había arrastrado en los últimos meses y me juré a mí mismo que haría algo para cambiar eso y que ella no tuviera que preocuparse por mí nunca más. No le correspondía. Yo era el adulto y ella sólo tenía tres años.

Le agradecí a Laura lo que había hecho y le dije que quería entrar a verlos antes de irme a la cama. Ella se fue a duchar. David y Lucie estaban profundamente dormidos cuando entré. Les besé en la frente. Entorné la puerta al salir y me dirigí al baño.

Sin que Laura se diera cuenta, me metí en la ducha con ella. La abracé por detrás porque quería que sintiera mi agradecimiento y el profundo amor que sentía en aquel preciso instante. Quería que fuera

algo inocente pero, al contacto con su piel desnuda, no pude evitar comenzar a besarle el cuello y acariciar todo su cuerpo. Y allí con el agua recorriendo salvaje nuestra piel nos dejamos llevar. Por fin teníamos tiempo para los dos y queríamos aprovecharlo.

12

Inseguridades

A pesar de que estaba muerto de sueño, aquella noche nos dieron las tantas hablando y acariciándonos. Quería alargar cada minuto que pasaba con ella porque hacía que los nubarrones en los que se había convertido mi vida se fueran disipando y deshaciendo paulatinamente. La vida puede ser tan bella con cosas tan sencillas.

Me desperté por la mañana temprano en cuanto sentí que los niños lo habían hecho. Me habría quedado de buena gana remoloneando entre las sábanas con Laura, pero ser padre tiene obligaciones ineludibles. Ella seguía dormida y no quise despertarla. Aquella tarde tenía que conducir de vuelta a Los Ángeles y le convenía descansar.

Era domingo y no quería pensar en lo que eso suponía.

Domingo era sinónimo de separación y despedidas.

En plural. Primero ella, luego los niños.

El lunes me despertaría solo en esa inmensa casa.

Otra vez.

Se levantó pasadas las once. Estábamos los tres jugando en el jardín y yo no paraba de mirar hacia la casa para ver si se levantaba y venía con nosotros. A primera hora de la tarde saldría de viaje. El tiempo parecía un auténtico kamikaze y yo tenía la impresión de que las horas no duraban los sesenta minutos habituales, sino muchos menos.

Fuimos a comer por allí cerca y, cuando regresamos, llevé a los niños para que se echasen una siesta antes de que los llevase con su madre. Mientras tanto, Laura se fue al dormitorio a recoger sus cosas.

Tenía tal nudo en la garganta que parecía que podría ahogarme en cualquier momento. Le pedí que se quedase un poco más y sé que fui un egoísta porque tenía muchas horas de camino y, además, oscurecía ya temprano por aquella época.

El siguiente fin de semana era el último antes de Navidad y, una vez más, teníamos pendiente hablar de cómo íbamos a hacer para vernos en las próximas semanas. Ese fin de semana, además, teníamos programada una actuación en el Caesars Palace y entre semana también me sería imposible desplazarme a Los Ángeles. Sabía que le

pedía demasiado cuando le sugerí que volviese otra vez. Pero aceptó sin ningún reparo.

La despedida, otra vez, fue dura. El viernes volvería, pero para mí esos cinco días separados eran un abismo difícil de afrontar. Cuando la vi alejarse en su coche, no pude evitar derramar algunas lágrimas. Es increíble lo sensible que me sentía en aquella época.

La soledad puede ser a veces una emoción muy cruel, sobre todo cuando estás empeñado en no aceptarla. Estaba depositando toda mi capacidad de ser feliz en Laura y eso no es sano.

Y no, definitivamente ahora sé que no lo fue.



Fui a llevar a los niños a casa de su madre y allí me esperaba otra batalla abierta. ¿Es que no se cansaba nunca? Otra vez Susan y sus múltiples reproches. Pero esta vez no dije nada. La escuché con cara de indiferencia. Cada vez me importaba menos. Cada vez tenía menos capacidad de hacerme daño. Me despedí con un lacónico *"¿Has terminado ya? Pues adiós"*. No estaba para peleas en aquel momento, bastante tenía con lo mío.

Llamé a Laura para asegurarme de que había llegado bien y, por qué negarlo, para escuchar su voz antes de irme a dormir. Era mi universo, el punto de apoyo donde todo giraba.

Era mi enfermedad.

Hablamos nuevamente el lunes por la mañana y después me fui a trabajar en el estudio. No podía centrarme. Estaba melancólico en exceso, preocupado, abstraído. La echaba de menos y sólo podía mirar el móvil en busca de un mensaje o una llamada suya. Pero estaba en el trabajo, lo más lógico era pensar que no podría. No obstante, empecé a pensar que tal vez estaba con Paul y que, si era así, no se acordaría de mí. No me fiaba, ese era el resumen. Pensaba que el único nivel de compromiso óptimo en nuestra relación era el estándar que yo había fijado, muy por encima del de una relación normal.

Al verme en aquel estado, Luke me preguntó qué me sucedía. Le hablé de mis dudas y mis inseguridades y me sugirió que la llamara, que no esperase, porque era la única forma de disipar mis inquietudes.

No estoy seguro de que fuera una buena idea llamarla. Que me lo sugiriera otra persona, era una forma de justificar mis desatinos. Aquello sólo hacía crecer mi dependencia. Cuando respondió, no paré de decirle cuanto la echaba de menos y cuanto la quería. Otra vez. Si ella lo hubiera visto desde fuera, no habría hecho falta que fuera psicóloga para darse cuenta de que ahí pasaba algo. Pero no, la tenía demasiado atrapada en mi telaraña, a pesar de que acabábamos de empezar.

El resto de la semana fue un poco mejor. Después de mi arrebato de inseguridad del lunes, fui acostumbrándome poco a poco a la realidad que me tocaba vivir y me centré en la actuación del sábado y en el trabajo. Incluso cuando llegaba a casa, seguía trabajando y componiendo canciones para nuestro próximo álbum. Pasé de una obsesión a otra.

Mentira, pasé a otra obsesión sin perder la primera. Seguí llamándola varias veces al día y mandándola mensajes. Era una forma de tenerla controlada y hacer un seguimiento cercano de sus movimientos. Sé cómo suena, pero es la pura verdad.

El viernes estaba de los nervios. Laura supuestamente llegaría a la misma hora aproximadamente que la semana anterior. Estaba ansioso por varios motivos, por estar con ella otra vez y porque vería nuestra actuación en directo. Me sentía como un niño pequeño su primer día de colegio.

No se me había ocurrido pensar que no la dejarían pasar al teatro del Caesars donde sería la actuación si no llevaba algún tipo de acreditación, así que el de seguridad tuvo que venir a hablar conmigo porque ella insistía en que me lo preguntara directamente. Se ve que me había llamado varias veces y, lógicamente, no me había enterado. Salí disparado a su encuentro y allí, entre la entrada y el patio de butacas, en un espacio íntimo solo para nosotros nos abrazamos y besamos como si hubieran pasado siglos desde la última vez. Le ofrecí las llaves de casa por si quería esperarme allí, pero le apetecía vernos ensayar.

Aquella noche fue absolutamente mágica. Me hizo creer que lo nuestro era para siempre y que nada ni nadie lo podría quebrar. Desnudamos nuestras almas y conectamos más allá de lo que lo habíamos hecho hasta entonces. Creo que aquella noche exactamente empezó la mejor fase de nuestra relación. Laura fue para mí un regalo que había aparecido en mi peor momento personal. Me devolvió la ilusión y las ganas de hacer cosas, de tener un futuro, de vivir con ganas, de saborear cada segundo que me regalase la vida. Podía hablar con ella de cualquier cosa, siempre escuchaba con atención y me ofrecía un punto de vista interesante. Era una mujer inteligente y sensible a la que le encantaba reír. No podía pedirle más a la vida por haberla puesto en mi camino. Cualquier hombre se habría sentido afortunado de tenerla y, de todos, había sido yo el elegido. Debía sentirme agradecido con lo que me había tocado.

Al día siguiente, antes del concierto nos dimos un respiro y fuimos a relajarnos a un SPA y después estuvimos comiendo cerca de mi casa. Todo relajado y sin prisas. A eso de las seis, nos dirigimos a Las Vegas y, cuando llegamos al Caesars Palace, ella se quedó dando una vuelta por las distintas zonas del hotel hasta que comenzase la actuación. Me

apetecía mucho que estuviera allí y nos viera. Quería dar lo mejor de mí mismo y que se sintiera orgullosa de mí. Sabía que era bueno en lo que hacía, pero esa noche no podía ser sólo bueno, tenía que ser aún mejor. Y lo conseguí. El concierto fue un auténtico éxito.

Le pedí que, al finalizar la actuación, fuera ella a buscar el coche y me esperase en la parte de atrás, que era por donde saldríamos para no perder demasiado tiempo y que pudiéramos irnos sin entretenernos demasiado. Como suele ser habitual en cualquier concierto, había bastantes fans esperándonos, nada fuera de lo normal. Nos pedían autógrafos, fotos… No pasó nada raro ni extraordinario que yo recuerde. Sin embargo, cuando subí al coche, esta vez era Laura la que estaba diferente.

Yo seguía muy excitado por la adrenalina del concierto, rebosante de energía, y le sugerí que fuésemos a tomar algo, pero me respondió que quería irse a casa, muy seria. Sonaba distante, abúlica. No era ella, eso lo tengo claro. Me preocupó muchísimo su reacción.

—¿Estás bien? Te noto rara.

—No, estoy fenomenal —dijo sin un atisbo de sonrisa.

No, no lo estaba. No estaba ni remotamente bien, pero yo no tenía ni idea de qué le ocurría. Si había hecho algo, esta vez no tenía ni la más mínima pista de qué había sido.

—¿Te ha gustado el concierto? —le pregunté tratando de saber qué le había parecido. Era muy importante para mí su opinión. Me había esforzado al máximo y estaba contento por el resultado, pero necesitaba saber qué pensaba ella.

—Me ha gustado mucho, de verdad.

—¿Seguro? Porque tus palabras dicen una cosa, pero el tono de tu voz parece decir lo contrario.

—No entiendo por qué. Ha sido una experiencia inolvidable poder ver el espectáculo entre bambalinas, en lugar de estar inmersa en la multitud poniéndome de puntillas. Me ha encantado, de veras.

Otra vez ese tono monocorde que no transmitía ni el menor entusiasmo. Tal vez era cosa de mi imaginación.

—Bueno, pues a mí me encanta oírtelo decir. Hoy estaba más nervioso porque estabas ahí y quería dar lo mejor de mí mismo para que te sintieras muy orgullosa.

—Lo estoy, te lo aseguro.

No dijo ni una sola palabra más hasta que llegamos a casa. Y empecé a preocuparme de verdad.

Al entrar en mi casa, ya no pude resistir más ese mutismo. Tal vez habría sido el momento adecuado para darme cuenta de lo que se sufre en una situación similar, tal y como yo había hecho con anterioridad, castigándola con mis silencios.

—¿Vas a contarme qué ocurre? Porque sé que algo no va bien y no

tengo ni la más remota idea de qué es. Además, no es ésta la reacción que me esperaba.

—¿Qué esperabas? ¿Una reacción de fan enloquecida o algo similar?

Parecía enfadada conmigo. No lo entendía, de verdad. No hacía más que buscar en mi cabeza qué podía haber pasado y no hallaba nada en absoluto. Por primera vez, me parecía estar libre de toda culpa.

—No te burles. No es eso. No sé qué esperaba. Supongo que deseaba que habláramos animosamente sobre lo que más te había gustado y lo que menos, porque es mi trabajo y es muy importante para mí. Imaginaba que iríamos después a algún pub a tomar algo y lo pasaríamos bien…

—Ya te lo he dicho antes, me ha encantado.

Otra vez esa respuesta fría, seca, con un tono apagado desprovisto de la más mínima emocionalidad. No era ella, desde luego.

—Sí, aunque sin demasiado entusiasmo seguido de una largo silencio.

—Bueno, ésta es quien soy. Además, estoy cansada y mañana tengo que viajar. Supuse que tú también estarías cansado y que preferirías venir a casa.

—No y no.

—¿Qué?

—Que no eres así y yo no estoy cansado. Y sé que tú tampoco pareces estarlo, aunque es evidente que no estás de humor. Pareces disgustada, molesta, preocupada… Pero no cansada, eso no.

Tardó en responder y cada segundo en que se demoraba me torturaba un poco más.

—No me resulta fácil decirte esto.

—Inténtalo, aunque con ese inicio me estás asustando. Nada bueno empieza con una frase similar.

—Lo primero, créeme, ha sido algo asombroso verte ahí en el escenario, tan cerca. Era como si estuviera en la piel de otra persona. He sentido un nudo en la garganta durante todo el concierto y aún no sé cómo he conseguido no llorar de la emoción.

—Vale, ahora sí me parece más creíble lo que dices porque tus ojos lo corroboran. Y lo agradezco sinceramente porque me importa mucho lo que opines. Aún así, también quiero conocer el “pero”.

En realidad, no sabía si lo quería conocer. Me estaba dando muy mala espina aquello.

—Cuando te estaba esperando en el coche a la salida, me he dedicado a observar. Ya sabes, como psicóloga me gusta prestar atención al comportamiento humano y analizarlo.

—Sí, lo sé. Continúa, por favor —¿por qué no iba directa al grano?

Tanta incertidumbre me estaba tensando los nervios y sentía una sensación muy desagradable en mi interior.

—Creo que no ha sido buena idea porque me he comido la cabeza bastante, la verdad. Por un lado, estaban los típicos fans con las camisetas de los conciertos y esas cosas. Luego había algún grupo de adolescentes casi al borde del ataque de nervios con las que has sido encantador y sensible. Y luego está el grupo de las que dan la impresión de buscar algo más —dijo entrecomillando con los dedos las últimas palabras—. No sé cómo decirlo porque sé lo mal que suena.

—Sé a lo que te refieres.

—No sé si quiero esto.

—Explícate, te lo ruego.

—Intuyo que cualquiera puede arrebatarte de mi lado, cuando menos me lo espere. Puede sonar estúpido, pero tengo la sensación de que no eres para mí. Es decir, hay un montón de mujeres impresionantes que están deseando estar contigo y, en realidad, tú y yo no tenemos nada en común. Provenimos de mundos diametralmente opuestos. Sinceramente, no me apetece estar sufriendo y cuestionándome en cada concierto qué va a ocurrir después. No puedo controlarlo y no me gusta esa sensación.

No me podía estar diciendo aquello. ¿Qué era eso de que no teníamos nada en común? Yo sentía precisamente lo contrario.

—Pues tendrás que confiar en mí…

—Ya, eso no es tan fácil como suena.

—Es lo que tú me pides cuando te pasas día y noche con Paul. Sin embargo, te muestras intransigente y poco comprensiva con mis sentimientos porque, según dices, tengo que confiar en ti sin reservas.

—No es lo mismo, diría que ni parecido. Paul es mi amigo, mi apoyo incondicional y ha estado ahí desde el primer momento que llegué aquí. Nunca ha intentado nada, así que no hay razón para pensar que lo vaya a hacer de ahora en adelante. No tienes motivos para dudar.

—Cada uno gobierna sus propios sentimientos, Laura. No intentes mandar sobre los míos. A ti te parece irracional que no me guste que pases tanto tiempo a solas con él y a mí me lo parece que creas que voy a acostarme con cualquiera que me lo sugiera al final de un concierto.

—No es la primera vez que pasa, ¿no? Quiero decir, siempre se oyen rumores acerca de cantantes y músicos que se acuestan con las *grupies*.

—Es posible, pero también es habitual que dos supuestos amigos acaben acostándose juntos y se me ocurre un ejemplo que me ha tocado muy de cerca, por si lo has olvidado. Así que no intentes justificar tus celos como algo racional y lógico. Estás celosa y ya está.

Reconócelo. Tengo muy claro lo que quiero y no pretendo echarlo a perder por un calentón momentáneo.

Su reacción de celos sólo sirvió para justificar los míos. Y eso no era bueno en ningún caso. Me sorprendía, además, que no estuviera acostumbrada a estas cosas con la cantidad de tiempo que pasaba con Paul. Le sugerí que lo hablase con Catherine, ya que tenían buena relación, y que ella le dijera qué opinaba al respecto, porque posiblemente habrían pasado por algo similar en algún momento.

—Sí, es una buena idea. Posiblemente lo haga. Aún así, me pregunto si somos buenos el uno para el otro, si nos conviene esta relación.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, tragando algo que parecía plomo, pero desde luego no mi propia saliva.

—Tal vez saca lo peor de nosotros. Es decir, tú dices que nunca has sido celoso ni posesivo ni nada por el estilo y Luke lo corrobora. Y yo nunca había sentido celos hasta ahora, o al menos no de esta manera, pues me ha cambiado hasta el humor.

Tenía que zanjar la conversación ahí. No tenía buena pinta. Cada vez parecía más determinada a dejarme. Era más que una mera intuición. No paraba de recalcar las cosas negativas que ella veía. No podía soportarlo. No aquella noche.

—No quiero seguir hablando de esto. No me gusta por donde va la conversación. Quizás, sí estamos cansados y necesitamos dormir, así que ya seguiremos hablando mañana, ¿vale?

—Richard…

—No, Laura, en serio. Se acabó por hoy. Mañana seguimos hablando. Quiero irme a dormir.

No me lo podía creer. La conversación había derivado hacia unos derroteros que no me esperaba. Me fui al dormitorio y me acurruqué entre las sábanas. Estaba realmente frustrado y enfadado. ¿Es que no podía salirme nada bien? Ella llegó unos minutos después, se acostó junto a mí y me abrazó.

No pude pegar ojo, una noche más. Había dicho que sacábamos lo peor del otro. No podía parar de darle vueltas a esa idea y me machacaba sin parar. Tal vez se estaba planteando en serio dejarme y yo no me sentía preparado para otro abandono.

Después de dar vueltas y vueltas sin conseguir conciliar el sueño, me levanté pasadas las cinco y media de la mañana. Me fui al estudio y estuve tocando el piano. Tocar me relajaba, me hacía sentir bien, liberaba las malas vibraciones y mantenía mis demonios bajo control. Sonaba a un volumen bajo, así que no creí que fuera a despertarla. Sin embargo, un rato después apareció allí.

—Lo siento, no quería despertarte —dije en voz baja, sin mirarla. No me atrevía por si acaso veía en su expresión algo que no quería.

—No lo has hecho. Pero me he dado cuenta de que no estabas en la cama y me he preocupado.

—No podía dormir.

—¿Te importa que me siente a tu lado?

—Por supuesto que no.

Se sentó junto a mí y apoyó su cabeza sobre mi hombro. Creo que trataba de arreglar lo sucedido. Me preguntó si estaba enfadado y le dije que estaba disgustado y, por encima de todo, preocupado por lo que había dicho antes de que nos fuéramos a la cama. Para mí en ningún caso sacábamos lo peor del otro. Para mí ella había sido un revulsivo que me había insuflado un poco de aire cuando estaba al borde de la asfixia.

—Creo que, al contrario de lo que tú opinas, sacas lo mejor de mí, aunque haya una parte oscura en mi interior que no te guste. Pero no te quepa duda de que intento mejorar, aunque no sea fácil.

Reconocí que notaba esa oscuridad dentro de mí, algo lóbrego que había empezado a hacerse cada vez más visible desde que descubrí la infidelidad de mi mujer, pero no era menos cierto que intentaba controlarla, aunque no me estaba resultando sencillo. Y le prometí, que, si ella ya se había rendido, yo pelearía por los dos porque creía verdaderamente en que un nosotros era posible.

—No me estoy rindiendo —me dijo, pero no sé si era del todo cierto. Para ser honestos, lo que me había parecido en nuestra última conversación es que ya había tirado la toalla.

—Si tienes dudas de mí, hay una forma sencilla de disiparlas, aunque te parezca una locura.

—¿Cuál?

—Vente a vivir conmigo. No tendremos que separarnos nunca, y puedes venir a los conciertos con nosotros para comprobar in situ que no pasa nada cuando terminan.

—Sí, tienes razón, es una locura.

Claro que era una locura. Llevábamos algo más de un mes juntos y nos habíamos visto como mucho quince días si los juntábamos todos. No tenía ni pies ni cabeza, pero también me parecía una insensatez tener citas de fin de semana con la edad que teníamos ya. Yo quería una relación de todos los días, no una a pequeñas dosis.

—Richard, decisiones tan importantes no pueden tomarse a la ligera, hay que pensarlo bien.

—Yo ya lo tengo bien pensado.

—¿Sí? ¿Y dónde viviríamos? Porque mi trabajo requiere de mi presencia de lunes a viernes, sin excepción.

—No necesitas trabajar, podemos vivir perfectamente con lo que yo gano.

—Claro, y si sale mal, tu vida seguirá intacta mientras que yo

tendría que empezar otra vez de cero. Sinceramente, creo que no lo tenías tan bien pensado como dices.

—Si sale mal, te aseguro que nada quedará intacto. En cualquier caso, no tiene por qué salir mal. Pero quizás, yo tengo más confianza en nosotros que tú.

—No digas eso, sabes que no es verdad. Sólo intentas manipularme.

—Vaya, así que no sólo piensas que soy celoso y posesivo como has dicho en alguna ocasión, también crees que soy un manipulador.

Una vez más, se hizo un silencio incómodo. Íbamos por mal camino, íbamos directos a lanzarnos a la senda de los reproches interminables.

Finalmente, la discusión quedó otra vez postergada. Decidimos hablarlo más adelante y seguir como estábamos hasta entonces. Yo no estaba conforme, pero no podía imponer lo que yo quería. Ella decía que en verano tendríamos mucho más tiempo para estar juntos y, tal vez, aquello nos ayudase a tomar una decisión más acertada en función de lo sólida que fuera nuestra relación en ese momento.

Pero el verano nos reservaba alguna sorpresa.

13

Background

No conseguí dormir demasiado cuando volvimos a la cama. En mi mente se estaba produciendo un temporal. Era evidente que no estábamos en el mismo punto ni queríamos lo mismo de aquella relación. Yo lo quería todo y ella me iba dando migajas. Y peor aún, ante el primer contratiempo, se había mostrado dispuesta a rendirse.

Aquello no fue de ayuda. Me volví más dependiente, más controlador, inseguro y obsesivo. Todo más. Todo exacerbado. Fuera de órbita. Me había agarrado a mi salvavidas y no quería soltarlo. La quería en mi vida, costase lo que costase.

La quería, pero no la quería bien.

Aquella discusión vino en el peor momento. Después de ese fin de semana estaríamos un tiempo sin vernos. Se aproximaban las vacaciones de Navidad y aprovecharía la semana que tenía con mis hijos para irme a Arizona a visitar a mis padres, lo cual no me apetecía lo más mínimo sabiendo lo que me iba a encontrar allí.

La relación con mi familia no atravesaba el mejor momento tampoco. Ahora que lo miro todo con más perspectiva, está claro que me encontraba dentro de un agujero negro que abarcaba muchas y diversas dimensiones. Supongo que, en lo que a la relación con mis padres se refiere, se habían encadenado situaciones que fueron como un clavo y otro clavo que van agujereándote el estado de ánimo hasta que terminas por derrumbarte.

Mi padre era un reputado cirujano cardiotorácico y yo había sido una decepción para él. Sospecho que esta frase es la que mejor lo resume todo, aunque lo explicaré con más detalle. Mi carta de presentación podría ser algo así como “soy Richard, la oveja negra de la familia Terman”. El hijo descarriado, ese era yo.

Mis padres son bastante conservadores en ciertas cosas y eso de que yo me dedique al mundo de la música no les va demasiado. Siempre alegan que lleva implícito un estilo de vida desaconsejable, lo que no es más que otro prejuicio en realidad. Si al menos hubiera sido música clásica, estoy seguro de que su percepción sería diferente y hasta

presumirían entre sus amigos de que su hijo tocaba en alguna orquesta sinfónica.

Mi padre, además, creía que su primogénito seguiría sus pasos y sería médico también. Pero elegí otra cosa y, huelga decir, que no le gustó en absoluto. Yo quería dedicarme a la música, lo tenía muy claro desde que era casi un niño. Acabé estudiando en la Universidad prácticamente por obligación, pero en ningún caso lo que él quería. Hice una doble titulación en Derecho y Marketing y terminé con unas calificaciones extraordinarias, lo cual no sirvió para impresionarle porque para él yo seguía siendo decepcionante. Nada de lo que hiciera le parecía suficiente.

Mi hermano, por el contrario, siempre mucho más dócil que yo, estudió medicina e hizo el MIR en cardiología, así que ahora trabajan juntos en la clínica privada que tiene en Phoenix. Mi hermano Stephen siempre fue del que se sintieron orgullosos, nunca les dio problemas, nunca fue rebelde, siempre cumplió con sus expectativas… Yo traté de ser el mejor en todo lo que hacía para demostrarles mi valía. Acabé desarrollando un nivel de auto exigencia casi patológico que he arrastrado toda la vida. Pero nada era suficiente. Daba igual que nuestro grupo tuviera tanto éxito en los cinco continentes y que hubiéramos ganado diversos premios. Para mi padre, no era un trabajo serio que mereciese su admiración.

Además, aborrecía mi estilo de vida y nunca entendí el motivo, porque mi vida no se caracterizaba precisamente por los excesos, salvo en el excesivo perfeccionismo que me pedía a mí mismo y en las horas que dedicaba. Cuando me divorcié, eso reforzó su teoría de que mi trabajo y mi estilo de vida eran incompatibles con formar una familia. Daba igual que el infiel no hubiera sido yo. Pasaba demasiado tiempo fuera de casa y, antes o después, tenía que pasar.

Con mi madre la relación andaba algo mejor. Me quería y le gustaba que les llamase y visitase, aunque cada vez lo hacía menos porque era agotador ver la decepción en los ojos de mi padre y escuchar sus reproches una y otra vez. Y aunque mi madre me quería por encima de todo, no perdía la oportunidad de decirme que no le gustaba que me exhibiera en los medios de comunicación. Y cuando decía esto, solía referirse en muchas ocasiones a las campañas publicitarias en las que había trabajado o cuando salía en alguna revista con menos ropa de lo que para ella era decoroso. Decía que pasaba mucha vergüenza cuando, por ejemplo, iba a la peluquería y empezaban a hacerle todo tipo de preguntas sobre mí.

Sólo me sentía a gusto con mi hermano allí. El hecho de que él fuera el hijo modélico no era ningún inconveniente. Nunca he sentido celos de él, sino una sincera admiración. Siempre me ha apoyado, siempre he podido recurrir a él cuando he necesitado cualquier cosa.

Es una persona increíblemente buena y generosa. Yo me sentía muy orgulloso de él y sé que él también lo está de mí. Aquellas navidades, Stephen ya no estaría a tiempo completo en casa de mis padres pues se había casado, así que afrontaría solo aquellos días con ellos, sin mi único respaldo. Me daba pánico pensarlo.

No me atreví ni siquiera a contarles que tenía una nueva pareja. ¿Les tenía miedo? No lo sé. Es posible, aunque no lo creo. Pero no quería tener que darles más explicaciones ni me apetecía que me juzgaran por algo más. Ya tenían suficientes elementos para hacerlo como para regalarles otro leño que echar al fuego. Sólo quería que los niños pasaron unos días con sus abuelos, ya que la adoración era mutua, y que esos días pasaran lo más rápido posible.



Fueron días muy duros para mí. A pesar de mi estado emocional, que no era precisamente óptimo y que, además, daba la impresión estar preparado siempre para saltar ante la menor provocación, me callé muchas cosas para no iniciar una discusión delante de mis hijos. Tenían que disfrutar y ser felices, no necesitaban más ambientes hostiles a su alrededor.

No obstante, un día no pude más. Discutí con mi padre. ¿Con cuántas personas había discutido en los últimos meses? Ya había perdido la cuenta. Sin embargo, creo que ésta fue de las pocas en las que tenía verdaderas razones después de tanta presión.

—¿Cuántas veces vas a salir de casa? No paras ni un momento —me dijo un día que iba a salir al porche a llamar a Laura.

—Soy adulto, creo que no necesito tu permiso para salir. Además, puedes estar tranquilo que no hago nada malo.

—Ni bueno. Deberías pasar más tiempo con tus hijos.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído, Richard. Te pasas el día fuera de casa o hablando por teléfono. Esto no es un hotel, por si no te habías dado cuenta.

—Salgo y hablo por teléfono porque estoy cansado de escuchar tus reproches. Necesito desconectar de vez en cuando y que me de el aire. No es que no quiera estar con mis hijos, por supuesto que sí. Pero no quiero estar con alguien para quien no hago nada bien y no se cansa de decírmelo. Hemos venido porque queríais ver a vuestros nietos, si no, te aseguro que yo solo no habría venido. Si te incomodan, me lo dices y me los llevo a casa.

—¿Mis reproches? Si hicieras las cosas como es debido, no escucharías reproches. Aprende a ejercer de padre de una vez.

—¿Cómo? ¿Acaso crees que tú eres mejor padre que yo? Yo al menos les doy cariño y les hago sentir que valen para algo.

—Dejadlo ya, por favor —imploró mi madre, adivinando cómo podía terminar aquello—. Richard, sabes que nos encanta estar con los niños. Lo que tu padre quiere decir…

—Sé lo que quiere decir, mamá. Para ti nunca hago nada bien, ¿verdad? —volví a dirigirme a él.

—Yo no he dicho eso.

—Pues dime una sola cosa que creas que hago bien.

—Siempre estás igual. Necesitas escuchar alabanzas. Por dios, tienes treinta y cinco años. Madura ya.

—Claro. Es eso. Soy un inmaduro. Perdóname por haber nacido y ser este desastre en el que me he convertido —dije con sarcasmo, pero herido hasta lo más hondo de mí—. Y ahora, si no os importa, me voy fuera.

Cuando llamé a Laura aquel día, estaba más que hundido. Me faltó poco para ir a comprar tabaco y volver a fumar, después de una infinidad de años sin hacerlo. Ver a mi padre acababa con mis provisiones de autoestima. Estar a tiempo completo en su casa, me tenía en la reserva continuamente. Siempre había sentido que para mi padre yo no era un hijo, sino un proyecto que se torció.

El ambiente esos días era irrespirable. No paraban de decirme que tenía que arreglar las cosas con Susan y volver a ser una familia, que los niños merecían que sus padres estuvieran juntos, que debía plantearme estar más tiempo en casa, me daban consejos acerca de cómo tenía que educar a mis hijos y un largo etcétera. Estaba claro que no creían que supiera hacer nada por mi mismo. Trataba de escapar de la situación como podía. Salía a correr o a pasear y me tiraba horas, llamaba a Laura no sé cuantas veces al día, trataba de quedar con los viejos amigos… Pero eso no era lo solución, sino un motivo más para nuevos reproches hacia mi conducta. Volví a Las Vegas hundido como pocas veces antes. Estaba roto por dentro y por fuera.

Cuando volví a ver a Laura en enero, no pude disimular. Me sentía desmadejado. Un jarrón que se ha quebrado y las piezas, por mucho que las pegues, nunca vuelven a encajar. Las grietas siempre están ahí recordando las marcas que dejó la caída.

Estaba absolutamente desgastado psicológicamente. Sólo quería que alguien me mostrara cariño y me necesitase, alguien que me escuchase y me dejase llorar en su hombro. Necesitaba encerrarme en sus abrazos hasta que empezase a remontar.

14

Fantasmas que habitan alrededor

Mientras mis vacaciones de Navidad habían sido como atravesar mi particular purgatorio, sé que Laura las pasó bien. Me alegré por ella pero, al mismo tiempo, volvían mis casi permanentes celos hacia Paul, puesto que había pasado aquellas fiestas tan señaladas con él y su familia. Sentía que los momentos más felices de su vida iban unidos a su presencia, no a la mía. Y eso me escocía.

Durante mi estancia en Arizona, traté de disimular cada vez que la llamé. Quería hacerla creer que todo estaba yendo de maravilla en casa de mis padres. No tenía sentido preocuparla estando a tantos kilómetros de distancia porque, además, no podía hacer nada para solucionarlo. Lo que no sabía es que ella se estaba dando perfecta cuenta de que algo me pasaba. Tal vez lo notaba por alguna inflexión en mi voz. Supongo que nunca se me ha dado bien disimular, ni siquiera por teléfono. Los últimos días, además, ya ni siquiera tenía fuerzas para ello.

Ella se preocupaba porque, por más que yo lo negara, notaba que algo no iba bien y me hacía preguntas y más preguntas. Continuamente quería que le contara, que le diera detalles. Pero yo me encerraba en mí mismo y le ocultaba lo que sentía. Cuando volví a ella por fin, me sentí renacer. Verla me hizo desear dejar atrás todos aquellos tristes días de invierno. Me dejé ir en un abrazo infinito en el que quería quedarme para siempre, en la seguridad de su amor casi incondicional, en su comprensión y su calidez. Aquel abrazo de nuestro reencuentro fue un bálsamo para mi alma maltrecha.

Me había acostumbrado tanto en la última semana a ocultar lo que sentía, que los primeros días con ella seguía en la misma línea, negándome a revelarle lo que pasaba dentro de mí, a ocultar mis sentimientos y disimular mis emociones con un sempiterno “*estoy bien*” que lejos de convencerla, la preocupaba más. Y volví a pensar en lo fácil que sería encerrarnos en su apartamento de Santa Mónica y crear una vida dentro de aquella burbuja. Solos los dos. Lejos del dolor y la decepción.

Aprovechando unos pocos días que le quedaban de vacaciones de Navidad, estuvo unos días en Las Vegas, esta vez en mi casa y solos ella y yo. Me sentaba bien su compañía y me daba tranquilidad saber que estaba ahí. Era imposible no contagiarse de su buen humor y de sus ganas de disfrutar de la vida hasta en su mínima expresión. ¿Cómo no podía tener tan claro como yo que vivir juntos sería la decisión más acertada?

Teníamos mucho trabajo en el estudio, pues ya estábamos grabando algunos de los temas que irían en el álbum. Además, ya estaba prevista la fecha de lanzamiento del disco y empezábamos a cerrar fechas para la gira. Íbamos directos a la vorágine que se desencadenaba con cada nuevo trabajo que sacábamos al mercado. Ella alguna vez acudía a las sesiones en el estudio, aunque no siempre lo hacía. En algunas ocasiones, prefería quedarse en casa durmiendo un rato más o planeaba alguna visita que le gustaría hacer mientras yo estaba trabajando. La verdad es que eso era lo de menos. La tenía allí y eso ya me llenaba de fuerza.

Hicimos la vida de una pareja normal y corriente y esa cotidianidad se sentía maravillosamente bien. Salir a comer o cenar, hacer la compra juntos o quedarnos en casa viendo una película era algo realmente valioso para mí. Incluso salir a correr juntos era mucho más estimulante de lo habitual. Me parecía increíble que no le costase nada seguirme el ritmo, teniendo en cuenta que llevaba años saliendo a correr a diario y que tengo unas piernas bastante largas, por cierto. Laura era infatigable y reconozco que hacía que me esforzase un poco más cada día.

❖

No recuerdo exactamente qué día fue. Estábamos viendo una peli que echaban en la tele acurrucados en el sofá bajo una manta. La película era mala hasta hacer que la propia palabra se quedase vacía de significado. Aquel día, hablamos del tema que con tanto esfuerzo había tratado de evitar.

Todo empezó de manera absurda. Hice un comentario acerca de lo increíblemente agradable que podía ser hacer algo tan nimio como ver la televisión juntos, entrelazados, aunque lo que estuviéramos viendo fuera un auténtico bodrio infumable. Insinué mientras la abrazaba y la cubría de besos, que podríamos tener muchos más momentos como aquel si quisiéramos. Yo seguía en mis trece intentando que se viniera a vivir conmigo.

—No debemos ser avariciosos, tenemos mucho de esto, ¿no crees?

Esa fue su repuesta. Y no me gustó. Lo que para mí no era más que limosna, para ella era demasiado. Me incorporé ligeramente para sentarme en el sofá y establecer la distancia que en aquel momento necesitaba. Aquello no era más que la mínima parte de lo que

podríamos tener. Y yo quería mucho más.

—No, no lo creo —le dije—. Y sabes a qué me refiero, a pesar de que intentes hacerte la tonta.

—No me hago la tonta. Somos afortunados con lo que tenemos y estamos bien así. Además, acordamos que hablaríamos de este tema más adelante.

—Siento no ser tan dócil, pero cuando quiero algo, lucho por ello. Y voy a insistir lo que sea necesario porque sabes que tengo razón.

—No la tienes, Richard. Y si crees que presionándome vas a conseguir algo, estás muy equivocado.

En aquel momento me puse de pie. No podía disimular lo que sucedía en mi interior, algo que había empezado a fraguarse con su primera respuesta tan alejada de la que yo esperaba. Un volcán entrando en erupción, ese era yo. Es evidente que, aunque no lo diga claramente a través de mis palabras, mi lenguaje corporal suele ser directo y claro. En aquel momento, mi cuerpo inquieto y agitado comunicaba a la perfección lo que pasaba por mi mente. Que dijera que la estaba presionando me había sacado de quicio.

Sin embargo, ¿no tenía razón?

Para variar, discutimos por aquello, porque veía que en ningún caso los dos buscábamos lo mismo. Me sentía frustrado porque la quería a mi lado en cada momento de mi vida. Le pedí que me hablara claro y ella insistió en que aún no era el momento de dar un paso más por los mismos argumentos que había esgrimido la última vez, los cuales seguían igual de vigentes, no lo voy a negar. Tenía un contrato de trabajo y unos pacientes que atender y yo de una manera egoísta e infantil le pedía que abandonara todo por mí, a pesar de que su carrera en suelo estadounidense aún estaba despegando.

—Richard, en serio, no sé a qué viene esto ahora. Estamos disfrutando de unos días juntos y en este preciso instante estábamos tan bien, hasta que, de pronto, te has ofuscado y…

—No me he ofuscado, te equivocas. Pero creo que esta relación no es igual en las dos direcciones y tal vez no seas capaz de quererme como yo te quiero a ti. Y, ¿sabes?, ya he tenido suficiente rechazo por parte de mi familia, no necesito más porque ya estoy saciado.

Y una vez más, empecé a desbarrar…

Y las heridas empezaron a sangrar.

Y el dolor volvió a doler.

—Laura, no quiero estar solo, no me avergüenza decirlo. Simplemente, no me gusta. Me da igual lo que diga la gente de lo importante que es tener tiempo para uno mismo y aprender a vivir de manera independiente. Yo… me siento enloquecer en esta casa tan grande sabiendo que podrías estar aquí conmigo y no quieres.

Entonces ella cambió las reglas del juego. Sin avisar, casi a traición.

Desde que llegué de ver a mi familia, sabía que le había ocultado lo sucedido allí. Me había puesto una máscara que me rozaba y me hacía llagas, pero creí que servía para ocultar lo que había encerrado en lo más hondo de mi corazón. Las creencias de que yo no valía para nada, que no era suficientemente bueno para nadie y que ni siquiera era un buen padre para mis hijos.

No quería hablar de aquello. No quería pensar en mi padre, ni en sus reproches ni en la mierda de hijo que él creía que era. Quería alejarme de aquello, barrerlo bajo la alfombra y seguir adelante. Como si así se solucionaran los problemas. Pero ella insistió, era como un perro con un hueso y me di cuenta de que no iba a parar hasta que hablara.

—En realidad, no pasó nada —comencé a decirle—. Fue más de lo de siempre. Lo decepcionante que soy, lo mal que lo hago todo y las decisiones tan equivocadas que he tomado en mi vida. Bueno sí, algo nuevo hubo. Al parecer, que mi mujer se acostara con el vecino es culpa mía porque nunca estaba en casa.

—Tú sabes que nada de eso es cierto.

—¿Y qué más da lo que yo sepa?

Ella intentaba convencerme de lo importante que es alejarse de las opiniones ajenas y escucharse a uno mismo, reconocer nuestros propios logros, independientemente del reconocimiento que obtengamos de los demás. Intentaba con sus palabras que me sintiera fuerte y me reconciliara conmigo mismo. Laura decía que había tomado decisiones acertadas porque mi trabajo me apasionaba y no todo el mundo puede decir que dedique su vida a algo que le guste. Decía que era alguien afortunado, pero yo no me sentía así.

Le conté que mis padres consideraban que mi profesión era frívola y que no aportaba nada a la sociedad. Además, decían que implicaba moverme en ambientes en los que circulaban el alcohol y las drogas a destajo. El hecho de que mis hijos vieran a su padre moverse en un ambiente así, consideraban que era contraproducente para su educación. Ese había sido el regalo de Navidad que recogí en Arizona cuando fui a verles.

Me preguntó por mi padre, me pidió que le contase cosas de él. Le hablé con orgullo del prestigio que tiene entre los médicos de su especialidad, puesto que le llaman de todos los rincones del mundo para hacerle consultas. Me preguntó si yo estaba orgulloso de él y le dije que sí. Era verdad. Siempre había admirado a mi padre. Desde muy pequeño, le miraba como si fuera alguien invencible, un hombre al que no se puede romper porque era fuerte y siempre se mostraba seguro de sí mismo. No como yo.

Laura me miraba con ojos comprensivos. Sus gestos me decían: "*continúa, te escucho, estoy aquí y no me voy a ningún lado*". Era lo

único que necesitaba en aquel momento. Alguien que estuviera de mi parte.

Después de dejar que me desahogara y destapara por fin la tapa que guardaba todo lo que me hacía daño y me hacía sentir minúsculo e insignificante, empezó a hablar.

—Richard, sin duda tu padre debe ser un hombre extraordinario, pero eso no ensombrece lo que tu trabajo les aporta a tantas personas.

Dijo cosas tan bonitas que me hizo sentir que realmente era alguien especial y que lo que hacía valía para algo. Necesitaba oír aquello. Necesitaba verdaderamente que alguien me lo recordara porque estaba absolutamente perdido.

Ella opinaba que los músicos tenemos una profesión de gran valía porque la música es capaz de conmover y de provocar muchos y diversos sentimientos en todos y cada uno de nosotros. La música le pone color a la vida. Y es verdad o, al menos, yo siempre lo he sentido así. Ayuda a fijar recuerdos y los dota de un matiz diferente cuando van unidos a alguna canción. Además, continuó diciendo que ir a un concierto era algo inolvidable y que llenaba de ilusión a cualquiera porque durante dos horas te olvidabas de todo aquello que te llena de pesadumbre. Era una gran terapia. Y eso para mí también era una realidad palpable. Para mí los conciertos siempre fueron terapéuticos. Tienen algo especial, esa capacidad de secuestrar todos tus sentidos y elevarlos a una dimensión diferente, menos terrenal. Y luego está la simbiosis con el público, esa sensación de unión y conexión irrepetible. La música es sinónimo de catarsis, sin más.

Trató de hacerme consciente de que lo que habíamos conseguido como grupo era fruto única y exclusivamente de nuestro esfuerzo. Y era cierto que habíamos llegado muy lejos. Teníamos una carrera meteórica, puesto que éramos un grupo con una trayectoria corta pero que se había vuelto muy relevante a nivel internacional en muy poco tiempo.

—Puede que, en el fondo, hayas superado con creces las expectativas de tu padre por llegar tan alto, pero no sea capaz de reconocer que se equivocó. Y eres un gran ejemplo para tus hijos, pues eres muy trabajador y perfeccionista en lo que haces.

Después me preguntó cómo era el carácter de mi padre y cómo había sido nuestra relación en el pasado. Tuve la impresión de que trataba de psicoanalizarme, lo que no se molestó en negar sino, más bien, todo lo contrario. Quería llegar hasta el fondo y tener toda la información.

Después me preguntó si había coqueteado con las drogas en algún momento. Mi respuesta fue un rotundo no, aunque no le negué que, durante mi etapa universitaria, había bebido más de lo aconsejable. Entonces me preguntó si fumaba porque imaginaba que sería otra

conducta reprobable para mi padre..

—Eres muy lista, ¿lo sabes? No se te escapa nada —le contesté—. Sí, fumaba de manera ocasional, pero lo dejé antes de que nacieran mis hijos y no he vuelto a probar un cigarro, aunque me dieron ganas cuando estuve en Arizona. Estuve tentado de volver a fumar y cogerme un buen ciego, pero no hice nada de eso.

Y eso era totalmente cierto. Hubo algún día que estuve a punto de irme al bar más cercano y beber hasta perder la cabeza. También me dio por recordar que fumar un cigarro parecía tranquilizarme y pensé que tal vez eso me ayudaría a mantener la calma estando en su casa. Pero no podía volver a caer en viejos hábitos poco saludables. Mi vida desde hace años era ordenada. Cuido mucho mi alimentación, hago deporte a diario y duermo las horas recomendables, siempre que el sueño no me es esquivo tal y como me estaba sucediendo en la última época.

—Es decir, excepto en lo académico, te rebelaste en todo lo demás.

—Supongo que sí. Me gustaba estudiar y necesitaba un plan B si no me iba bien en la música. Además, podía sacar buenas notas y pasármelo bien al mismo tiempo. Por otro lado, era una forma de restregarle a mi padre que mi rendimiento seguía siendo muy alto, por mucho que él no creyera en mí.

—Así que te impusiste un alto nivel de exigencia que aún mantienes.

—Supongo. Creo que es importante hacer las cosas bien. Si no vas a dar lo mejor de ti, entonces no lo hagas.

Y aún lo creo firmemente. Tenemos que dar lo mejor de nosotros en cada cosa que hacemos. Puede que en mi caso raye lo patológico por lo perfeccionista que soy y lo exigente que soy en lo que hago, pero también creo que mi trabajo lo requiere. No puedes jugar con la ilusión de la gente. Si alguien va a un concierto y hace el esfuerzo de comprar las entradas y, a veces, desplazarse a cientos o miles de kilómetros, lo mínimo que puedes hacer a cambio es esforzarte al máximo.

Lo más curioso en mi historia es el hecho de que precisamente fueron mis padres los que nos inculcaron el amor por la música. Siendo niños, acudíamos al conservatorio y aprendimos a tocar varios instrumentos porque mis padres son dos enamorados de la música clásica. En mi caso, aprendí a tocar el piano, la guitarra, el bajo y el violín. Laura apenas podía creérselo cuando se lo dije, puesto que en la banda yo no suelo tocar ninguno. Somos cinco y cada uno tenemos nuestra función.

Con el avanzar de la conversación sentí como mis fantasmas se iban aplacando y como me sentía más sereno. Ella lo percibió enseguida. Para empezar, mi pierna ya no se movía inquieta sin parar. Ni siquiera

me había dado cuenta de aquel detalle.

—¿Estás mejor ya?

—Sí, gracias. Me has ayudado mucho.

—No he sido yo. Creo que sólo hablar de la música te hace sentir bien. Además, lo que verdaderamente ayuda es exteriorizar los sentimientos y te habías empeñado en ocultármelo todo.

Me pidió que empezara desde el principio, desde el momento en el que puse un pie en Phoenix en las últimas Navidades. Y empecé a contarle todo con detalle. Empecé a liberarme de la carga que había llevado durante toda aquella semana y los días posteriores sobre mis hombros.

Mi padre ni siquiera me había dado un beso o un abrazo cuando me vio, a pesar de que llevábamos meses sin vernos. Ni el menor gesto de cariño. Y eso para alguien como yo que tanto lo necesita fue un peso muerto que me cayó encima. Realmente era algo que me llenaba de honda tristeza. Si supiera como me sentía, si supiera la carga que he arrastrado durante años, tal vez habría comprendido que me habría bastado con su abrazo o una simple palabra de cariño para aliviar mi desazón.

Sí hubo algún día agradable, en cambio. También era justo recordarlo. Un par de excursiones que hicimos con los niños y que me recordaron a cuando Stephen y yo éramos pequeños y mi padre salía con nosotros, antes de que todo se torciera.

—Supongo que esos dos días fueron los mejores. Sin discusiones, disfrutando con los niños. De hecho, el día que fuimos al desierto recuerdo que me pasó su brazo por el hombro un momento y casi me dieron ganas de llorar. ¡Qué estupidez!, ¿verdad? Habría sido un signo de debilidad.

—No lo creo. Y no deberías tener miedo de mostrar debilidad en diferentes momentos, porque eso es lo que implica ser humano. No tenemos todas las respuestas, ni somos de piedra.

—Da igual, sólo fue un espejismo.

—No estoy de acuerdo. Seguro que él también sufre con la relación tan enrarecida que tenéis y desea que las cosas vuelvan a ser tan fáciles como cuando eras un niño y os entendíais bien.

No deja de sorprenderme el intenso vínculo que tienen mis hijos con mi padre. Apenas se ven y es increíble lo que le quieren, siempre preguntado por él y deseando verle. Y, por su parte, no necesito que me lo diga porque veo como es con ellos, como los trata y les cuida, como les colma de cariño.

¿Por qué no podía ser así conmigo?

15

Control

A finales de enero tuvimos que volver a Los Ángeles por motivos de trabajo. Laura y yo nos habíamos visto otro fin de semana desde las vacaciones, pero ahora tendríamos más tiempo para estar juntos por fin. Debido a que en julio y agosto estaríamos la mayor parte del verano fuera por la gira, logré convencer a Laura para que se viniese con nosotros. Tendría que arreglar algunos asuntos en su trabajo, pero parecía bastante factible. Estaba deseando que llegase aquel momento. Imaginaba que después de estar juntos todo el verano, me sería mucho más fácil convencerla para que viviéramos juntos.

En aquella época también me enteré de que Paul se iría un par de meses a rodar fuera, posiblemente hacia el mes de abril, así que estaría alejado de ella durante una temporada y eso me daba cierta tranquilidad, pues no estaría sometida bajo su embrujo. Las buenas noticias parecían empezar a acumularse.

Llegamos un domingo por la tarde y estaríamos diez días en Los Ángeles. Laura me había dicho que ese fin de semana no iría a Las Vegas, como habíamos planeado en un principio. Había decidido quedarse en Santa Mónica para adelantar trabajo porque los próximos días intuía que, estando juntos, no podría avanzar mucho fuera del horario laboral. Sin embargo, después me enteré que eso no era totalmente verdad. El sábado lo pasó casi entero en casa de Paul, pues la convenció para que les acompañara en una barbacoa con amigos que habían organizado para celebrar el cumpleaños de uno de sus hijos.

Paul.

Siempre Paul.

No veía el momento de que se fuera.

Aterrizamos sobre las siete y media de la tarde y, en cuanto pude, llamé a Laura para decírselo. Calculé que en un par de horas aproximadamente estaríamos en el hotel. Sin embargo, pillamos un atasco que nos retrasó más de la cuenta, así que volví a llamarla para

avisarla y que no se preocupara.

Me extrañó que no estuviera en el hotel cuando llegamos, puesto que cuando la avisé, me dijo que ya estaba de camino, por lo que ya debería haber llegado. La llamé un par de veces y no cogía el teléfono. Me preocupé, tal vez le había ocurrido algo. A la tercera llamada me contestó.

Según parece, ella había previsto que con el retraso debido al atasco que encontramos, tardaríamos al menos una hora más en llegar. Se fue por los alrededores del hotel para conocer un poco mejor la zona y ver qué podríamos hacer juntos los próximos días. No había estado allí, pero sus motivos estaban relacionados con hacerme la vida más sencilla y agradable en los siguientes días. Pero yo no estaba dispuesto a escuchar.

Me fastidió.

Me fastidió mucho.

Tenía que estar en el hotel esperándome. En eso habíamos quedado. Sin embargo, se presentó en la habitación casi a las once de la noche. Mi mal humor se hizo evidente enseguida.

Nos sentamos a cenar, y me preguntó qué tal había ido el viaje. Mis respuestas eran lacónicas, sin dar pie a conversar. Quería que percibiese mi enfado, que fuera patente que me había sentado mal que llegase tarde. Ella seguía haciendo como que no se daba cuenta, supongo que para evitar la confrontación, hasta que lo que dijo me hizo estallar. Era una excusa como otra cualquiera.

—La verdad es que siento no haber estado aquí cuando habéis llegado. Habría podido saludar a Luke y al resto.

—¿Por qué? No veo la urgencia para que tengas que verles nada más aterrizar.

—Simplemente por saludarles, nada más.

—Ya —respondí de forma contestataria y fuego en la mirada.

—¿Qué he dicho? ¿Estás enfadado por algo?

Estaba enfadado y estaba celoso por ese anhelo que mostraba por ver a Luke. Siempre me preguntaban el uno por el otro y me daba rabia. Y en ese momento, además, me daba la excusa para dotar de más argumentos a mi enfado por no haber hecho las cosas como yo esperaba, por no haberla visto nada más cruzar las puertas del hotel que es lo que había imaginado. Cualquier inconveniente me hacía perder los papeles.

En aquel momento, no tenía aún ni la menor idea de que Luke y Laura estaban en contacto a menudo. Se llevaban bien y, de vez en cuando, chateaban por whatsapp. Ninguno de los dos se atrevió a contármelo. Quizás hubiera sido lo mejor para todos que yo lo supiera, habríamos evitado males futuros que desconocíamos en aquel momento. Al final, los secretos acaban pudriéndose y llenan todo de

un hedor insoportable cuando son descubiertos. En realidad, apuesto que ambos lo hicieron porque temían mi reacción. Y tampoco puedo culparles.

Aquella noche, Luke ya le había advertido que estaba de mal humor antes de que ella llegara al hotel.

—No me ha dado nada con él. Simplemente, me cae bien y es tu amigo. Lo normal es que intente llevarme bien con la gente que es importante para ti. No tienes motivos para estar molesto.

—Deja que yo decida lo que me molesta y lo que no.

—Vale. Tú decides, pero no me parece que ésta sea la mejor forma de empezar la semana, teniendo en cuenta que no nos vemos desde el domingo pasado.

—Si no nos hemos visto antes es porque preferiste quedarte aquí y pusiste una excusa que no era verdad, así que no me vengas con tonterías. La realidad era que te apetecía estar con Paul. Y si no te gusta lo que hay, puedes irte, por mi no hay inconveniente.

—¿Quieres que me vaya? Porque yo no quiero irme. Tenía tantas ganas de que vinieras…

¿En serio la estaba invitando a irse después de las ganas que tenía de estar con ella? Era una estupidez. Tenía que dar marcha atrás antes de que fuera tarde. Por suerte, vi algo de luz y reculé a tiempo.

—No, quédate. Lo siento. Claro que no quiero que te vayas. No me hagas caso. Supongo que he perdido los nervios. Es que hoy nada ha salido como esperaba.

La verdad era que me agotaban los malos rollos. Estaba saturado. La tenía allí, a mi lado, y me estaba empeñando en estropearlo todo por una nimiedad en lugar de disfrutar de aquel maravilloso tiempo que teníamos por delante. La estreché entre mis brazos intentando transmitirle cuánto sentía haberme portado de manera tan estúpida.



La semana fue bastante bien en líneas generales. Estuvimos con mis compañeros cenando en varias ocasiones y la verdad es que Laura encajaba muy bien. Era claro que les caía fenomenal. No había motivos reales para echar por la borda una relación tan maravillosa como la que teníamos.

Cada día que pasaba me sentía más enamorado y, a la vez, más inseguro. No paraba de pensar que se cansaría de mí, que se iría con otro que le pareciese más interesante o, simplemente, más estable.

El domingo siguiente teníamos todo el día libre para estar juntos solos los dos. Nos levantamos pronto e hicimos algo de turismo por la zona. Como a los dos nos gustaba el arte, aprovechamos la cercanía

del hotel y fuimos paseando tranquilamente cogidos de la mano hasta el MOCA, que acogía en aquella época unas exposiciones muy interesantes. Después nos fuimos a comer y acabamos tomando algo en casa de Paul y Catherine. Yo aún no sabía que Paul ya le había dicho a Laura que él y su mujer habían tenido una discusión por lo que le dije a ella cuando fuimos a cenar a su casa más de un mes atrás. Ninguno sacó el tema ni me lo reprochó. Estoy seguro de que el único motivo fue por el cariño que tenían hacia ella. De hecho, pasamos una tarde muy agradable en su compañía.

El miércoles regresaba a Las Vegas y finalizaban diez bonitos días en los que, por desgracia, cada vez eran más evidentes mis necesidades de controlarlo todo.

Volvía nuestra relación de fin de semana y el tormento que eso me suponía.

16

Calma relativa

A pesar de lo poco que me gustaba el hecho de vernos tan poco, sin duda, la época más tranquila de nuestra relación transcurrió entre finales de enero y finales de abril. Puede que fuera nuestra etapa más feliz. No había salidas de tono ni apenas discusiones, no había altibajos emocionales extremos. Parecía que por fin habíamos alcanzado la estabilidad. Parecía que yo por fin había alcanzado la estabilidad.

Escribir como lo estoy haciendo sobre nuestra historia juntos, me deja un sabor amargo. Sé que tiene que ser así, que tengo que centrarme en los desatinos, en las peleas, en mis celos, en mis reacciones desproporcionadas, en nuestras discusiones. Sé que lo necesito para aprender de los errores cometidos y adquirir nuevas formas y estrategias que me ayuden a afrontar situaciones similares de manera eficaz y productiva, no en plan destructor y dañino. Pero no es del todo real. Mi tiempo con Laura fue, a pesar de lo que aquí se cuenta, la etapa más feliz de mi vida.

Apenas relato de puntillas cuánto reíamos juntos, las interminables conversaciones que teníamos hasta la madrugada, la de proyectos que teníamos juntos, lo bien que me hacía sentir con sus caricias, el amor tan incondicional cuando me escuchaba para intentar hilvanar mi alma deshilachada. Cada minuto que estaba con ella valía la pena y daría mi vida por volver atrás y hacer las cosas mejor y tratarla como se merecía. En el tiempo que estuvimos juntos la verdad es que hubo mucho bueno y muy poco malo. El problema fue que lo malo fue demasiado malo y lo enturbió todo.

Debo reconocer que siempre era ella la que generosamente venía a Las Vegas, salvo en las ocasiones en las que yo viajé con el grupo a California. Durante las vacaciones de primavera, le propuse pasar dos días en casa de mis padres, a pesar de que aquello me aterraba y me emocionaba a partes iguales. Por un lado, temía su reacción, aunque también deseaba dejarles claro que yo y sólo yo llevaba las riendas de mi vida. Y era feliz, muy feliz. Tenían que verlo con sus propios ojos.

Por otro lado, me emocionaba poder enseñarle a Laura el lugar en el que había crecido.

Sólo estaríamos allí de paso y en ningún caso me planteaba que nos quedásemos en su casa a dormir. Antes de ir a casa de mis padres, había planeado quedar con mi hermano y su mujer para comer los cuatro juntos. Quería que él conociese primero a Laura. Sabía que le encantaría.

Después, tenía una sorpresa para ella. Quería llevarla al Gran Cañón, un lugar mágico como pocos, inmenso y asombroso, una obra maestra de la naturaleza. Había reservado una habitación en un hotel al pie del Cañón y sabía que eso la haría enloquecer.

La comida con Stephen y Ellen fue tal y como esperaba. Estar con ellos era sentirse en familia. Mi hermano y yo siempre hemos tenido una relación a prueba de bombas. Parecíamos gemelos, con esa relación tan especial que tienen, a pesar de que yo le sacaba tres años. Yo haría cualquier cosa por él y sé que eso es mutuo. Siempre he sabido que él era el favorito de mi padre, pero nunca me ha importado. Lo entiendo a la perfección. Cualquiera que conozca a Stephen entendería los motivos y se enamoraría perdidamente de él, de su forma de ser, de su bondad. Me alegró mucho saber que estaban esperando su primer hijo. Se les veía felices. Nadie se lo merecía más que ellos.

Siempre nos han dicho que parecemos dos gotas de agua y es posible que, en cierta medida, sea verdad. Ambos nos parecemos físicamente mucho a mi padre en cuanto a sus rasgos más característicos, por el porte y la envergadura que tenemos. Un rasgo que creo que siempre nos ha identificado es el color de nuestros ojos, un color bastante característico en nuestra familia y que es parecido al de la miel, con la peculiaridad de que cambia visiblemente según incida la luz sobre ellos o eso, al menos, es lo que siempre nos han dicho. Mi hermano, no obstante, los tiene más claros que yo y casi parecen puro ámbar. Supongo que refleja una mirada más clara que la mía, sin tantos matices ni dobleces.

En el carácter no nos parecemos demasiado, esa es la realidad. Él es sumamente afable, tranquilo y sosegado. Yo siempre he sido inquieto y un tanto rebelde. Él es alguien muy fácil de llevar, mientras que yo suelo exigir a los demás el mismo estándar que tengo para mí, es decir, espero el máximo porque yo estoy dispuesto a darlo y eso, sin duda, ha sido una parte de todos mis problemas.



Antes de ir a cenar a casa de mis padres, fuimos al hotel a descansar un poco. Había reservado en el mejor hotel de la zona y teníamos derecho a disfrutar un poco de la compañía del otro en un lugar tan agradable.

No voy a negar que, en realidad, lo que sucedía es que necesitaba coger fuerzas para lo que tuviera que venir. Tenía que cargar baterías para llegar al final de la cena con energía suficiente para no regresar al hotel exhausto.

Intenté retrasar la hora de irnos y, una vez más, mis habilidades para disimular no pasaron el corte. Laura enseguida se dio cuenta de mis intenciones, aunque me reconoció que también le provocaba cierto temor la situación, sospecho que por lo que yo le había contado en los últimos meses. No obstante, tenía razón en que yo iba con actitud negativa, anticipando situaciones incómodas que se producirían antes de que llegaran a ocurrir. Ella me dijo que tal vez mi actitud fuera una parte importante de que se desencadenasen aquellas situaciones tan desagradables para todos. Era una forma inconsciente de demostrarme que tenía razón y que siempre salían las cosas mal con mis padres. Puede que estuviera en lo cierto, porque cada vez que iba a su casa siempre lo hacía de mala gana y me mostraba de todo menos alegre. Pero yo no lo quería reconocer. Siempre es más fácil echarle la culpa a otro.

—Me da mucha lástima que hables así. Uno no puede sentir que visitar a su familia es como un trance que hay que atravesar.

—Es lo que hay, Laura. Tú tienes la suerte de estar muy lejos de la tuya.

—Para mí no es una suerte. Tomé una decisión descabellada de la que no me arrepiento, pero les echo de menos cada día.

—Pues me alegro de que te sientas unida a ellos y siento que no puedas tenerles más cerca.

Entonces me preguntó por cuáles habían sido mis verdaderos motivos para ir a allí. Yo le dije que quería que conociera a mi hermano, nada más. Pero, una vez más, no coló. No me atreví a decirle que era porque quería plantarles cara y demostrarle que yo era el único que tomaba las riendas de su vida y que poco me importaba lo que pudieran opinar. Quería empoderarme, quería demostrarles que soy capaz de decidir por mí mismo.

Pero no se lo conté.

Una vez más, rehuía un tema que no era cómodo para mí. Pensaba que podía con aquello yo solo y, una vez más, me engañé.

17

Estalla la tormenta

Llegamos cerca de las siete y media a casa de mis padres. Abrió la puerta mi madre y fue encantadora con Laura. Al menos, pensé, no tuvo que enfrentarse a la mirada de suficiencia de mi padre de buenas a primeras. Pregunté por Stephen y Ellen. Y no habían llegado. Les rogué en la comida que fuesen pronto. No quería que estuviésemos demasiado tiempo a solas.

Laura estaba espectacular, vestida de forma muy elegante. Si mis padres no se enamoraban de ella nada más verla, es que no estaban en sus cabales. Tan bonita, tan sumamente educada y correcta, tan agradable, tan dulce. Cada vez que la miraba enloquecía un poco más por ella.

Entonces llegamos al salón y allí estaba mi padre. Se levantó y la saludó correctamente. No tardó en lanzarme un dardo envenenado.

—¡Qué elegante estás, hijo! Me sorprende que no hayas venido vestido con tu cazadora de cuero de rockero.

—Nunca he venido así vestido a tu casa, no sé de qué te sorprendes —le respondí lo más sereno y tranquilo que pude. ¿Por qué tenía que tratar de provocarme nada más verme?

—¿No puedo gastarte ni una broma? Desde luego, resulta complicado arrancarte una sonrisa. En fin, esta encantadora señorita es…

—Laura.

—Encantado, Laura.

Ellen y mi hermano no tardaron en llegar. Aunque la conversación estaba siendo distendida y el ambiente parecía agradable, no podía relajarme. Notaba la tensión en mi espalda, cada uno de los nudos que se me estaban formando. Era como un acto reflejo, con todos los músculos contraídos.

Entonces comenzó a formarse poco a poco la tormenta. Era como cuando estás en medio del campo y ves con claridad como se empieza a llenar el cielo de nubes. Primero son blancas, inocentes y esponjosas. Poco a poco, casi de forma imperceptible, se van haciendo más

oscuras hasta que lo llenan todo y dejan un cielo encapotado que grita por descargar toda su furia. Después, empieza a agitarse el aire y ves los primeros flashes en la lejanía que te advierten que el primer trueno se aproxima y, cuando ruge quebrando el silencio, ya no hay vuelta atrás.

Mi padre no hacía más que alabar el trabajo que hacía mi hermano, destacando la gran labor que desarrollaba en la clínica, la complicada operación que habían tenido recientemente y un largo etcétera. Stephen trataba de restar importancia a sus comentarios y me miraba de reojo como diciendo: “*no le hagas caso, ya le conoces*”. Era una vieja estrategia de mi padre la de destacar todo lo que hacía tan bien mi hermano para intentar hacerme ver que yo aún podría cambiar el rumbo de mi vida. Lo que él no llegaba a entender era que yo me alegraba sinceramente por Stephen y me encantaba conocer las cosas que hacía. Él siempre había sido muy modesto y jamás había tratado de presumir delante de mí, sino todo lo contrario.

Como yo no entraba al trapo, al final fue directo a por mí. Primero un golpe suave y luego uno directo donde sabía que dolía.

—Tendríamos que escribir un artículo juntos, hijo. Sabes que no era una operación sencilla. Ya hablaremos al respecto con calma.

—De acuerdo. Mejor lo hablamos en otro momento —contestó Stephen un tanto incómodo y mirándome de reojo como pidiéndome disculpas.

—¿Y tú, Richard? ¿Qué tal va tu trabajo? ¿Fuiste a alguna fiesta la semana pasada o a alguna sesión fotográfica?

Primero le miré a la cara. Que tratara de ridiculizarme delante de Laura me pareció algo imperdonable. Nos mantuvimos la mirada durante unos segundos y traté de que mi gesto pareciese relajado y indiferente. No me sirvió de mucho.

—No voy a contestarte a eso ni a picar en tus provocaciones malintencionadas. He venido para intentar pasar un rato agradable antes de que nos vayamos mañana, ya que siempre decís que no vengo nunca a veros. Además, todos aquí tenemos claro lo que piensas de mi trabajo, no necesitas decirlo en alto.

Entonces me sorprendió que fuera Laura la que contestara. Nunca Susan se había atrevido a replicar a mi padre, únicamente se limitaba a decirme cuando nos íbamos: “*ya le conoces, no tienes que hacerle caso*”. Y con eso se conformaba. Laura, en cambio, en la primera oportunidad que se le presentaba, salía a echarme un capote.

—Tal vez porque no te ha visto actuar. En serio, es muy bueno en su trabajo, de los mejores —le dijo mirándole directamente a los ojos y con una seguridad asombrosa—. Yo creo que hace algo muy valioso y que les aporta mucho a miles de personas.

Entonces fue a por ella. Mi padre era así, un arrogante que siempre

tenía que quedar por encima. Le debió parecer irreverente e irrespetuosa por meterse en una conversación con su hijo y decidió que no podía dejarlo pasar.

—Bien, Laura, querida, trabajando en una pseudociencia como la tuya, comprendo que no tengas claro lo que es un trabajo valioso y lo que no.

—Tal vez sea usted quién no tiene las cosas claras

Y entonces empezó a darle innumerables argumentos y a rebatirle cada cosa que él decía. De forma educada, con un tono de voz dulce y encantador, como si hablase con un niño. Si no hubiera estado tan dolido, tal vez me hubiera dado por reír.

Le dijo que no todos habíamos nacido para ser médicos y, pese a lo que él creyese, a ella le parecía que su trabajo era valioso. Y fue un paso más allá.

—Yo siento que lo que hago vale la pena cuando ayudo a una familia a reconducir patrones inadecuados en la forma de relacionarse, como los que, tal vez, se dan en su propia casa.

—¿Cómo te atreves? —preguntó mi padre visiblemente enfadado. No tengo ni la menor duda de que aquello le pareció una falta de respeto.

—Discúlpeme por mi atrevimiento. No pretendo ofender a nadie ni quiero ser maleducada o inoportuna, se lo aseguro. Pero me preocupo por su hijo y me consta que la relación con su padre es motivo de sufrimiento para él y eso no me agrada.

Empezó a decirle que no iba a mirar por otro lado sabiendo cómo me hacía sufrir mi disfuncional relación con él. Insistió en que tendría que verme actuar en directo antes de juzgarme y ver la ilusión de la gente que va a los conciertos a vernos. Continuó narrando porque a ella le parecía que mi trabajo era muy valioso, el significado emocional que tenía para muchas personas. Decía que transmitía ilusión y que era alguien muy cálido y atento con los fans y lo orgullosa que estaba de mí por ello.

—No espero que lo comprenda, tal vez haga falta sensibilidad para ello. En cualquier caso, a pesar de todo, él habla con gran orgullo de usted.

—Si no me tomo en serio la profesión de mi hijo es porque no creo que le hayamos educado para exhibirse como si fuera un trofeo. Si, además, hacen tan buena música como tú dices, no comprendo por qué tiene que salir en las revistas de cotilleo con una camiseta mojada ceñida al cuerpo, en actitud provocativa e insinuante.

—No era una revista de cotilleo —respondí.

—No he visto a ningún profesional serio que lo haga —continuó como si no me hubiera oído—. Si hacen buena música, no necesitan exponerlo como un objeto sexual para mujeres desesperadas. Y, por

supuesto, no me agrada que se convierta en el tema de conversación y cuchicheos entre las enfermeras y las pacientes de mi clínica, porque resta seriedad al ambiente y nuestro trabajo sí que es muy serio, querida mía.

—Harold, basta ya, por favor —intervino mi madre. En aquel momento, yo ya estaba en shock después de todo lo que estaba diciendo. Sentí que mi mente y mi cuerpo se desligaban y yo ya no estaba realmente allí.

—¿Por qué, Magaret? ¿Me vas a decir que no te importa? ¿Cuántas veces has venido a casa diciendo que estabas pensando en cambiar de peluquería porque cuando vas no se hablaba de otra cosa? "*¿Y cuando viene su hijo por aquí, señora Terman? No se olvide de decirle que cuando quiera le hacemos un corte de pelo gratis*".

—Tampoco creo que sea motivo para avergonzarse —dijo Laura–. Obviamente, Richard tiene muchas cualidades y una de ellas es su indudable atractivo físico, no veo por qué razón tiene que esconderlo. Es un buen reclamo publicitario para su grupo y es un hombre carismático. No vivimos en el medievo para que sea algo tan escandaloso.

Ya no pude más con aquello. No podía dejarle a Laura toda la responsabilidad. Tenía que decir algo y acabar con aquello de una vez. El problema fue mi gesto, pues era evidente que echaba fuego por los ojos y que estaba dispuesto a pasarme un par de yardas si fuera necesario.

—Creo que con treinta y cinco años ya no tengo edad para pedirte permiso antes de decidir qué hacer con mi cuerpo.

—No, hijo, claro que no —respondió el padre con cierta ironía. —Tú decides qué haces con tu cuerpo. Pero recuerda que cada vez que lo exhibes estás utilizando mi apellido y éste tiene una reputación.

—Papá, ya basta –imploró Stephen, a quien se le veía bastante incómodo y molesto–. Creo que estás sacando las cosas de quicio. No creo que Rick haga nada malo. Puedes intentar verlo desde otro punto de vista. Gracias a Richard, tu apellido se pasea por todo el mundo y eso es una asombrosa publicidad. Al final, es una cuestión de actitud.

—¿Por qué te avergüenzas de mí? ¿He sido tan mal hijo? —contraatacó Richard.

—¿Qué? ¿Es lo que piensas? ¡Yo no me avergüenzo de ti! Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Lo que pasa es que no entiendo qué te ha pasado. Ninguno aquí conoce el potencial que tenías mejor que yo. Se te daba bien todo. Todo. Desde muy pequeño destacabas en todo aquello que te proponías y ni siquiera tenías que esforzarte. Lo que me duele es que hayas desperdiciado todo ese talento. Podríamos haber trabajado los tres juntos y, con el tiempo, la clínica habría sido para vosotros y no estarías dando tumbos por ahí a miles de kilómetros. Ya

ni siquiera quieres quedarte a dormir en casa cuando vienes.

—No, claro que no nos quedamos a dormir en tu casa. Y no te preocupes, no molesto más con mi decepcionante presencia. Nosotros nos vamos.

—Richard, no, espera. No os vayáis —suplicó mi madre. Pero yo necesitaba salir de allí cuanto antes. Era más de lo que podía soportar.

Nos fuimos inmediatamente. ¡Dios! Sentía una rabia verdaderamente insana. Laura insistía en que hablásemos del tema, decía que no veía las cosas con claridad y que me equivocaba respecto a mi padre. Yo sólo le pedí que fuéramos en silencio hasta el hotel. Quería evadirme escuchando música, nada más.



Para cuando llegamos a la habitación, yo seguía igual, en barrena, encerrado en mi mundo, en mi rabia y mi frustración. ¿Por qué tenía que hacerme sentir así cada vez que me veía?

Ella me pidió que la escuchara, que no hacía falta que hablara si yo no quería pero que ella sí tenía algo que decir. Laura decía que estaba convencida de que mi padre no se avergonzaba de mí, sino que ella creía que me echaba de menos y no sabía cómo decirlo. Su forma de comunicármelo era insana, desde luego, porque a su juicio no quería mostrarse vulnerable, pero estaba claro que únicamente teníamos un problema de comunicación y habíamos entrado en una dinámica terrible y dañina.

Le rogué que dejáramos el tema. No quería hablar de aquello en una larga temporada, sólo quería dejarlo atrás según quemásemos kilómetros al día siguiente en la carretera alejándonos de allí. Le pedí que respetase mi silencio y, a pesar de que ella creía que el problema de uno era problema de los dos, dijo que me respetaría.

Después cambió radicalmente de tema. Quería hacerme olvidar lo sucedido. Me preguntó por la foto de la que habían hablado en la cena, una foto que hice para hacerle un favor a un amigo fotógrafo al que habían contratado para una campaña de un prestigioso perfume y para un reportaje en una revista de moda. Dijo que no era justo que fuera la única que no me hubiera visto en actitud tan sugerente como insinuaba. Y empezó a coquetear y a jugar conmigo. Sabía que hacer el amor con ella era lo que me hacía olvidarme incluso de mí mismo.

No entiendo cómo no pude ser capaz de ver lo que tenía teniéndote a mi lado, como no valoré a tiempo la suerte que tenía en lugar de dejarme devorar por los celos una y otra vez.

Cuanto más vueltas le doy, menos llego a comprenderlo.

¿Cómo pude hacerte tanto daño, mi amada Laura?

18

Un acercamiento

Una noche más, la pasé casi en vela. Laura dormía plácidamente y, aunque me daba pena despertarla, tenía ganas de salir de allí y coger el coche para llegar cuanto antes a nuestro siguiente destino. En el Gran Cañón todo volvería a estar bien. Como si el lugar de por sí tuviera esa capacidad de transformación. Qué equivocado estaba.

Miré el móvil para ver la hora mientras me desperezaba y vi un mensaje de mi padre. Me quedé paralizado. Quería que tomásemos un café los dos solos. Decidí que no le respondería pero Laura, ya despierta, al percatarse de mi expresión y preguntarme qué sucedía, me disuadió de lo contrario. No paraba de insistir en lo importante que era que hablásemos. Ella estaría ahí cuando regresase para recomponer mis pedazos si era necesario. Pero mi corazón ya no estaba en pedazos, sino en añicos y eso es mucho más difícil de arreglar.

Quedamos veinte minutos después. Debía estar esperando impaciente mi respuesta por lo pronto que apareció en el hotel. Nos dirigimos a la cafetería. El gesto de mi padre era desconocido para mí. Parecía más… humano.

—Hola, hijo.

—Hola.

—No estaba seguro de que hubieras visto mi mensaje hasta que has llamado. Incluso se me pasó por la cabeza que no querías venir.

—Y no quería. Me ha convencido Laura —contesté sin apenas mirarle a la cara.

—Claro. Lo entiendo. Parece una buena chica, por cierto, y no hay duda de que te quiere.

—Sí, eso creo.

—¿Qué te apetece tomar?

—Un café con leche.

—¿No quieres nada más para desayunar? Cada vez estás más delgado.

—No. Un café está bien.

Lo que vino a continuación me dejó sin palabras. Mi padre quería disculparse por lo sucedido la noche anterior. No creo que lo hubiera hecho jamás. Reconoció que apenas había dormido dándole vueltas a lo ocurrido y me dijo que le dolía mucho que pensara que se avergonzaba de mí.

Yo apenas podía mirarle, no sé si en parte por el desagradable recuerdo de lo que ocurrió en la cena o por la incredulidad de lo que estaba diciendo.

—Rick, ¿puedes mirarme al menos, por favor? Quiero que veas en mis ojos que te estoy diciendo la verdad.

Le miré haciendo un esfuerzo encomiable porque, ese gesto aparentemente tan sencillo de mirar a los ojos a otra persona, requiere valor y voluntad. Cuando miras a los ojos, te vuelves más vulnerable, quedas expuesto y dejas al descubierto lo que sucede en tu interior. No estaba seguro de querer que mi padre viera todo lo que bullía dentro de mí.

Continuó hablando y dijo que se preocupaba mucho por mí, aunque no lo creyera, y que no quería herirme en ningún sentido. Estaba seguro de que era muy bueno en mi trabajo porque, según dijo, él sabía que soy capaz de hacer bien todo lo que me propongo. Además, dijo que iba a respetar las decisiones que tomase si eso me hacía feliz, a pesar de que él se mostrase tan obstinado porque creía que mi trabajo no me daba la estabilidad que yo necesitaba. Me pidió que habláramos por teléfono de vez en cuando y me tendía la mano para arreglar las cosas cuando yo me sintiera preparado. Se alegró por mí por tener a Laura a mi lado pues, según comentó, era evidente que me quería.

—Voy a procurar no juzgarte con tanta dureza y apoyarte en lo que necesites, a pesar de que no pueda evitar preocuparme. Tú también eres padre y sabes a lo que me refiero. Eres mi hijo y, aunque no te lo diga con frecuencia, te quiero. Te quiero mucho, Rick. Y está mal reconocer lo que voy a decir a continuación porque un padre nunca debería decir algo así pero, pese a que tú opines lo contrario, siempre fuiste mi favorito. Supongo que influye el hecho de que veo mucho de mí en ti.

No me lo podía creer. Mi padre acababa de decirme que me quería. Yo le miraba emocionado y navegaba entre la incredulidad por lo que estaba oyendo y la tristeza por la situación que habíamos vivido todos estos años. Entonces me di cuenta de que mis ojos casi se habían colmado de lágrimas. Aquello era lo único que necesitaba, saber que le importaba de verdad y que me valoraba.

Después me pidió que llamara a Laura porque quería disculparse con ella. Yo no me lo podía creer. Era demasiado bueno para ser real.

La llamé, y bajó casi enseguida.

—En serio, hijo, ¿por qué no tomas algo con el café? De una temporada a esta parte te veo cada vez más delgado.

—No te preocupes, papá, estoy bien.

Tenía razón, no se lo podía negar. Ya llevaba una temporada que cada vez tenía menos apetito y comía lo justo. No era raro que me saltase alguna comida porque podía incluso olvidarme de que era hora de comer o cenar.

Laura se nos unió sólo unos minutos después.

—Hola, Laura.

—Hola, Harold.

—¿Quieres que te pida algo para tomar? Un zumo, un café, lo que sea.

—No te preocupes, nos iremos pronto. Estoy bien así.

—Te agradezco mucho que hayas venido. Lamento mucho lo que sucedió ayer, no te imaginas cuánto. No quiero ni pensar la imagen que te habrás llevado.

—No te preocupes por eso.

—Me alegra mucho que estés con Richard y estoy seguro de que le vas a cuidar bien. Es evidente que os queréis mucho.

—Sí, eso creo —respondió mirándome con una suave sonrisa.

—Quiero que tengas muy claro que estoy muy orgulloso de mi hijo, de los dos, de hecho, aunque ayer diera otra impresión. Soy muy afortunado porque los dos se han convertido en personas extraordinarias. Richard siempre fue un niño sobresaliente en todo lo que hacía y me equivoqué tratando de trazar su camino. Por fin lo entiendo. Y te aseguro que tengo intención de ir a ver uno de sus conciertos, tal y como me sugeriste. Después de lo que dijiste, tengo una enorme curiosidad. No obstante, no quiero que te equivoques por lo que estoy diciendo. No sólo estoy orgulloso porque sea alguien extraordinario en lo que hace, sino que, por encima de todo, estoy orgulloso de él porque creo que es una gran persona. Sólo te pido que le cuides por mí y tal vez necesite tu ayuda para que me enseñes a acercarme a él otra vez.

—Por supuesto, puedes contar conmigo.

Después de aquello, nos levantamos. Mi padre se despidió de mí dándome un abrazo largo e intenso, corazón con corazón. No me podía creer lo que acababa de suceder. Sólo tenía ganas de romper a llorar y desahogarme por tantos años de frustración. Pero no era el momento. Elegí esconder mis sentimientos, enterrarlos muy hondo por si acaso me equivocaba y no era más que un espejismo.

Recogimos las cosas, dejamos las llaves en la recepción y nos subimos al coche. Ante la sugerencia de hablar de Laura, le pedí que me diera tiempo. No estaba preparado. Tenía que digerir demasiadas

cosas.

Paramos en un área de servicio un par de horas después. Pensé que podía ser un momento para hablar y dejar aquello atrás en cuanto llegásemos a nuestro destino. Hacer borrón y cuenta nueva, que se suele decir. Le agradecí lo que había hecho, una vez más, aunque ella le quitó importancia. Simplemente, le parecía que era lo que tenía que hacer. Le confesé que Susan jamás había hecho nada similar y siempre alegaba que eran cosas entre mi padre y yo en las que no se debería meter. Entonces le relaté como pude la conversación que había tenido con mi padre y ella me escuchó con toda su atención.

—No sé, parecía sincero, pero no me fío. Han sido demasiadas cosas durante los últimos años, demasiados reproches, demasiados desplantes, demasiadas decepciones… Lo de anoche no fue más que otra gota que añadir a un vaso que está permanentemente a punto de rebosar.

—Por algo hay que comenzar.

—Sí, supongo que sí. Paso a paso. La verdad es que es la primera vez que recuerdo que se disculpa por algo. Es tan orgulloso… No puedes ni imaginártelo

—Entonces debes reconocer su esfuerzo y valorarlo.

Mientras le contaba la conversación, no pude evitar que alguna lágrima se resbalara de mis ojos a pesar del empeño que puse en contenerlas todas y cada una de ellas. La relación tan deteriorada con mi padre era algo que hacía muchos años que me hacía sufrir, por mucho que tratase de mostrarme indolente e indiferente a lo que me dijera o lo que pudiera pensar de mí.

Ella estaba convencida de que había sido un punto de inflexión. Yo estaba convencido de que el verdadero punto de inflexión había sido ella al plantarle cara y defenderme contra viento y marea.

Subimos al coche y reanudamos el viaje. Nos acercábamos al Gran Cañón. Ya no podía ocultar por más tiempo la sorpresa que le tenía reservada porque las señales de la carretera eran inequívocas. Aún así, me mostré travieso negándoselo entre risas todo el tiempo que pude y diciéndole que sólo era una distracción.

Teníamos una deliciosa suite esperándonos en el histórico hotel Tovar. La vista desde el balcón te cortaba la respiración. Parecía que el cañón estaba literalmente bajo nuestros pies. Ella dejó caer la maleta nada más entrar en la habitación y se fue hacia el balcón. Me acerqué a ella por detrás y la envolví con mis brazos. Rogué que si existía algún dios detuviese el tiempo en aquel preciso instante, con mi amada Laura entre mis brazos. No necesitaba nada más.

Empecé a besar su cuello. Mis manos acariciaban su piel y sentía como se le erizaba el vello a su paso. El sexo con Laura era como adentrase en un sueño del que nunca quisieras despertar, cabalgando

entre nubes de algodón dulce, paladeando aquel cuerpo de diosa.

Yo había nacido en Arizona y el Gran Cañón es nuestro mayor símbolo, el poder de su tierra rojiza, la huella del paso de las edades geológicas dibujadas en sus paredes. No podía haberla llevado a otro sitio que le comunicase mejor de donde vengo. Como el Gran Cañón, una gran grieta se había abierto hace tiempo dentro de mí y lo estaba resquebrajando todo a su paso.

Hasta eso lo simbolizaba.



Después de comer, estuvimos recorriendo en coche todos los miradores que pudimos. Al día siguiente haríamos alguna ruta, puesto que, aunque ya empezaba a oscurecer algo más tarde, no queríamos que nos sorprendiera la noche en mitad de un *hiking*.

Además, nos apetecía mucho ver una de las espectaculares puestas del sol sobre el Cañón y teníamos un palco privilegiado donde disfrutarla a solas.

Aquel día estaba agotado. Por un lado, apenas había podido pegar ojo después de lo sucedido en casa de mis padres y, por otro, ahora estaba tratando aún de asimilar lo sucedido por la mañana con mi padre. Demasiadas emociones que digerir en un día para alguien como yo con tal atasco de sentimientos atrasados y confinados. Laura se dio cuenta y fue ella quien sugirió que pidiésemos algo y cenáramos en la habitación.

Pusimos el despertador para ver el amanecer, otro de los espectáculos impagables que uno no se puede perder en aquel ancestral lugar. Nos sentamos en el balcón envueltos en una manta con Laura entre mis piernas. Nada se sentía tan bien como aquello. Quería que sintiera que, igual que mi cuerpo la protegía del frío de la mañana, yo la protegería de todo lo que fuera necesario. Tal vez aquel instante irrepetible, sería el ancla que nos mantuviera a flote en los peores momentos.

La ruta fue bastante dura, y eso que los dos estábamos en buena forma y solíamos hacer deporte con asiduidad. Tal vez no habíamos calibrado bien la dureza del cañón en algunos de sus senderos. Aún así, el esfuerzo merecía la pena y ambos lo disfrutamos.

Cuando regresamos al hotel, nos dimos un baño relajante en la inmensa bañera de la habitación. Había reservado mesa para una cena romántica y, aunque agotados, mereció la pena resistir la tentación de quedarnos una vez más en la habitación. Todo estaba siendo demasiado perfecto. ¿Por qué no pudo seguir así?

Aquella noche volví a dormir bien. Dos noches consecutivas

constituía todo un récord en comparación con los últimos meses. Cuando me desperté por la mañana, Laura no estaba en la habitación. Había dejado una nota sobre la almohada diciendo que estaría en la cafetería tomando un café y leyendo el periódico.

Me vestí y bajé sin demasiadas prisas, pero sin perder el tiempo. Cuando llegué a la cafetería, estaba sentada en una mesa con un tipo de unos treinta y pocos años charlando animadamente. No sé qué sucedió en mi interior. Algo se agitó en lo más profundo de mi ser y lo convulsionó por completo. Una vez más, mi mente empezó a ver amenazas y a mostrarse a la defensiva, elucubrando ideas disparatadas. Sentí un miedo irracional a perderla. ¿Cómo podría seguir adelante sin ella? Y enloquecí. Cuando me acerqué a la mesa, estaba fuera de mí.

—¿Quién es éste?

—Richard, éste es… Perdona, ni siquiera sé tu nombre.

—Me llamo Robert —contestó él mismo. Me tendió una mano para saludarme y no le hice el menor caso.

—¿Puedes explicarme qué estás haciendo con él?

—No quedaban mesas libres y me ha preguntado si me importaba que se sentara conmigo. No hay nada de malo en ello.

La situación era un tanto desagradable. Robert se disculpó, le dio las gracias a Laura por haber sido tan amable y se marchó. Y yo empecé a desbarrar y a decirle barbaridades. Le dije que en cuanto me daba la vuelta, aprovechaba para tontear con el primero que se le cruzase, cosa que soy consciente de que no era verdad. En realidad, aquello escondía reproches velados por su relación con Luke y con Paul. Ella me dijo que le alegraba conocer por fin lo que pensaba verdaderamente de ella y yo repliqué que se empeñaba en demostrármelo siempre que podía. ¡Qué imbécil! Estábamos pasando unos días maravillosos juntos y me empeñé en estropearlos por una tontería que sólo estaba en mi cabeza.

—Te estás pasando, Richard, te lo advierto.

—¿Que me lo adviertes?

Empecé a subir el tono de voz sin apenas ser consciente. Sin duda, ya hacía rato que había perdido la medida de la situación. Que se mostrase así de desafiante, me hizo avanzar un paso más en mi camino a la destrucción. Y, sin embargo, hoy creo que eso era precisamente lo que debía hacer, dejarme claro que yo no ponía las normas.

—Supongo que no estarás pensando en montarme una escena aquí delante de todo el mundo —me dijo, aparentemente con total tranquilidad.

—Tienes razón. No es el lugar para hablar de esto. Sube a la habitación ahora mismo.

Se negó a hacerlo, se negó a acceder a mis deseos y mis órdenes y creo que fue lo mejor que pudo hacer en aquel momento, demostrarme que no era quien para intentar someterla. Ojalá lo hubiera hecho muchas más veces, ojalá me hubiera dejado claro desde el principio que había unos límites que yo nunca debería traspasar.

Me dijo que no pensaba subir hasta que no viera que me tranquilizaba y razonaba de manera lógica. Yo insistí en que subiera pero, como no accedió, le dije que aquello no terminaba ahí y que la esperaría en la habitación.

No estaba dispuesto a ceder.

No me lo podía creer. ¿A qué venía aquello? ¿Le parecía divertido? Estaba jugando con mis sentimientos y encima me desafiaba como si tal cosa, como si aquello no fuera con ella y no le alterara lo más mínimo.

Subí a la habitación por las escaleras, subiendo los escalones de dos en dos. Paseé nervioso por la habitación, pensando en qué decirle. Suponía que subiría inmediatamente, pero me hizo esperar. Fácilmente pasó un cuarto de hora. Puede que más. Me senté en una de las butacas de la habitación a esperar a que subiera.

En cuanto entró, lejos de disculparme por mi conducta, volví a la carga.

—Supongo que estarás contenta. Me has mandado a la habitación como si fuera un niño. Pues no te equivoques.

—Sólo quería que te calmaras un poco, pero veo que no ha servido de nada.

—No, claro que no. Me has hecho sentir como un idiota. ¿Es que no te basta conmigo?

—Sabes de sobra que sí y que ese no es el problema. Simplemente trato de ser amable con la gente. No creo que sea ningún pecado.

—Puedes ser amable sin tontear, pero a ti lo que te encanta es llevarme al límite.

—Bueno, eso es bastante fácil porque por cualquier cosa te alteras.

—¿Qué quieres decir? Sé sincera, no te guardes nada.

—Sólo eso. Será mejor que, de ahora en adelante, no me acerque a la barra a pedir un refresco si hay un camarero, o que no le eche gasolina al coche porque, lo mismo, el dependiente es un hombre y, si le digo buenos días con una sonrisa, tal vez me montes otra escena —señaló con sarcasmo.

En ese preciso instante, sin apenas ser consciente de lo que hacía, levanté la mano en un movimiento rápido y le puse el dedo índice muy cerca de su cara, en un gesto claro de advertencia. No fui consciente de lo que hacía. No fui consciente del significado que podía adquirir ese gesto, hasta que vi como Laura se sobresaltaba y daba un paso atrás.

Pensó que iba a pegarla.

Realmente por una milésima de segundo me creyó capaz de hacerlo. Y ese momento fue uno de los más duros que he vivido jamás. Nunca le habría puesto la mano encima, nunca jamás. No soy una persona agresiva ni violenta pero, aún así, creyó que iba a pegarla. Y no la culpo. Fue desolador. Y sentí una vergüenza de mí mismo como no la había sentido jamás.

Había habido muchas señales de que algo no estaba bien en mí, había indicios claros. Hasta la falta de apetito indicaba que me pasaba algo. Ese momento en el que la asusté de aquella manera debió ser el definitivo para que buscase ayuda profesional. Pero no lo hice. Una vez más, el Richard autosuficiente que no se permitía errores se convenció de que él lo podía solucionar solo.

Y no podía.

No pude.

—Dios, ¿en qué me estoy convirtiendo?

Me dejé caer sobre la cama como si hubiera perdido la fuerza en mis piernas para sostenerme. Con la cabeza entre mis manos traté de buscar una explicación a qué me había pasado.

—Me estoy volviendo loco. ¿Pensaste que iba a pegarte? —le pregunté para asegurarme de haber interpretado bien la situación. Aunque, en realidad, no quería saberlo. No podía ser verdad.

Ella me abrazó y trató de consolarme, viendo mi pesadumbre y reconociendo mi vergüenza.

—¿Qué coño me pasa, Laura? Sólo pensar que puedo perderte me hace enloquecer. Estoy perdiendo el control.

Le pedí que hiciera ella el *checking out* y yo llevaría las maletas al coche. Necesitaba que me diera el fresco. Necesitaba unos minutos de soledad para analizar qué había sucedido, de principio a fin. Necesitaba unos minutos solo conmigo mismo para tratar de entenderme.

La esperé apoyado sobre el coche. No podía creer lo que había sucedido. Me daba vergüenza incluso mirarla a la cara. Mis celos eran enfermizos y desproporcionados, sin lugar a dudas.

Cuando volvió al coche, la sujeté con suavidad por los hombros y apoyé mi frente sobre la de ella. No encontraba las palabras oportunas para demostrarle lo arrepentido que estaba.

—Lo siento tanto. No sé que me ha pasado, Laura. Estoy tan avergonzado. Nunca te haría daño, espero que estés segura de lo que digo. No podría perdonármelo.

—Olvidémoslo, ¿de acuerdo?

—¿Me crees cuando te digo que nunca te haría daño?

Ella dudó durante unos instantes qué contestar y eso me hundió un poco más. No estaba convencida de que no fuera capaz de hacerla

daño, tal vez porque ya la había herido otras veces, aunque no fuera físicamente.

Ante sus dudas me quedé desolado. Y al verme así, ella trató de justificar mi conducta y eso fue una terrible equivocación porque le restó importancia. Dijo que había pasado una temporada dura y eso me había afectado. Demasiadas emociones, demasiados sentimientos, demasiado dolor. Todo demasiado, una vez más. Trató de convencerme de que estaba segura de que no ocurriría otra vez, porque me había dado cuenta de mi error y sabía que no lo repetiría. Confiaba en mí.

—Eres un hombre bueno, cariñoso y detallista. Eso es lo que veo cuando te miro. Hemos pasado unos días maravillosos juntos y no podemos permitirnos que esto los empañe. Así que olvidemos el asunto y vayámonos a casa, ¿te parece?

Pero yo tenía preparada alguna sorpresa más. No sabía si aún le apetecería que siguiéramos adelante o de verdad prefería volver a casa.

Finalmente, continuamos hacia el Skywalk, la maravillosa herradura de cristal situada sobre el río Colorado en la zona oeste del Cañón. Haríamos también un recorrido en helicóptero por la zona. Había contratado la experiencia completa para deleitarla con las maravillas de mi país. No podíamos dar por terminado nuestro primer viaje juntos con aquel regusto tan amargo.

Confieso que, en cierta medida, estaba asustado de mí mismo. Si había sido capaz de atemorizarla de esa manera, ¿qué más podría suceder? No quería pensar en aquello. Tenía que seguir adelante.

Decidí que lograría que el resto del viaje fuera inolvidable, haría todo lo que hiciera falta para hacerla feliz y que olvidara lo sucedido. Laura merecía la pena, no podía desaprovechar aquel regalo que, de manera inesperada, había puesto el destino en mi vida cuando más hundido estaba.

Teníamos un futuro juntos y no debía dejar que nada se interpusiera entre nosotros. Los dos queríamos caminar de la mano hasta el final de nuestros días.

Tal vez hubiera sido posible…

Sé que ahora tengo que mirar atrás para volver a mirar hacia delante. Pero duele tanto que, a veces, necesito parar para coger aire antes de continuar.

19

El sueño se transforma en pesadilla

Aquella situación debería haber sido un final y no un comienzo. Pero fue el inicio de la peor parte. Y es el momento de afrontarlo y reconocer todos los despropósitos que vinieron después.

Mis celos fueron a más, mis reacciones desmedidas también, mis inseguridades crecieron exponencialmente y, con ellas, mis reacciones fuera de control. Los celos son un veneno que alcanzan hasta la última célula de una relación. Lo envenenan todo y, cuando te das cuenta, ya no hay antídoto posible.

Durante los meses de mayo y junio, fuimos muchas veces a Los Ángeles a grabar. Tal vez porque nos veíamos más, también discutíamos más. Es cierto que estaba pasando mucho estrés por el lanzamiento del disco en apenas mes y medio y porque la situación con Susan cada vez parecía ir a peor. No era capaz de gestionar toda aquella presión. Da igual. No es excusa.

Teníamos una relación enfermiza. Nos peleábamos y lo solucionábamos yéndonos a la cama y haciendo el amor como animales. Era un círculo vicioso absolutamente desquiciante del que no acabábamos de encontrar la salida.

A veces, cuando su trabajo se lo permitía, venía al estudio donde grabábamos. Yo quería que estuviera, que viniera a verme, pero la realidad era que no me centraba. Era literalmente incapaz. Estaba continuamente pendiente de con quien hablaba y si la tocaban o había algún roce que me pareciera que excedía lo normal, siempre según mi criterio, claro. Cuando estaba con Luke, me sacaban de mis casillas, siempre riendo, Luke siempre demasiado cerca de ella para mi gusto o poniéndole el brazo sobre el hombro o abrazándola sin venir a cuento. Me metí dentro de una vorágine de desconfianza malsana y absorbente.

En una de aquellas ocasiones, yo estaba dentro de la pecera porque íbamos a grabar la parte vocal de una canción. Recuerdo que Laura y Luke estaban hablando y riéndose como si fueran un par de críos. Aquello ya estaba empezando a alterarme. Notaba como poco a poco,

me iba subiendo la temperatura. Instantes después, Brian se les unió y se sentó junto a Laura en el sofá que había en el estudio, muy cerca de ella. Yo no les podía quitar los ojos de encima y me estaban sacando de quicio entre los tres. Después llamaron a Luke por teléfono y salió un momento. Entonces vi como Brian le echaba el brazo por encima y acercaba mucho su cara. La expresión de Laura era de evidente incomodidad, su cuerpo un poco más tenso y encogido, pero no le dijo nada. No pude soportarlo más.

—Qué demonios haces, Brian?

—No estoy haciendo nada. Estamos sentados aquí tranquilamente y no he oído que se queje. ¿Qué es lo que te preocupa? ¿Me crees tan irresistible?

—Deja de provocarme.

—¿Quién te está provocando, tío? No todo en esta vida gira en torno a ti y tu ego. Más vale que te centres en el trabajo que no nos sobra el tiempo.

Entonces le pedí a Laura que saliera fuera conmigo un momento para que hablásemos. Veía que con Brian la conversación sólo podía ir a peor. Dos trenes chocando frontalmente.

Pero no podía dejar estar aquello.

Lo pagué con ella.

Y me pasé de la raya.

Empecé a decirle que estaba cansado de sus flirteos con unos y otros. Le señalé que, si no era capaz de comportarse y mantener una distancia decorosa, era mejor que me esperase en el hotel. Y ya no pude parar. Daba igual lo que ella dijera. Estaba fuera de mí. Le confesé que estaba harto de la relación que tenía con Paul y que no me fiaba cuando estaban ellos dos solos, puesto que solía pasar mucho tiempo con él cuando no estábamos juntos. Igualmente, le dije me parecía que con Luke tenía un exceso de confianza que daba pie a pensar que quería algo más. Le dije que tenía una actitud con los hombres que daba lugar a pensar en segundas intenciones y que debía terminar con ello de una vez por todas porque, debido a eso, a Brian le había dado a entender que podía cruzar el límite. Ella me miraba con cara de incredulidad. No la culpo, porque perdí el norte.

La discusión fue bastante fuerte, de las peores. Le dije auténticas barbaridades que no tenían fundamento. Cada vez me sentía más frágil e inseguro y mi forma de reafirmarme era tratar de someterla.

Aquel día se fue a su casa desde el estudio. Después de todo lo que nos dijimos, era comprensible pensar que lo nuestro se había terminado. Yo estaba hecho polvo. Me daban ganas de golpearme la cabeza con mis propios puños para intentar sacar la mierda que tenía ahí dentro y que me impedía disfrutar de la vida. ¡Joder! Lo tenía todo y era incapaz de darme cuenta. Laura era una persona abierta,

cariñosa y de trato fácil. No daba a entender nada más allá, eso no era cierto. Pero no era lo que yo veía, porque estaba inconscientemente convencido de que casi cualquiera sería mejor para ella y en cualquier momento podría ser consciente y abandonarme.



Laura llamó a Paul. Estaba desolada por lo que había sucedido entre nosotros y necesitaba a su amigo, a alguien que sabía que siempre estaba ahí cuando le necesitaba y nunca la fallaba. Necesitaba un poco de equilibrio en mitad de tanta demencia. No sé que pasó exactamente entre ellos durante el tiempo que él estuvo en su casa aquel día, pero sucedió algo justo antes de que se fuera que me hizo enloquecer. Otra vez.

Después de mucho reflexionar y comprender que, una vez más, había metido la pata, decidí que tenía que arreglar las cosas. Me había extralimitado de forma flagrante y tenía que pedirle perdón y hacer que me creyera cuando le dijera que no volvería a suceder nada similar.

Cogí un taxi al acabar la desastrosa sesión en el estudio y, aproximadamente unas tres horas más tarde de que ella se fuera, llegué a su casa. Llamé a la puerta y cuando abrió, Paul se iba. Apenas mi miró a los ojos y me di cuenta de que ahí pasaba algo raro. Ambos se comportaban de forma extraña. Parecían incómodos. Podía ser otra vez mi mente jugándome malas pasadas, pero esta vez noté algo distinto entre ellos, una frialdad y distancia impostadas que me dieron mala espina. Intenté dejarlo pasar y no obsesionarme. Había ido allí con un propósito y tenía que centrarme. Laura apenas me miraba y se mantenía con los brazos cruzados.

—Laura, escúchame, ¿vale? Sabes que te quiero más que a mi vida y que, a veces, pierdo la cabeza. Sé que no tenía motivos para decirte todo lo que te he dicho y lo siento. No volverá a pasar. En serio, he aprendido la lección, tienes que creerme. Se me han acumulado muchas cosas últimamente y tengo mucho estrés, pero voy a cambiar.

No me escuchaba, estaba en otra parte. Había algo que le preocupaba más incluso que lo que yo le decía. O, tal vez, simplemente era que ya no le preocupaba en absoluto lo que sucediera entre nosotros. Empecé a desquiciarme.

—¿Qué es lo que pasa contigo? Estoy intentando arreglar las cosas entre nosotros, y tú no me prestas atención alguna.

—No, no lo hago. ¿Para qué? Siempre son las mismas excusas, pero da igual, mañana volverás a hacerme daño y creerás que tengo que soportarlo porque eres tú.

Aquello sí que no me lo esperaba. Supuse que me perdonaría como siempre hacía, que entendería mi situación, mis problemas, mi estrés y todas las excusas que me parecieran una justificación para mi comportamiento mezquino y fuera de tono. Había ido hasta allí, ¿es que no veía mi arrepentimiento?

La estaba perdiendo y no estaba preparado para ello.

—¿Qué? Vengo a estas horas de la noche hasta tu casa a disculparme y tú me tratas así. ¿Quién te crees que eres?

—Nadie, ya lo sé.

Entonces la semilla que se plantó en mi cabeza cuando llegué y abrieron la puerta, creció de repente y tomó el control. Había pasado algo entre ellos más allá de lo habitual.

—¿Qué hacía aquí Paul? —le pregunté con absoluta desconfianza.

—¿Tú qué crees que hacía?

Laura se mostraba desafiante, a vueltas de todo. Su expresión era dura, como nunca la había visto en ella. Ya no le importaba nada. Creo que aquella noche le daba igual lo que pudiera pasar.

—Prefiero que me lo digas tú.

—¿Quieres saber lo que hacíamos cuando has llamado a la puerta? Pues te lo diré: nos estábamos besando. Ha sido el mejor beso que me han dado en mi vida.

No lo podía creer. Aquello no podía ser verdad. Lo hacía para herirme, ¿no? Pero algo en su mirada me decía que sí, que esta vez sí era verdad y que yo era el culpable de que hubiera terminado en sus brazos.

Salí de allí dando un portazo. Todos mis malos presagios se habían cumplido. Si Paul la había besado, si le elegía a él, yo ya no tenía nada que hacer.

Empecé a andar intentando tomar aire porque notaba que me faltaba. Aquello era el fin. Había destrozado lo que más me importaba.

20

Espejismo

Durante tres eternos días no supe nada de Laura. No fui capaz de llamarla ni de ponerme en contacto con ella. Tampoco ella lo hizo, pero no me extrañaba. Después de lo sucedido, no había nada más que hablar.

Aquellos tres días fueron una tortura para mí. Nunca había querido tanto a nadie y nunca lo había hecho tan mal. Estaba bloqueado. Sabía que, si quería arreglar aquel desastre, era yo el que debía dar un paso adelante, pero no me atrevía.

Tres largos días con sus interminables noches. No pegaba ojo ni tenía ganas de comer. Continuamente acudía a mi mente una sola imagen. Le había besado. Imaginaba el momento preciso y enloquecía. La historia se repetía. Estaba destrozado. No quería ver que, en cierta medida, la había abocado a refugiarse en la persona que más le había demostrado siempre que la quería. La persona más leal que había a su lado. La persona más sensata, además.

Al tercer día, aprovechando que aquella tarde no teníamos ningún compromiso, fui a su casa. Al contrario de lo que sucedió con Susan, estaba dispuesto a olvidarlo todo y empezar de cero. Era alguien demasiado importante para mí. Tenía que luchar y enderezar el rumbo.

No quería hablar por teléfono, aquello era demasiado importante. Teníamos que hablar cara a cara para que ella viera en mis ojos que no mentía, que la quería demasiado. Llamé varias veces al timbre, pero no contestó nadie. Estaba desolado. No podía perderla, a ella no. Me senté en las escaleras de entrada a esperar. No pensaba moverme hasta que regresara. Creo que pasó más de una hora cuando por fin oí su voz. Estaba tan encerrado en mi tristeza que ni siquiera me había dado cuenta de que venía.

—Hola, Richard.

—Hola.

Me temblaba todo el cuerpo. Me puse de pie inmediatamente y metí las manos en los bolsillos, casi temiendo que, si no lo hacía, pudiera

detectar mi nerviosismo. Estaba tan avergonzado que me costó decidirme a mirarla a los ojos. Me di cuenta de que ella sí lo hacía, y entonces me atreví a mirarla también.

Tenía una mirada inocente y dulce, compasiva. Me dio seguridad. Me incitó a pensar que podría recuperarla. Aquellos tres días habían sido un calvario. Debía enderezar el rumbo y no volver a perderlo. No podía sufrir de esa manera otra vez.

—¿Podemos hablar? —le pregunté finalmente.

—Claro.

Supongo que debió ver el arrepentimiento en mis ojos y mi dolor, porque contra todo pronóstico, subimos las escaleras cogidos de la mano. Y ese pequeño gesto me devolvió la esperanza.

Me preparó un refresco cuando entramos y nos sentamos en el sofá. Yo la miraba aterrorizado. No sabía por dónde empezar. Había demasiado en juego y, tal vez, aquello podía ser el fin. Sin embargo, fue ella quien empezó a hablar, lo cual me dio tiempo para ordenar mis pensamientos y, al mismo tiempo, me tranquilizó.

—Te he echado mucho de menos. Pensaba que se había terminado todo y que no volvería a saber nada de ti.

No daba crédito a lo que oía. Era yo quien pensaba que ella ya no quería saber nada de mí. Oírla decir que me había echado de menos, hizo que me diera un vuelco el corazón.

—Verás –comencé a decir con un tono de voz relajado—, hablé con Luke y me dijo que Brian estaba ese día con ganas de problemas. Había discutido con él el día anterior y aún seguía mosqueado conmigo.

—Está olvidado. Lo importante es que estás aquí. Pero no quiero mentirte en nada, debemos ser sinceros el uno con el otro.

—¿Qué quieres decirme exactamente?

—Que lo del beso fue verdad.

Tenía la esperanza de que hubiera sido todo una forma de ponerme furioso por como habían transcurrido las cosas. Pero no. Le había besado. A Paul. No me veía capaz de competir con alguien como él que lo era todo para Laura. Tragué saliva como pude e intenté deshacer el nudo que se había formado en mi garganta.

—No lo dije para hacerte daño. Y no significó nada para ninguno de los dos. Fue sólo un beso, nada más. Créeme. Acabo de estar con Paul tomando un café y lo hemos aclarado. Todo sigue entre nosotros, como si nada hubiera pasado. Fue un malentendido. Después de la discusión que tuvimos, me sentía tan vulnerable y tan desdichada que supongo que confundimos las cosas. No se volverá a repetir jamás. Quiero que confíes en mí, porque podría haberlo negado, pero he preferido ser sincera.

—¿Y ha sido el mejor beso que te han dado en tu vida, tal y como

dijiste? —le pregunté de manera pueril, como si aquello fuera una competición.

—No, eso no era verdad. Esa fue la parte que me inventé porque me sentía despechada y dolida. Supongo que quería herirte, vengarme de alguna manera por lo que pasó. Sé que fui cruel de manera innecesaria y lo siento.

—Vale, no pasa nada. Las cosas se pusieron feas ese día y los dos nos equivocamos y dijimos cosas que no debíamos. Supongo que, en cierta medida, yo te empujé a ello. Será mejor que olvidemos todo este asunto porque no nos ha causado más que dolor.

Lo dejamos ahí. Ya no sé si fue buena idea o no. Perdí la noción de todo. Ella se arrepentía y se disculpaba por una nimiedad mientras yo me había portado como un auténtico villano. Yo la empujé a ese beso. Yo la arrastré a los brazos siempre abiertos de su amigo. Yo y sólo yo la fui alejando de mí. Y ella debería haberme exigido más, una demostración tangible de que iba a cambiar, pero le bastó con aquello. Era demasiado poco para lo que le había hecho.

Aún íbamos a estar otros cinco días trabajando en Los Ángeles. Le pedí que se viniera conmigo al hotel y tratásemos de volver al punto anterior a aquel desastre. Lo malo fue que, tal vez, el punto anterior no debería haber sido tres días antes, sino varios meses atrás.

Antes de irnos, cogí su cara entre mis manos con toda la dulzura de la que era capaz y la acaricié con suavidad. Quería que viera en mis ojos mi propósito de cambio. Le confesé que llevaba una temporada muy nervioso y que desconocía el motivo. No era capaz de alcanzar el punto de estabilidad que tanto buscaba. Tenía muchas cosas a mi favor, la tenía a ella, aunque no pudiéramos estar juntos como una pareja normal. Algo siempre fallaba y acababa tirando todo por la borda. Y ese algo no estaba fuera, sino dentro de mí.

Mis intenciones de cambio eran absolutamente reales, pero, una vez más, no fui capaz.

21

El declive

Se inició la caída hacia el abismo a una velocidad de vértigo. Los buenos propósitos duraron demasiado poco. Podía haber sido todo tan sencillo… Pero no hubo ningún cambio real. ¿Cómo esperar un resultado distinto sin probar a hacer algo diferente?

Me parte el alma recordar todo aquello.

Cuando rememoro aquella época, no puedo evitar recordar mis sensaciones. Estaba nervioso e irascible, el detalle más nimio me hacía explotar. Lo intentaba con todas mis fuerzas, me decía que era una fase pero que lo lograría controlar. Sólo quería ser feliz junto a ella. Jamás había amado a nadie con tanta intensidad. Laura era mi mundo, pero cada vez estaba más convencido de que era demasiado buena para mí y la única forma de retenerla a mi lado era controlándolo todo.

En junio Paul había estado fuera. Se había retrasado el rodaje que en principio debía haber comenzado en abril. Inconscientemente, creí que era el momento de alejarla definitivamente de él. Qué cruel suena, lo sé. Pero es que me había convencido de que la única forma de competir con él era eliminándole del tablero. Sin duda, mi autoestima estaba por los suelos pero, aún así… En fin, Paul era siempre tan perfecto, siempre tan bueno, siempre tan estable y comedido, siempre tan a mano para todo, que me agotaba el simple hecho de pensar en él. Yo era basura comparado con Paul y su exasperante perfección, especialmente estando en aquella montaña rusa en la que se había instalado mi ser, un día bien y tres mal. Era el momento de que entendiera que era mía y sólo mía.

No obstante, observaba como Luke y ella cada vez eran más amigos. Siempre que necesitaba algo o teníamos una discusión fuera de lo normal, en ausencia de Paul, acudía a él. Luke era el nuevo enemigo, en cierta medida.

Mi realidad estaba absolutamente distorsionada. Luke era mi amigo, aunque mi concepto de la amistad se había deteriorado tanto desde que Adam se tirara a mi mujer que ya no me fiaba de nadie. Y

ahora, sólo ahora mucho tiempo después de todo aquello, soy por fin capaz de entender que él estaba de mi parte. Siempre lo estuvo, sin reservas ni concesiones. Intentó ayudarme muchas veces, hablando conmigo a solas en algunos momentos, intentando hacerme entrar en razón y ver las cosas desde otro prisma diferente, mucho más sano y saludable. En otras ocasiones, hablando con Laura, para que tratara de comprenderme y para ofrecerle como testigo de primera mano quien y como había sido yo en un pasado no muy lejano. Él mismo no era capaz de reconocer en mí al Richard que había conocido tantos años atrás. Yo tampoco lo lograba, para ser totalmente honestos.

Y Paul regresó. Y yo temía que él tomara el control de aquel desastre que éramos como pareja y la condujese a la solución más obvia e inteligente que era dejarme. Pero no lo consiguió y sé que lo intentó con un empeño desmedido. Pero ella le ocultó cosas y, aunque él se dio cuenta, no tenía argumentos en mi contra para hacerla entrar en razón y abrirle los ojos de una vez por todas.

Me quería demasiado. La tenía atrapada en mi insana red de amor apasionado y desbocado. Lo habíamos equivocado todo desde el principio. No habíamos hecho nada al derechas, yo por provocar aquella situación y ella por permitírmelo, por dejarse subyugar. Laura valía demasiado para estar con alguien como yo. Pero todavía no era capaz de verlo por sí misma. Mientras tanto, yo seguía intentando poner unos barrotes invisibles a su alrededor que la mantuviesen cautiva a mi lado.

22

Una relación moribunda

Comenzó julio y Laura se vino a Las Vegas para estar conmigo. Debido al inicio de nuestra gira, dieron comienzo los viajes por el territorio de América del Norte. La primera parte, serían viajes por Estados Unidos y Canadá. Laura vendría con nosotros en la mayoría de los casos, salvo algún viaje que hiciéramos en el día para acudir a algún evento y que, por lo tanto, no implicase pernoctar.

Ya había quedado atrás el estrés del lanzamiento del álbum, aunque estábamos en plena promoción y eso no me dejaba demasiado tiempo libre. A pesar de ello, me parecía que estaba más tranquilo y me sentía ilusionado. Atravesaba una etapa de cierta serenidad y eso se sentía muy bien. Era el momento de poner un poco de orden en aquello que teníamos y enderezar el rumbo, si es que aún podíamos.

Los primeros quince días parecía que volvíamos a la bonita historia que tuvimos entre finales de enero y finales de abril, a esa conexión tan especial que sólo ella y yo comprendíamos. Yo estaba de buen humor, tenerla a mi lado en todo momento me daba seguridad. Verla en los conciertos me proporcionaba calma. Y cuando no la tenía al alcance de mi vista, sólo tenía que tocar aquel colgante celta que simbolizaba el amor eterno que un día hacía ya mucho tiempo me regaló para sentirla conmigo. Nunca jamás me desprendí de ese colgante. Era mi tótem.

La gira iba fenomenal y las ventas del nuevo disco crecían imparables. Tanto esfuerzo y sufrimiento estaba dando frutos. Me sentía renacer en todos los aspectos. Hasta la relación con mi ex había encontrado un punto de equilibrio en el que tácitamente parecíamos haber acordado no hacernos daño de forma gratuita.

Fueron días increíbles. Hacía lo que más me gustaba que era dar conciertos y ver la reacción del público ante nuestras canciones. Pura adrenalina. Había muy buen humor entre todos, nos reíamos, el ambiente era distendido otra vez. Y cuando acababa el día, allí estábamos ella y yo, solos en nuestro refugio, nuestro particular rincón en el mundo, deseando besar cada centímetro de nuestra piel,

amándonos con una pasión desmedida. Cerrábamos la puerta y éramos puro fuego.

Entonces llegaron los viajes más largos que implicaban muchos días lejos de casa. Primero, Latinoamérica y, después, vendrían Japón y Australia. Laura tenía sobre la mesa la renovación de su contrato en el gabinete de Los Ángeles, pero no me lo contó hasta mucho más adelante. Estábamos en plena fase Luna de Miel y, aún así, sintió miedo a lanzarse sin red al espejismo que era nuestra relación idílica en aquel preciso instante. Debo reconocer que fue sumamente cauta e inteligente.

Me sugirió la posibilidad de quedarse trabajando algunos días mientras nosotros estábamos en América del Sur e incorporarse a los viajes más adelante. De esa manera, podría avanzar trabajo para los meses posteriores y dejar así buena imagen ante sus jefes mientras nosotros hacíamos esa primera fase de la gira. Yo no creía conveniente que nos separásemos durante tanto tiempo ahora que podíamos estar juntos. Era nuestra oportunidad. Por otra parte, en mi cabeza seguía intacta la idea de irnos a vivir juntos al finalizar la gira o incluso antes y pensé ingenuamente que ese verano juntos probaría que lo mejor para ambos era una vida en común. La convencí para que viajara con nosotros y trabajara a distancia, en la medida que pudiera. Conocería lugares a los que nunca había ido y eso sería un aliciente más.

Volvió el estrés, la agenda apretada y los roces con los de la banda por el cansancio que ya acumulábamos. Las discusiones con Susan por el tiempo que iba a estar sin ver a los niños adquirieron un tono más allá de lo soportable. Apenas dormía porque no teníamos tiempo para ello. Eventos, ensayos, conciertos, programas de televisión, de radio, sesiones de fotos… Al tiempo que crecía mi agenda, disminuía mi capacidad para afrontar lo demás.

Tal vez si se hubiera quedado en Los Ángeles como ella sugirió, las cosas no se habrían precipitado como lo hicieron. Pero era una caída libre. La infinidad de compromisos a los que teníamos que acudir hacían que no pudiera estar con ella, pero yo necesitaba seguir controlándola, saber dónde estaba mientras yo trabajaba, con quien pasaba el tiempo, si había llamado a Paul por teléfono y sobre qué habían hablado.

Si después de los diferentes compromisos del grupo una jornada cualquiera, volvía al hotel y no estaba, en cuanto ella regresaba, daba comienzo una discusión que hacía temblar las paredes, aunque hubiera salido a comprar un refresco. Porque en mi distorsionada manera de ver la vida, ella tenía que estar esperándome allí cuando llegara. La vi haciéndose pequeñita delante de mis ojos y no quise parar. Llegó un momento en el que apenas se atrevía a salir de la habitación. Me había transformado totalmente en su monstruo y en su

captor.

Sin embargo, tuvo un último acto de rebeldía cuando renovó a mis espaldas el contrato en Los Ángeles. No me lo dijo hasta mucho tiempo después, hasta que volvimos a pisar suelo americano y vio su forma de escapar de mis garras. Con ello dejaba claro que lo de vivir juntos no era una opción.

Luke estaba siendo testigo de todo aquello. Observaba tratando de mantener la distancia prudencial para que yo no me diera cuenta de que, de modo sibilino, él estaba siendo su muro de las lamentaciones. Cuando Laura hablaba con Paul por teléfono, no le contaba nada porque no quería preocuparle. Sabía cómo se tomaría las cosas si se enteraba de lo que yo le estaba haciendo pasar. Así que era Luke a quien le contaba todo, el único con quien se desahogaba. Y él en varias ocasiones, de forma muy sutil, trató de hacerme entrar en razón. Pero yo no estaba dispuesto a escuchar y le decía que se metiera en sus asuntos.

Un día esperando a que nos dieran la habitación, me di cuenta de que estaban cuchicheando a mis espaldas. Se habían apartado del grupo y Laura parecía estar llorando. Aquello me preocupó en extremo, pero preferí mantener las distancias en un principio y tratar de sonsacárselo después. Cuando por fin me acerqué, no hizo falta más. Vi el gesto de terror de Laura y fui consciente de que, fuera lo que fuese, era grave. Entré al trapo y Luke me plantó cara.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunté.

—¿Qué crees que estamos haciendo?

—No lo sé. ¿Qué tendría que creer, Luke?

—Si quieres jugamos a yo pregunto tú preguntas, pero es una estupidez. ¿Qué vamos a estar haciendo? Pues hablar, nada más. ¿Hay algo de malo?

—Depende de lo que estéis hablando.

—De cosas triviales. ¿Te vale?

—¿Por qué no dices nada, Laura? —le pregunté a ella.

—Ya te lo ha dicho Luke. No tengo nada que decir.

Sin duda era temor lo que había en sus ojos. No lo olvidaré jamás. Aquella mirada… Entendí que no era momento de discutir más. Debía levantar el pie del acelerador y comportarme.

Al día siguiente, teníamos ensayo por la mañana. Luke me dijo que necesitaba hablar conmigo urgentemente. Quedamos en vernos al terminar. Estaba mucho más serio de lo habitual, especialmente para alguien que es la encarnación del buen humor, siempre de broma y riendo.

Según me comentó, había tratado de defenderme y, una vez más explicarle por todo lo que había pasado para que me comprendiera. Además, justificó que yo llevaba encima más carga que el resto porque

siempre era el que acudía a todos los eventos y entrevistas, mientras que los demás tenían menos compromisos. Prensa, preguntas, fotos, encuentros con fans… Todo. Y eso era verdad, me agotaba no poder desconectar ni un instante. Pero ella estaba al límite, incluso se había planteado coger el primer avión mientras nosotros estuviéramos en algún concierto o cualquier otro compromiso. Se sentía secuestrada, esa fueron sus palabras. Y yo me sentía morir al oírlo porque sabía que tenía razón. Me estaba comportando como un maníaco.

—Rick, he intentado defenderte y le he dicho que estás loco por ella, porque eso es evidente, aunque se te ha ido la pinza por completo, tío. Le he dicho que tú no eras este tipo celoso y controlador que eres ahora porque, en serio, te has obsesionado. Y yo te veo mal, muy mal. Le he explicado que no eras así antes de lo de tu mujer, pero me temo que ya no es suficiente. Estoy intentado defender lo indefendible, no sé si me entiendes. Siento ser tan claro. No puedes tratarla así. O cambias o la pierdes. Tienes que hacer algo, macho.

Yo no sabía ni qué decir. Me había quedado en lo de que estaba pensando en coger un avión cuando yo no estuviera para alejarse de mí a mis espaldas. No podía ser.

—Necesitas ayuda, ¿no lo ves? No lo controlas.

—Voy a arreglarlo.

—Rick, te tiene miedo, ¿lo entiendes? Esto no se arregla así como así. Puedes contar conmigo para lo que necesites, pero si te sigues portando como un capullo, la vas a perder. Eso es un hecho.

❖

Llegué más tarde de lo habitual al hotel. Laura estaba en la habitación esperando. Dentro de su jaula, como un pajarillo asustado.

—Siento llegar tan tarde, pero he estado hablando con Luke después del ensayo.

No dijo nada. Supongo que temía mi reacción. Es una sensación terriblemente dolorosa ser plenamente consciente de que la respuesta que provocas en la persona amada es de puro terror.

—No te voy a negar que al principio me he cabreado. Pero me ha hecho entender que es bastante difícil hablar conmigo últimamente. Estoy en plan insufrible, es verdad. Soy consciente de que las cosas no están bien y te prometo que lo último que quiero es hacerte daño pero, tengo tanto miedo a perderte… Es decir, cuando me contaste que Paul y tú os habíais besado, fingí que no le daba importancia porque ya la había cagado bastante y en cierto modo, pensé que yo te había arrojado a sus brazos portándome como un energúmeno aquel día. Y te juro que he tratado de no darle importancia, pero me supera y eso me ha vuelto más paranoico, no lo voy a negar.

Creo que fue una de las conversaciones más duras que he mantenido en mi vida. Puse sus manos entre las mías y me armé de

valor para seguir hablando y decir lo que a continuación tenía que pronunciar en voz alta.

—No soy ningún monstruo, no me veas así.

Le conté los problemas con Brian en los últimos días y como se había empeñado en llevarme la contraria en todo. Aparecía borracho a las actuaciones y casi discutimos en mitad de una. Ella me preguntó porque no le contaba esas cosas, porque no le hablaba de mis problemas y la única respuesta correcta era que me creía autosuficiente y me había acostumbrado a que nadie le importara. Me había habituado a tragarme las cosas, a esconder mis preocupaciones. Tal vez era miedo a mostrarme débil o vulnerable.

Durante aquella conversación le insinué que estaba seguro de que todo se arreglaría cuando viviéramos juntos, algo que ya había dado por hecho. En casa no habría presiones ni malos entendidos, como si las cosas se arreglasen sin más.

—De momento no vamos a vivir juntos, Richard. He renovado mi contrato en el gabinete, así que seguiré en Los Ángeles.

—¿Sin decirme nada?

—Pensé en decírtelo a principios de julio, pero no veía el momento y decidí que era mejor esperar a ver cómo nos iba. Y, bueno, las cosas no están yendo demasiado bien como para dar un paso como ese. Dices que vas a cambiar, pero esto ya lo he oído más veces de tus labios, y entonces las cosas empeoran. Ya no puedo más. Dentro de una semana volvemos a Estados Unidos y creo que lo mejor será darnos un descanso.

—No, por favor. Dame una oportunidad más. Lo voy a intentar con todas mis fuerzas. Sabes cuánto te quiero, a pesar de que estas semanas te haya demostrado lo contrario.

—Richard…

—No digas nada. Déjame demostrártelo. Tú lo has dicho, tenemos una semana antes de volver a casa. Y una vez allí, ya pensamos qué hacer.

—De acuerdo —claudicó una vez más.

Me guardé una vez más mis problemas para mí, que por aquel entonces ya eran muchos, pero con ella fui cariñoso y paciente. Volvimos a querernos y a querernos bien. No obstante, no fue más que alargar la agonía.

23

Crónica de una muerte anunciada

Volvíamos a casa a finales de agosto después de la fase de la gira en la que habíamos estado más de un mes fuera de casa de forma ininterrumpida. No había palabras para definir aquello. Debería haber sido un recuerdo imborrable para ambos, pero no por aquellos motivos. A mí me hacía ilusión que viniese con nosotros, pero mi actitud lo convirtió en un completo desastre.

A pesar de todo, seguimos adelante. No se puede negar que le pusimos empeño a aquel desatino. Ni uno ni otro parecía darse cuenta de que, en aquellos términos, no era recomendable mantener una relación sentimental porque podíamos quedar heridos de por vida. Emulando al gran García Márquez, lo nuestro era la crónica de una muerte anunciada.

Yo tenía que seguir viajando y ella finalmente había renovado el contrato con el gabinete, por lo que comenzaba a trabajar poco después de que volviéramos. Con aquel gesto había quedado todo dicho. Nuestra vida en común, si algún día se producía, quedaba postergada para otro momento más oportuno o, cuando menos, más aconsejable.

Hablábamos mucho por teléfono. Yo la echaba de menos muchísimo y ella decía que también me extrañaba. La distancia era dura pero, al mismo tiempo, necesaria para tomar aliento.

A finales de septiembre, tenía unos días libres. Entre semana no podía viajar porque tenía a los niños conmigo, pero el fin de semana lo cuadré para dedicárselo por entero a Laura. Fui yo quien viajó a Los Ángeles. Me presenté por sorpresa en su trabajo con un ramo de rosas. El fin de semana fue increíble. A veces pienso que sólo fue un espejismo, como la mejoría repentina que experimenta un enfermo terminal.

Fue un fin de semana sólo para los dos, sin ver a nadie más, dedicándolo por entero a nosotros. Nos hicimos la ilusión de que nuestra relación había sanado y que podría ser duradera. Pero aquellos dos mágicos días, no representaban con fidelidad la imagen

completa. Nos queríamos, sin duda. Pero no nos queríamos bien. Al menos, en el momento presente con mucho camino recorrido y con la serenidad que me ha ido dando la terapia, puedo decir que yo no supe quererla bien. Yo la amaba de una manera nociva, necesitándola como necesita agua el sediento y eso desequilibra la balanza en cualquier relación. El amor tiene que ser amor, nada más. Desinteresado, generoso, leal.

Después, estuvimos otra vez mes y medio separados debido a la gira por Europa. Estaba desesperado por volver a verla. No paraba de llamarla o mandarla mensajes para saber dónde y con quién había estado. El ciclo se iniciaba otra vez y volvía a caer en los mismos errores. Estaba loco de celos todo el día. Si por algún motivo se olvidaba de llamarme o no me respondía, me ponía de los nervios y le montaba una escena por teléfono. Quise creer que eso era amor, pero no. Era desesperación.

Volvimos a una fase de la gira únicamente por América del Norte. Desplazamientos cortos, algunos casi en el día. Podíamos volver a vernos con cierta asiduidad. Lo necesitaba. Necesitaba volver a poner los pies en la tierra, necesitaba mi ancla. Nos veíamos siempre que era posible y cuadraban nuestros compromisos profesionales. Por aquella época, un estudio de cine nos encargó un par de canciones para la banda sonora de una película. Estábamos muy ilusionados con aquello. Un proyecto diferente. Obviamente, nos supuso trabajo extra y pasamos mucho tiempo encerrados en el estudio, especialmente debido a los plazos tan exiguos que nos habían dado para entregarles el material.

Uno de los contados fines de semana que únicamente teníamos trabajo de estudio, vino Laura a pasar ese par de días. Tenía llaves de mi casa desde hacía muchos meses, así que podría entrar sin esperar a que yo llegara. No obstante, quería que encontrase algo especial y estuve preparando para ella una velada romántica, con una cena especial a la luz de las velas y un ramo de flores. Le dejé una nota para recordarle que, a pesar de todo lo sucedido, llevábamos casi un año juntos. Si no me fallan los cálculos, no llegamos a cumplirlo.

Esa noche fue preciosa e inolvidable. Enamorados como si acabásemos de empezar, sin poder dejar de besarnos y acariciarnos, con un hambre voraz el uno del otro. Aquella última noche engendramos una hija de la que no tuve noticias hasta cuatro años después.

Al día siguiente teníamos que madrugar porque había quedado pronto con los del grupo, pero nos dieron las tantas bajo las sábanas. Cuando nos levantamos, ni siquiera pudimos tomar un café, así que cuando yo entré en el estudio, ella se quedó comprando el desayuno en un bar cercano que solíamos frecuentar los del grupo.

Luke llegó algo más tarde de lo habitual. Había trasnochado con unos amigos que habían ido a visitarle. Cuando vio a Laura, la abrazó efusivamente de una manera que hizo que todo mi ser se pusiera en alerta, así que estuve en tensión y tratando de escuchar su conversación.

Luke comenzó a decirle lo contento que estaba de volverla a ver y renació entre ellos aquella complicidad que tanto me mosqueaba. Entonces él le preguntó por una canción que le había enviado. Debía haber escuchado mal. ¿Por qué Luke le había mandado una canción a mi novia? ¿Desde cuándo estaban en contacto a mis espaldas?

No me resistí más.

Dio comienzo el principio del fin.

Una pequeña chispa suele ser el origen de fuegos devastadores.

Le pregunté a Luke por qué motivos tenía que enviarle canciones a Laura y a él le pareció algo de lo más inocente y normal, sin entender mi mosqueo. Dijo que quería saber su opinión, sin más. Como si fuera lo más normal del mundo mandarle canciones a la novia de los amigos, especialmente si lo haces a espaldas del que es su pareja.

—Espero que no te estés cabreando por esta tontería —me dijo Luke al ver mi gesto endurecido y aquella mirada tan típica en mí que no dejaba lugar a dudas de lo que me pasaba por la cabeza.

—Deja que yo decida que es una tontería y que no. Dime una cosa, ¿le mandas más cosas a mi novia?

—Puff —respondió con un resoplido de hastío—. Déjalo, tío, porque cuando se te va la cabeza te pones insoportable.

Ahí me enteré de que le mandaba mensajes de vez en cuando y de que también la llamaba. Creía que me iba a dar algo. Se repetía la historia otra vez, mi mejor amigo y mi pareja. Se me fue la cabeza por completo.

—¿Mensajes y llamadas? No me puedo creer que me esté pasando lo mismo otra vez.

—No te pongas paranoico porque aquí no está pasando nada.

—¿Qué tipo de mensajes le mandas?

—No tienes por qué saberlo, no eres su dueño.

—Luke, me estás tocando mucho las narices hoy.

—Piensa lo que quieras. No tengo que darte explicaciones.

Entonces le dije a Laura que quería hablar con ella, los dos solos. Necesitaba que me explicara que estaba sucediendo. Luke trató de impedírmelo diciendo que no se me ocurriese montarle un número una vez más, pero ella accedió. Imagino que no quería provocar más rencillas entre él y yo. O, tal vez, estaba ya demasiado harta de todo aquello y sabía que era el momento de dar por terminada aquella locura.

Subimos a la azotea porque me pareció el lugar más privado en el

que hablar sin curiosos alrededor. El mejor lugar para dar rienda suelta a mi ira, para qué negarlo si lo hecho, hecho está. Toda la magia de la noche anterior se había diluido como el humo de un cigarrillo y yo ya sólo veían nubarrones negros otra vez.

Le pregunté por el tipo de mensajes que le enviaba, pero no me lo quería decir. Le quité el bolso y cogí su móvil. Me estaba comportando como un auténtico energúmeno, pero ya no podía pensar. Los mensajes me parecieron fuera de tono, por el tipo de calificativos cariñosos que usaba con ella. La escribía por cualquier motivo, aunque sólo fuera para contarle alguna nimiedad que le hubiera ocurrido un día cualquiera.

—Ahora veo porqué no sabía nada de esto y porqué no querías que viera los mensajes. "*Hola guapa. Cuídate preciosa*". ¿Esto es una puta broma o qué pasa?

Cuando leí aquello, a punto estuve de lanzar el móvil por la azotea. ¿Cómo eran capaces de aquello? Notaba que me faltaba el aire.

—Si no te habíamos dicho ninguno que estábamos en contacto era porque sabíamos que lo malinterpretarías todo. No hay segundas intenciones en esas palabras.

—¿Estás segura? Porque no es la impresión que da. Es evidente que no soy suficiente para ti. Si quieres invitamos esta noche a Luke a casa para que duerma con nosotros. O quizás puedes llamar a Paul también y pasamos una noche inolvidable los cuatro juntos.

—En serio, estás sacando las cosas de quicio.

—Sí, siempre lo hago. La culpa es mía. ¿Me pides que confíe en ti mientras estás mandándote mensajitos con mi amigo a mis espaldas? Me he esforzado mucho por hacer las cosas bien y confiar más en ti. Y has estado jugando conmigo todo este tiempo.

—Yo no he jugado contigo. No hemos hecho nada malo.

Entramos en bucle. Ya no había salida. Ella insistía en que no habían hecho nada malo y yo en que el hecho de ocultármelo era un síntoma de que lo que hacían era reprobable. Cada uno en una acera con una carretera en medio que cada vez nos alejaba más. Y entonces empezó a liberarse por fin y decirme todo lo que pensaba.

—Últimamente te enfadas por todo. Todo acaba en discusión contigo. Cuando has estado fuera, si se me olvidaba de mandarte un mensaje por la noche, al día siguiente entrabas en cólera. Si te decía que había vuelto más tarde de lo habitual, comenzaba un interrogatorio interminable. Eso no es confianza precisamente.

—Me tienes harto, en serio. En cuanto me doy la vuelta, haces alguna. Me estás arruinando la vida. Será mejor que te vayas a casa y hablemos allí más tarde.

—No.

Aquella expresión… Sus ojos parecían desangelados, rendidos. Su

gesto estaba ausente de comprensión. Había una determinación en ella que me asustó.

—¿Cómo dices?

—No puedo más, Richard. Se acabó. Desde la primera vez que te conoció, Paul me dijo que no eras bueno para mí y yo me negué a creerle. Y hemos discutido muchas veces por ello, hasta el punto de casi echar a perder nuestra amistad por ti. Y al final él tenía razón. Estuve casada con el hombre más bueno que he conocido jamás y no era suficiente para mí. En cambio, me enamoré perdidamente del más complicado y del que menos me convenía. Me va a costar olvidarte pero, antes o después, lo conseguiré. No puedo seguir haciéndome daño por un amor imposible.

—¿Me estás dejando?

—Sí, es lo mejor. Pasaré por tu casa a recoger mis cosas y dejaré las llaves en la encimera de la cocina. Despídeme de tus compañeros. Espero que seas muy feliz.

Aquel día fue el último que la vi en mucho tiempo. Mi mundo se vino abajo después de aquello.

24

Tocando fondo

Debería haber corrido tras ella. Debería haber ido a casa a buscarla. Debería haberla pedido que ese mismo día me ayudase a buscar un psicólogo que me ayudase a encontrar el camino de vuelta a una mínima normalidad. Debería, pero me quedé paralizado en aquella azotea. Se había terminado. Laura me había dejado. Creo que por un segundo pensé en tirarme abajo. Pero, por suerte, fue sólo un instante de negrura total.

Volví al estudio en estado zombi, incrédulo por mi enésima cagada. No me podía concentrar. No podía grabar. Olvidaba la letra, el ritmo. Entraba a destiempo. Parecía un auténtico novato. Todos estos errores fueron calentando el ambiente en el estudio y tuvimos una bronca como no la habíamos tenido jamás, especialmente entre Brian y yo que nunca nos habíamos terminado de soportar. Hubo reproches e insultos de un nivel que me niego a reproducir sobre el papel. Nadie me apoyó, supongo que todos se habían hartado de mí. Ni siquiera Luke salió en mi defensa esta vez.

Todo me dio igual. Me importó un bledo el plazo que nos habían puesto desde Hollywood. Sólo me importaba recuperarla. Así que conduje a toda velocidad hacia mi casa con la esperanza de que Laura aún estuviera recogiendo sus cosas y llegase a tiempo para convencerla de que esta vez sí podría cambiar. Cuando llegué, entré en casa gritando su nombre. Cuando llegué a la cocina y vi sus llaves sobre la encimera, me derrumbé. No sé cuánto tiempo pasé llorando, sentado acurrucado con la espalda pegada a la pared. Había destrozado todo lo que me importaba. Salvo mis hijos, ya no me quedaba nada ni nadie.

En un arrebato, subí al dormitorio y metí cuatro cosas en una maleta. Subí al coche. No paré ni a comer ni a echar gasolina. Conduje más de cinco horas del tirón como un kamikaze. Cuando llegué a casa de mis padres, el coche estaba en la reserva. Podía haberme dejado tirado perfectamente, pero eso tampoco me importaba.

Llamé al timbre y cuando vi a mi padre en la puerta, me lancé a sus

brazos sollozando desesperado. Le necesitaba más de lo que le había necesitado nunca. Necesitaba que me recompusiera, necesitaba sentir que le importaba.

Me abrazó con todas sus fuerzas sin articular palabra, me apretó contra su pecho y me sostuvo mientras me acariciaba la cabeza. Tuvo que verme en un estado realmente lamentable, porque sentí que temblaba mientras lo hacía. Él que era como una roca en mitad del temporal. Al poco rato, mi madre apareció en la entrada alertada por mis sollozos.

Empecé a decirles que sentía ser una decepción para ellos, que no valía para nada y que era un fraude y un fracasado. Había destrozado todo lo que me importaba. Tenían miles de motivos para sentirse avergonzados de mí.

—No puedo más. No sabía dónde ir. Me preguntaba si podría quedarme aquí unos días —les pedí cuando retomé mínimamente el aliento.

—¡Claro que sí, hijo! Ésta es tu casa.

Mi madre me miraba con lágrimas en los ojos y su mano derecha sobre el pecho.

Una vez más, la estaba haciendo sufrir.

Una vez más, era una carga para ellos.

Les expliqué que Laura me había dejado y mis compañeros me habían echado del grupo. Sólo necesitaba sentir que alguien me quería y les prometí que haría lo que fuera necesario para que ellos volvieran a quererme y a estar orgullosos de mí.

—Richard, podemos haber pasado malos momentos, pero nunca hemos dejado de quererte.

Eso fue lo que me dijo mi padre y nunca sabrá lo importante que era para mí oírle decir aquello. Después, me instalé en la que había sido mi habitación hasta el momento de irme a la Universidad. Se me hizo raro regresar allí en un momento como aquel, tantos años después de haber levantado el vuelo pensando que ya no necesitaría volver. Era como retroceder en el tiempo para coger impulso y así poder seguir adelante. Volver al principio para continuar.

Estuve unos diez días allí. No sé cuántas veces llamé a Laura y la escribí. Nunca me contestó. Jamás. Ni una sola palabra. Aquello me estaba matando poco a poco. Miraba el móvil y ni siquiera se había molestado en leer mis whatsapps. El doble click seguía en gris. No podía comer apenas mientras la tristeza me devoraba por dentro. Sentía la negrura corroerme las entrañas. Era una sensación casi física. Sólo bebía café y comía como mucho alguna pieza de fruta. No me entraba. Intentaba dar bocado, pero mi estómago se negaba, estaba absolutamente cerrado. Cada día sin noticias de ella, se me hacía más difícil levantarme de la cama.

Mis padres trataban de darme ocupaciones de lo más variopintas para tratar de sacarme del estupor en el que estaba. Sé que, tanto ellos como mi hermano, estuvieron muy preocupados por mí. Stephen pasaba más tiempo allí que en su propia casa, sólo para estar conmigo y tratar de hacerme reaccionar. Hablábamos durante horas y trataba de darme un consuelo que yo no era capaz de alcanzar.

Unos días después de llegar, me sorprendió mucho una llamada. De todos los del grupo, el único que me telefoneó para saber algo de mí fue Peter. Se disculpó por lo sucedido el último día y me dijo que, cuando decidiese volver, me apoyaría incondicionalmente. Nunca había tenido una relación muy estrecha con él. Debo reconocer que me insufló ánimo que se preocupara por mí. Había dejado de ser invisible. Después de su llamada, de hecho, fue cuando le pedí a mi padre que me ayudara a buscar un psicólogo para volver a centrarme y controlar mis ataques de celos y de ira. Tenía que poner fin a aquello.

Susan llamaba numerosas veces para preguntar cuándo iba a ir a recoger a los niños. No me sentía con fuerzas para hablar con ella y que, encima, me recriminase algo, lo que fuese, aunque tuviera toda la razón, porque en esas circunstancias seguramente la tenía. Mi madre era la que atendía el teléfono y le pedía paciencia y unos días más sin darle más información.

Empecé a ver a un reputado psicólogo de Phoenix con el que mi padre, a través de algunos contactos, había conseguido una consulta exprés. Tenía que volver a Las Vegas sin demorarlo demasiado, no siendo que al final a Susan le diera por quitarme la custodia compartida de los niños y modificar el régimen de visitas, así que me dio algunas pautas y me puso en contacto con un psicólogo de allí para que comenzara la terapia nada más llegar.

Mi padre cogió una semana de vacaciones y él y mi madre volvieron conmigo a Las Vegas. No querían dejarme solo y no les culpo después de lo que habían visto. Pusieron como excusa que querían ver a Lucie y a David, pero era indudable que estaban muy preocupados por mí y no se fiaban de dejarme solo. Tal vez temieron que pudiera hacer una locura. No me extraña.

El día que llegamos a Las Vegas, mis padres fueron a recoger a mis hijos. Yo aún no me sentía capaz de enfrentarme a mi ex mujer. No podía aguantar sus embistes continuos. No hasta que recuperara algo de fuerzas. Susan se enfadó y empezó a decirles que era un irresponsable y que no me preocupaba por los niños. Mientras tanto, quedé con Peter para hablar en persona, tal y como le prometí el día que hablamos por teléfono.

No se acababa de creer que le devolviese la llamada, pero ahí estábamos los dos, posiblemente la primera vez en años que

tomábamos un café los dos solos. Le agradecí que se hubiera preocupado por mí y se disculpó por como fueron las cosas el último día en el estudio y por no haber sido capaz de decir una palabra en mi favor. Yo hice lo propio y también le pedí disculpas, pues sin dudas fui responsable de gran parte de lo que aconteció allí.

Las cosas se salieron de madre, esa era la pura verdad. Nos dijimos cosas terribles que posiblemente no sentíamos realmente. Estábamos todos de los nervios, o eso es lo que quise pensar.

Empezó a decirme que seguían atascados con las canciones, en el mismo punto exactamente que cuando yo me fui. El plazo de entrega que nos habían dado desde Hollywood había expirado y nos exponíamos a una demanda por incumplimiento de contrato. A mí, en aquel preciso instante, la verdad es que aquello me daba igual. Habían mandado unas grabaciones con la voz de Daniel para salir del paso e, inesperadamente, había salido bien la jugada porque les gustaron muchos los temas y nos habían ampliado el plazo y pensaban pagarnos más. Lo habían entendido como una medida de presión y había surtido efecto, algo de locos. Pero también iba unido a un ultimátum: las dos canciones interpretadas por el cantante habitual o nos demandaban sin temblarles el pulso.

Entonces le dije que había tomado una decisión. Estaba valorando incluso volver a Phoenix, aunque con mis hijos viviendo en Las Vegas podía ser complicado. En cualquier caso, iba a dejar atrás todo aquello. Había sido demasiada presión en los últimos años y no me encontraba bien. Necesitaba distanciarme y poner tierra de por medio, como se suele decir. Tenía que empezar de cero en todos los aspectos de mi vida. Me desvincularía de Immanent y no tendrían que preocuparse, porque estaba dispuesto a firmar mi renuncia voluntaria para que a efectos legales no les afectara en absoluto. Estaba valorando componer canciones y venderlas a otros artistas. Tal vez buscarme otro tipo de trabajo para complementar los ingresos que pudiera necesitar si con eso no cubría lo imprescindible. Sólo quería ser feliz. Lo demás me daba igual.

Peter empezó a decir que me necesitaban, que en los días que había estado fuera había sido un desastre porque cada uno iba a lo suyo. Me rogó que fuera al día siguiente por la mañana al estudio, ya que iban a tener una reunión para tomar decisiones acerca del futuro del grupo.

—Mira, Rick, sé que nunca hemos tenido una relación muy estrecha. Erais tú y Luke, Dan y yo, y luego está Brian en medio de la nada. Podemos cambiar eso lo primero, reestructurar la forma de relacionarnos. Cuando empezamos, todos éramos amigos y eso lo hemos perdido poco a poco. Yo echo de menos los viejos tiempos. Puede que no me creas, pero siempre te he admirado. La capacidad que tienes para componer, tu habilidad para tocar tantos instrumentos

diferentes, cómo te comportas en el escenario… Parece que eres el único al que no le impone salir ahí fuera y plantarse delante de miles de personas. Pero también es verdad que me agotabas cuando querías que repitiéramos o revisáramos una y otra vez la misma canción porque, según tu criterio, no sonaba del todo bien. En esos momentos, me daban ganas de matarte, te lo juro, tío. Pero luego me he dado cuenta de que, gracias a esa cabezonería tuya tan característica y a ese afán de sacar lo mejor de cada uno para rozar la perfección, hemos hecho grandes cosas. Y lamento enormemente no habértelo dicho antes. Supongo que te veía siempre tan seguro de ti mismo que nunca creí que necesitaras saberlo.

—Te agradezco mucho tus palabras, Peter. De verdad.

—Ven mañana, ¿vale? No temas nada porque, como ya te dije en su día por teléfono, te voy a apoyar al cien por cien. Si tú te vas, yo también lo dejo.

—Lo pensaré, aunque no puedo prometerte nada.



Aquella tarde, tuve la primera cita con mi psicólogo, a la que me acompañó mi padre. Casi no pude parar de llorar en toda la sesión. Estaba absolutamente roto por dentro. Era como intentar llenar de agua un vaso resquebrajado. Me dijo que tenía síntomas que encajaban con el cuadro de una depresión mayor y que posiblemente llevaba años deprimido por temas del pasado sin cerrar y por lo vivido en los últimos dos años. Me dijo que antes de empezar a trabajar conmigo, necesitaba que un psiquiatra me prescribiera medicación. Pero yo no quería medicarme. No quería imaginarme lo que sucedería si la prensa se enteraba de que estaba tomando antidepresivos, por mucho que me apartase voluntariamente de los escenarios. Tras mucho insistirle, acordamos una terapia intensiva con dos sesiones presenciales a la semana y un programa de meditación diario.

Respecto a la reunión con el grupo, lo hablé con mis padres y decidimos que debía afrontar aquello cuanto antes y mejor en aquel momento que ellos estaban conmigo. Si algo iba mal, ellos estaban ahí para apoyarme. No pensaban dejarme caer. Al menos, no caer más bajo de lo que ya había caído.

Cuando llegué al estudio la sensación fue rara. Luke no sabía como actuar conmigo y apenas me miraba a la cara. Primera en la frente y dolía como si estuviera en carne viva. Tenía sus motivos, lo comprendo. Peter se alegró mucho de que acudiera y Daniel no paraba de disculparse por lo sucedido. Tal vez Peter le había convencido de que me echara un cable. Brian, por el contrario, mostró abiertamente

que no quería verme allí. Peter se adelantó diciendo que él me había pedido que fuera porque, si había que tomar decisiones, debíamos estar los cinco. Luke se mostró de acuerdo. Entonces, empecé a disculparme, pero Brian no me dejó continuar. Dijo que alucinaba con que fuera en plan víctima y que no lo iba a tolerar. Entonces, Peter salió en mi defensa como nunca hubiera imaginado. Solía ser reservado, siempre le parecía bien lo que proponíamos y no se oponía abiertamente a ninguno de nosotros. Pero a Brian le plantó cara de manera decidida.

—¿Desde cuándo eres tan valiente y su abogado defensor? Ya es mayorcito para defenderse solo, digo yo.

—Mira Brian, lo quieras reconocer o no, somos un desastre sin él. Me arrepiento de no haber dicho nada cuando empezasteis el linchamiento contra Rick. Fui un cobarde incapaz de decir lo que pensaba, esa es la verdad.

—Creo que tiene razón, Brian –apuntó, Luke—. Ninguno actuamos correctamente aquel día. Y es verdad, no hemos avanzado desde entonces. Además, siempre fuimos los cinco y no deberíamos cambiar nuestra esencia. Si tenemos problemas, hay que hablar y solucionarlo como adultos. Y si crees que podemos prescindir de Rick, bien, pues te recuerdo que los de Hollywood no lo ven así y sólo quieren las canciones si las canta él.

Agradecí a Luke con la mirada su apoyo. Daniel también dijo que estaba de acuerdo, así que le propuse a Brian que habláramos él y yo a solas, puesto que éramos el motivo de discordia en aquel momento. Él se mostró reacio y dijo claramente que no tenía ni la menor intención de hablar conmigo en plan colegas, pero finalmente accedió y nos fuimos al bar que solíamos frecuentar los del grupo para hablar.

Apenas cinco minutos de camino hasta el bar y se hicieron interminables por la tensión que se respiraba entre los dos. De esos cinco minutos, creo que durante cuatro me arrepentí de habérselo propuesto. Era como lanzarse al foso de los leones, pero lo hecho, hecho estaba. No estaba en mi mejor momento como para enfrentarme a él. Era una presa fácil para cualquiera en aquel instante y Brian era el rey de la selva ese día.

Cuando entramos en el bar, el dueño me saludó efusivamente, pues nos conocíamos de todos aquellos años y le extrañaba no haberme visto ningún día últimamente. Casi me quedo clavado en el taburete cuando me preguntó por Laura y me pidió que la saludara de su parte.

—Eres un tío afortunado porque es un encanto. El último día que se pasó por aquí, no sé cómo ni por qué, pero acabé contándole mis problemas y me ayudó un montón. Dile que cuando venga a mi bar puede pedir lo que quiera porque invita la casa.

Pensé que, si lograba no romper a llorar en aquel momento a pesar

de las ganas que tenía, podría hablar con Brian y salir airoso del paso.

Buscamos una mesa apartada para tener más privacidad, aunque a esa hora no había demasiada gente. Supongo que eso ya era un hábito para todos, buscar rincones apartados para no llamar la atención y mantener cierto anonimato. Miraba a Brian intentando buscar las palabras adecuadas para quebrar ese muro de acero que había levantado, pero me resultaba complicado. Su lenguaje corporal no dejaba lugar a la imaginación. Me detestaba.

Empecé fatal y casi consigo que se terminase la conversación antes de empezar. Le dije que, aunque nunca nos habíamos llevado realmente bien, nunca había sido tan evidente como en aquella época. Y quise saber por qué.

—No sé, "don perfecto", dime tú que todo lo sabes cuál crees que es el problema.

—Brian, no necesitas ser sarcástico. Aunque te cueste creerlo, quiero sinceramente arreglar las cosas.

—¿Sí? Pues no sé cómo porque tú eres el puto problema. Eres insoportable. Crees que eres el más guapo, el más listo, el que más sabe de música, el que conoce cómo tratar con los medios, el que decide con qué productores tenemos que hablar, el que dice como deben hacerse las cosas… Me saturas con tu perfecta, cómoda y maravillosa existencia. Pues que te quede claro que somos cinco y todos tenemos mucho que decir. Y no todo se puede hacer a la perfección como tu pretendes. Aunque no te lo creas, no eres imprescindible.

Me tenía ganas, de eso no había duda. Empecé a replicarle y a decirle que no me parecía normal que vetara todo lo que yo proponía. Normalmente, llevaba muchas maquetas al estudio y todas le parecían mal, mientras que él como mucho aportaba un par de ellas o tres. El nivel de compromiso en cuanto a ese aspecto del trabajo desde luego no era ni mucho menos similar. Y, aún así, se quejaba.

Y ahí empezó una discusión infructuosa en la que nos recriminábamos quién hacía qué y quién dejaba de hacerlo.

Era absurdo dejar que la conversación fuera por aquellos derroteros. Teníamos conversaciones paralelas, así de sencillo. No nos llevaban a ningún punto de encuentro, sólo a una confrontación tras otra.

Las cosas iban muy mal. Era yo quien le había pedido hablar y era yo el que debía parar aquel despropósito. Tenía que cambiar el rumbo, reanudar la conversación desde otro enfoque más personal, buscar su complicidad. Y no sé por qué, yo que siempre escondía mis sentimientos, empecé a abrirle mi corazón al tío al que menos le importaba de todos. Cogí aire porque sabía que aquello iba a doler.

—Voy a contarte algo que no sabe ninguno más. No pienses que

pretendo darte pena o que intento ser tu amigo. Tranquilo, no es eso. Aquel día que todo se fue a la mierda, acababa de dejarme Laura, así que te aseguro que me resultaba muy difícil concentrarme. Y siento mucho todo lo que eso originó, aunque seguramente no fue más que la gota que colmó el vaso. No estoy bien y creo que no lo he estado desde que descubrí a mi mujer en la cama con otro. Es resumen, ni soy “don perfecto” como tú crees, ni mi vida es perfecta, ni cómoda, ni mucho menos maravillosa. Hasta hace poco más de diez días, apenas me hablaba con mi padre porque desde que era niño he sentido que soy una decepción para él. Pero la música es lo único que me ha mantenido a salvo la mayor parte de mi vida. Hace que los problemas, las decepciones y los fracasos de mi vida personal se alivien en alguna medida.

La expresión de Brian cambió de tal forma que incluso me pareció una persona diferente. Me escuchaba con plena atención. Aquello me animó a continuar. Le conté que había empezado a ver un psicólogo porque estaba atravesando un episodio de depresión y que me pasaba el puñetero día entero con ganas de llorar.

—¡Joder! Lo siento. La verdad es que se te ve hecho polvo. Te has quedado en los huesos, además, por si no te habías dado cuenta.

—Sí, no tengo muchas ganas de comer. Imagínate lo que es eso teniendo a un padre médico que no para de decirte lo importante que es alimentarse bien.

—Bueno, yo hasta me alegro. Estoy hasta los huevos de trabajar con un tío tan guapo. Así es imposible que las tías nos miren a los demás —dijo Brian en tono de broma para intentar suavizar el ambiente.

—Muy gracioso.

Respiré un segundo y seguí adelante. Le conté la terapia que iba a seguir y lo hundido que estaba al pensar como había echado a Laura de mi lado, así como lo avergonzado que me sentía por el modo en el que la había tratado. Jamás volvería a mí y eso era difícil de asumir. Le confesé que el día que me dejó iba a pedirle que se casara conmigo. Por eso había preparado aquella velada romántica la noche anterior, pero el anillo con el grabado que había encargado no llegó a tiempo. Tal vez fue una señal.

Entonces fue él quien hizo algo inesperado y empezó a hablarme de sus problemas con el alcohol. Dos tíos que no se habían entendido jamás desnudando su alma y mostrando sus vergüenzas. Fue una catarsis total para ambos.

—Tal vez tú puedas ayudarme con esto.

—¿Yo? —No me podía creer que confiara en mí para aquello. Era un paso de gigante —. Pues claro, cuenta conmigo.

—Quiero buscar algún grupo de terapia o algo y, no sé, quizás puedas acompañarme a alguna sesión porque creo que no puedo

hacerlo solo. Soy demasiado cobarde y, tú con lo pesado que eres, seguro que no me vas a dejar escaquearme de ni una sola.

—Si es lo que quieres, ahí estaré. Y te aseguro que no te vas a saltar ni una. Eso seguro.

—Pero no me levantes a ninguna piba con esos puñeteros ojos amarillos raros que tienes que las vuelven locas. Sólo me faltaba eso ahora que estás otra vez en el mercado

—Lo primero, no tengo ojos raros y tampoco son amarillos. Si vieras los de mi hermano entonces sí fliparías con el color. Lo segundo, te aseguro que no estoy en el mercado porque voy a intentar recuperar a Laura. No me apetece estar con nadie más.

La verdad es que el dolor hace extrañas alianzas. Ambos teníamos personalidades fuertes y, tal vez, por eso habíamos ido chocando más con el paso de los años. Sin embargo, tenía razón en una cosa. Cuando nos conocimos en la Universidad, al principio, sólo estábamos Luke, Brian y yo y nos llevábamos muy bien.

—Aunque debo reconocer que me parecías un pijo estirado con tu ropa de marca y tu pelo siempre perfectamente peinado. Pero eras un imán para las tías, así que me venía bien ser tu amigo.

—Vale, muchas gracias. Y yo pensaba que éramos colegas.

—Supongo que, en el fondo, me caías bien. Pero me daba mucha rabia que estuvieras todo el día pedo y de fiesta como nosotros y luego aprobaras todo con notazas, mientras que Luke y yo aprobábamos por los pelos, si es que lo hacíamos. Encima, al final no nos comíamos una rosca porque las tías nos utilizaban para acercarse a ti, pero pasaban de nosotros mogollón. ¿Cómo quieres caerme bien así?

—Yo no lo recuerdo así. Además, empecé relativamente pronto a salir con Susan y me volví mucho más responsable. Se acabaron las noches locas para mí.

Y era verdad. Desde que empezamos a salir juntos, no había estado con nadie más. Le fui fiel siempre, a pesar de la mala fama que tenía y que probablemente me merecía. Y con Laura fue exactamente igual. Nunca jamás me planteé engañarla. Sin embargo, después de lo sucedido con mi mujer, no estaba convencido de que ella tuviera el mismo grado de compromiso que yo.

Empezamos a recordar viejos tiempos. Todo iba genial mientras tocábamos en garitos pequeños y hacíamos algún bolo de vez en cuando. Cuando se incorporaron Peter y Daniel, los dos miembros más jóvenes del grupo, seguía siendo igual. Disfrutábamos de cada instante. Pero, casi de la noche a la mañana, nos llegó la fama y todo se volvió más formal. Empezamos a sentir la presión y tal vez nos costó digerir todo aquello. Yo me volví obsesivo con el trabajo y perfeccionista en extremo. Y gota a gota, el vaso se fue llenando.

Aquella conversación supuso un antes y un después en muchas

cosas en el grupo. Por supuesto, para nuestra relación fue un punto de inflexión necesario. Volvimos al estudio y decidimos retomar el trabajo cuanto antes. Además, llamamos a nuestro agente para que tratara de solucionar los conciertos que se habían cancelado o aplazado en mi ausencia.

No obstante, mientras que mi relación con Brian se hacía más fuerte cada día, con Luke me encontraba en un punto muerto. Nos costó mucho volver a una relativa normalidad. Supongo que ambos esperábamos que el otro se disculpara por lo sucedido, pero éramos demasiado orgullosos para hacerlo.



Volví al trabajo con muchas ganas. La terapia me estaba viniendo muy bien, aunque los avances eran muy lentos y seguía imbuido por un halo de tristeza que parecía negarse a abandonarme. El psicólogo me decía que era normal y que, sin duda, con los antidepresivos todo iría más rápido. De hecho, me alertó de que era posible que en algún momento tuviera que tomarlos si quería salir de aquello, puesto que la mayor parte de las depresiones los requieren porque, sin ese tratamiento coadyuvante, la terapia no da los frutos esperados.

Pero yo me lo tomaba muy en serio. Todas las mañanas me levantaba pronto a meditar siguiendo el programa que me había marcado. Empecé a practicar yoga también como complemento y me iba sintiendo mejor cada día. Empezaba a entender lo que significaba el concepto de aceptación tan habitual en estas disciplinas orientales.

Sin embargo, mi predisposición en los actos públicos que no fueran los conciertos, tales como entrevistas o asistencia a programas de televisión o cosas similares, no era buena. No me apetecía participar en aquel circo. Creo que había llegado a un punto de no retorno. Había llevado las riendas de esa parte durante demasiados años y ahora necesitaba que otro tomase el relevo. Estaba exhausto.

Al acabar una entrevista en un programa de la tele, hablé con mis compañeros y se lo expuse cuando Luke me preguntó qué había pasado. Había estado poco participativo y no quería que se llevasen una mala impresión o pensasen que pasaba de todo. No era eso. Además, la actuación posterior a la entrevista había salido fenomenal y me había esforzado al máximo. Simplemente, no me sentía capaz de estar respondiendo preguntas y, mucho menos, arriesgarme a que me preguntaran en algún sentido por mi vida privada.

Les comenté que estaba atravesando un mal momento, tal y como Brian ya sabía, y que cedía el testigo al resto del grupo para asistir a los eventos, programas, sesiones de fotos, entrevistas o lo que fuera. No me había perdido ni un solo acto hasta la fecha y ya era el

momento de darle paso a otro. Cuando tuviéramos que ir los cinco porque lo estipulase el contrato, no pondría ningún reparo. Pero no iba a ir yo sólo o únicamente con uno más en representación del resto. Eso se había acabado.

Luke dijo que no entendía mi postura, puesto que todo aquello formaba parte del trabajo también. Brian salió en mi defensa.

—Creo que es justo lo que pide porque ya hemos escurrido bastante el bulto. Hablo por mí, al menos. Ahora nos toca a los demás, aunque a ninguno nos encante hacerlo.

En los meses siguientes, a nivel profesional, el número de compromisos no paraba de crecer. En los conciertos y actuaciones me sentía genial, con muchísima confianza. No acudir al resto de compromisos, me dejaba mucho tiempo libre y me quitaba mucho estrés de encima. Fue un momento absolutamente prolífico. Compuse muchas canciones en aquella época. Recuerdo que en alguna ocasión Laura me había dicho que las letras de mis canciones parecían desconectadas de mí mismo y que podía usarlas para liberar mis emociones. Y fue lo que hice. En el momento personal en el que me encontraba, escribir me ayudó a soltar lastre y reencontrar cierto equilibrio.

Curiosamente, mi relación con Brian parecía ir a más cada día. No imaginaba que pudiésemos entendernos tan bien y tener tantas cosas en común. Aún así, seguía echando de menos a Luke. No acabábamos de encontrar la forma de recuperar lo que habíamos perdido y eso me dolía.

En otro orden de cosas, la crisis que sufrí cuando Laura me abandonó fue un punto de inicio en la relación con mis padres. Vinieron a verme actuar en distintas ocasiones. Mi padre había llegado incluso a poner alguna foto de mi grupo en su clínica y me demostraba siempre que podía lo orgulloso que estaba de mí. Hacía muchos años que no me sentía tan cerca de ellos.

Un día Lucie me preguntó por Laura. No entendía por qué hacía tanto tiempo que no la veían y me pidió que la llamara por teléfono porque quería hablar con ella. Esto sucedió bastante al principio y fue un momento muy difícil para mí explicarle que creía que Laura no iba a volver jamás. Fue difícil decirlo en alto y asumir que, muy probablemente, esa sería la única realidad.

—¿Pero por qué? ¿Ya no te quiere, papá?

No sé como no rompí a llorar en ese preciso instante. Mi hija estaba muy triste, primero porque la echaba de menos, puesto que habían llegado a entenderse muy bien. Por otra parte, ni siquiera había tenido la oportunidad de despedirse de ella, así que eso hacía la situación más difícil de comprender para ella. En segundo lugar, estaba triste porque no entendía porque había dejado de quererme.

—No, cariño, claro que me quiere es que… —intenté explicárselo, pero no supe qué decir.

Supongo que mi expresión tuvo que ser desoladora, porque Lucie cogió mi cara entre sus pequeñas manos y trató de consolarme como hacía yo con ella.

—Tranquilo, papá, yo no te voy a dejar de querer nunca.

La relación con Susan poco a poco parecía ir a mejor. Tal vez el único cambio es que yo estaba más tranquilo y más receptivo, no lo sé. Lo que me sorprendió es que ella tratase de que volviéramos a estar juntos. Para mí aquello era un capítulo cerrado.

Cuando mis padres se enteraron, me animaron a que volviéramos. Ellos alegaban que nos habíamos querido mucho en el pasado y que para los niños sería bueno que fuéramos una familia otra vez. No comprendían que yo ya no podría volver a sentir por ella lo mismo que en el pasado. Seguía enamorado de Laura y dudaba que fuera capaz de volver a querer a otra mujer como a ella. No me apetecía estar con nadie más. Puede que nuestra relación hubiera terminado siendo un desastre por mi culpa, pero tenía claro que era a la única persona que quería a mi lado.

Mi psicólogo me recomendó que no volviera con Susan. Decía que sería algo insalubre y no se equivocó. Fue el único que me lo dijo y debí hacerle caso. En realidad, yo lo tenía absolutamente claro. No había vuelta atrás.

Sin embargo, hubo algo que lo cambió todo, algo que desencadenó una toma de decisiones erróneas, todas ellas abocadas al fracaso.

A finales del mes de marzo, los estudios Universal habían organizado una fiesta. Tuve que ir porque era uno de los compromisos a los que teníamos que acudir todos los miembros del grupo, debido al reciente trabajo que habíamos hecho con ellos con aquellas canciones para una película. Traté de escaquearme, no lo voy a negar, pero no podía hacerlo. Estaba en el contrato y había prometido a mis compañeros que en esos casos no pondrían ningún inconveniente.

Era una buena oportunidad para el grupo. Era cierto que no nos hacía falta porque estábamos en un punto extraordinario de nuestra carrera. Pero nunca hay que cerrar puertas que no sabes cuándo puedes necesitar abrir.

Había varios productores musicales que, debido a lo poco que me prodigaba últimamente en actos similares, aprovecharon para hablar conmigo para proponerme ciertos proyectos que debo reconocer que eran muy interesantes.

Entonces vi a Paul. Mi corazón empezó a latir tan fuerte que me sentí enloquecer. Respiré hondo y traté de recordar lo trabajado en los últimos meses, especialmente en las sesiones de meditación. Noté que trataba de esquivarme. Pero fui directo a por él. Era mi única

conexión con Laura, mi única posibilidad de saber algo de ella.

—Hola Paul, ¿puedo hablar contigo un momento?

Casi no quería ni mirarme. Seguramente ya imaginaba de lo que quería hablar, no había que ser demasiado listo. Paul estaba hablando con uno de los peces gordos de la industria e, inesperadamente, aquel hombre mostró mucho interés en hablar conmigo. Yo no le quitaba ojo a Paul mientras él hablaba. No quería que aprovechase la distracción para irse. En cualquier otro momento, le habría atendido encantado y escuchado con mucha atención porque eso podría ser un impulso más para el grupo. Pero yo tenía mi prioridad y, tal vez fui un tanto brusco, pero tenía que zanjar aquella conversación cuanto antes.

—Ya. Bueno, lo siento. Puede hablar con nuestro agente y lo aclara con él.

—Pensaba hablar contigo directamente porque he pensado en algo para el grupo y en algo específicamente para ti.

—Muy bien, en otro momento, si no le importa. Ahora, si nos disculpan, necesito hablar con Paul a solas.

Nos miramos fijamente y por un instante pensé que no se iba a mover ni un centímetro. Finalmente, echó a andar y nos fuimos a un rincón un tanto apartado. Como ya era habitual en mí en los últimos tiempos cuando una situación me ponía en cierta medida nervioso, mi comienzo fue un desastre.

—Sé que no te caigo bien…

—Bueno, el sentimiento es mutuo, ¿no?

—Supongo.

—Vale, ahora puedes continuar.

Paul estaba en plan capullo. Creo que estaba sumamente cabreado conmigo y quería darme una lección. No le culpo, la verdad.

—Tienes que hacerme un favor

—¿Qué tengo qué? —me preguntó de manera hostil.

—Por favor.

—Eso está mejor.

—No necesitas humillarme, Paul. Por si no lo sabes, ya estoy bastante jodido.

—De acuerdo. Lo siento. Continúa.

Ahí su mirada cambió. No era un mal tío y debo reconocerlo, por muchos celos que hubiera sentido siempre de él. Era demasiado perfecto y yo estaba lleno de fallos y siempre que me comparaba con él, me parecía que salía perdiendo porque nunca sería tan bueno como él. La realidad era que nunca debí haber intentado competir con él porque jugábamos en distintas ligas: él era actor, yo músico. Él era su amigo, yo su pareja.

Comencé a decirle que no había logrado contactar con Laura por ningún medio desde el día que me dejó. Le reconocí que las cosas

habían terminado muy mal entre nosotros y traté de hacerle entender que no quería que todo terminase así, de una forma tan fea. Entonces le dije que estaba yendo a terapia y que estaba trabajando mucho para superar mis problemas, hasta el punto de que nunca perdía una cita con mi psicólogo puesto que, aunque me encontrase en la otra punta del mundo, teníamos la sesión por videollamada, aunque eso me supusiera perder horas de sueño para acomodarme a su horario.

—¿Qué me quieres decir con todo esto?

—Que estoy mucho mejor. He trabajado duro los últimos meses para que sea así y quiero que ella lo vea por sí misma. Me gustaría poder contárselo todo.

—¿Y para qué me dices todo esto a mí?

—Para que intercedas por mí. A ti te escucha.

—Déjalo, Richard. De verdad. Tienes que olvidarla.

Creo que en aquel momento algo en la mirada de Paul cambió. Se había mostrado reticente e incluso borde, pero ya no lo hacía. Tuve la sensación de que sentía cierta compasión, a pesar de todo lo sucedido en el pasado.

—No puedo.

—Pues deberías hacerlo porque ella ha seguido con su vida y ya no se acuerda de ti.

—Eso no me lo creo.

¿Cómo iba a haber seguido como si nada? Estaba seguro de que los dos sentíamos lo mismo. El día que me abandonó dijo que sabía que le iba a resultar muy difícil olvidarme y ahora Paul insinuaba que ya me había dejado atrás. Debía haberle entendido mal.

—¿Qué quieres decir con que ha seguido con su vida?

—Estoy seguro de que entiendes a qué me refiero.

El tiempo se detuvo. Sentí que estaba en otra dimensión. Estaba luchando tanto, me estaba esforzando y dando el máximo de mí y era tarde. Estaba con otro, eso es lo que acababa de insinuar. Nunca la iba a recuperar. Sentí tal peso sobre mi cabeza que me costaba incluso pestañear.

Era tan injusto. Lo destrocé todo, soy consciente. La traté muy mal en ocasiones y sé que no hay justificación alguna para aquello. Pero la maldita mala suerte hizo que me conociera en el peor momento de mi vida, cuando ni siquiera había llegado a tocar fondo. Y estaba enfermo.

Paul obviamente se dio cuenta de mi estado de ánimo, de como me habían caído sus palabras como una losa que aplastaba toda esperanza. Se mostró amable y creo que trató de ofrecerme cierto consuelo cuando puso su mano sobre mi hombro.

—Olvídala. Tienes que pasar página.

Después de aquello, pasé una mala época otra vez. Un bache con

todas las letras. Se lo merecía. Se merecía ser feliz. Quererla bien también significaba precisamente eso, desearle la felicidad, aunque fuera con otro y muy lejos de mí. Pero no podía asumir eso tan pronto. Había rehecho su vida en unos pocos meses y yo aún seguía tratando de sacar la cabeza para no hundirme.

Pasé una fase de purgatorio otra vez, metido en mí mismo, lamiéndome las heridas y autocompadeciéndome. Pero tenía que seguir adelante, fuera como fuera.

Tomé una decisión estúpida. Posiblemente mi mente estaba nublada otra vez. Tal vez yo no había nacido para ser feliz, quizás no me lo mereciera. Debía conformarme con lo que me había tocado y, tal y como aprendí meditando, aceptarlo y ser agradecido.

Así que decidí que no debía decepcionar otra vez a mis padres. Ya lo había hecho en el pasado y no quería perder lo que poco a poco habíamos ido reconquistando. Ellos querían verme feliz, querían lo mejor para mí. Si veían tan claro que lo mejor que podía hacer era recuperar a mi familia, ¿quién era yo para llevarles la contraria? Ya me había equivocado demasiadas veces.

Fue un regreso raro. Susan ya no era sinónimo de hogar para mí, sino un lugar extraño que yo no había elegido esta vez. Pero tocaba hacer lo correcto y era la madre de mis hijos. Ella quería que lo intentásemos de nuevo, decía que nunca me había dejado de querer y que lo sucedido sólo fue una llamada de atención para que estuviera más pendiente de ella. Desde luego, si era verdad, no pudo elegir una forma más cruel.

No quería provocar demasiados estragos ni molestias así que, aunque la casa de Summerlin era más grande y más cómoda, pensé que lo mejor era que fuera yo quien me trasladase a la vivienda que había adquirido Susan en Henderson después de que nos divorciáramos. Los niños estaban yendo al colegio allí y había que mantener su entorno lo más estable posible.

Creo que, en realidad y en cierto modo, también quería preservar la inviolabilidad del lugar que había compartido con Laura. En la casa de Summerlin, había vivido muchos momentos inolvidables con ella, habíamos hecho el amor infinidad de veces, nos habíamos amado en cada rincón, y no quería que Susan borrara todas aquellas imágenes de alguna manera. Así que cerré la casa y la utilicé únicamente como mi lugar para componer canciones.

Cada vez que volvía, me inundaba la melancolía. Hasta que me trasladé a casa de Susan, no me había sucedido algo así. Tal vez porque había seguido viviendo allí de continuo y la seguía sintiendo junto a mí, en una medida absurda y pueril.

Sin embargo, por aquel entonces Summerlin era como un templo. Me venían flashbacks continuamente. Creo que no me beneficiaba

volver allí porque, cada vez que lo hacía, me hundía un poco más y tenía que volver a nadar hacia arriba para tomar aire. Pero con Susan vivía una relación anestesiada y necesitaba mis momentos de soledad, alejado del ruido de una vida que me parecía prestada.

Ella se esforzaba y se mostraba muy cariñosa. Creo que realmente me seguía queriendo. Pero yo no quería estar con ella. Ya no. No me apetecía que me tocase, ni que tratara de besarme y excitarme, no me apetecía acostarme con ella y me lo recriminaba con frecuencia. Me excusaba diciendo que era por la depresión, aunque ésta no fue nunca un obstáculo para que un mínimo gesto de Laura prendiera una llama en mi interior.

No entendía que yo ya no sentía lo mismo.

Estaba en una ruina emocional.

25

Renacer de las cenizas

¿Qué significa la palabra amor? Es tan inmensa que acotarla en unas pocas palabras parece casi imposible. Amor tal vez sea sinónimo de generosidad y entrega, de querer lo mejor para el otro, de cuidado y mimos, de comprensión. Pensaba que siempre lo había tenido más o menos claro.

Hubo algo que me dijo mi psicólogo uno de los días que me dejó sin palabras. Ya llevábamos muchas sesiones, pero creo que aún no estaba preparado para oír aquello. O tal vez sí y por eso me lo dijo. No lo sé. El caso es que estuve varias noches pensando en ello sin poder apenas dormir.

—Richard, creo que hay algo que todavía no entiendes. Hasta que no lo comprendas te va a costar avanzar. Amor no es lo mismo que necesidad. Y tú confundiste los dos conceptos. Crees que estabas enamorado de Laura y no paras de decir cuánto la querías y que aún la quieres y que darías tu vida por recuperarla. Pero, en realidad, el problema radica en la necesidad que tenías de ella. Tú mismo me dijiste el primer día que, la primera vez que la viste, pensaste que podría ser tu tabla de salvación viendo como reía y disfrutaba de la vida. Tienes que entender que, si alguien realmente ha amado a otro en esta relación, ha sido ella. Ella siguió a tu lado a pesar de lo inestable que te mostrabas, a pesar de los exabruptos, de tus desconfianzas y de tus salidas de tono, a pesar de que trataste de alejarla de las personas que la querían sólo para intentar poseerla y hacerla tuya. Eso en ningún caso es amor. Es obsesión y necesidad, pero no amor.

—¿Cómo puedes decirme algo así? Yo la quería de verdad, aún la quiero.

—Y no dudo que creas que la quieres. Pero confundiste términos que en ningún caso son sinónimos. Teníais además una relación muy apasionada y muy carnal, esto también ayuda a confundir las cosas porque siempre estaba ahí el deseo. Como has dicho alguna vez, erais fuego cuando estabais juntos. Incluso, durante una etapa, dijiste que solucionabais los problemas o zanjabais las discusiones en la cama. Eso no es sano, Richard y sé que lo sabes. Puede ser excitante pero no sano. Y estoy seguro de que sigues enamorado de ella, pero hasta que

no desligues el amor y la necesidad en vuestra relación, no serás capaz de volver a querer a nadie de una manera equilibrada. Primero tienes que alcanzar un punto en el que no estés en esa situación de necesidad tan dependiente. Tienes que llegar a ese momento en el que seas capaz de estar solo y sentirte bien en esa soledad. Si algún día volvierais a estar juntos, es importante que sea sólo por amor y que seas capaz de diferenciarlo de todo lo demás.



Había pasado más de un año sin noticias de Laura. Cada día seguía acordándome de ella, aunque tenía la sensación de que cada vez un poco menos. Y, entonces, de manera inesperada volvimos a encontrarnos. Los Ángeles parecía ser una ciudad hecha de una sola calle porque cada vez que nos encontramos fortuitamente, fue en aquella inmensa ciudad. Noté un nudo en el estómago. Un año entero de su ausencia y ahora la tenía frente a mí. Me jugaba todo a una carta. Tenía que lograr que aquel regalo en forma de reencuentro sirviera para algo. Pero estaba bloqueado. Me atenazó un miedo desconocido porque no estaba seguro de estar preparado para verla. No podía avanzar y al final fue ella la que se acercó a saludarme.

Tuvimos una conversación inicial un tanto superficial, poniéndonos al día con lo básico como el trabajo, por ejemplo. Me dijo que ya no trabajaba en el gabinete, sino que se había puesto por su cuenta. Paul le había animado a hacerlo y la había avalado, ya que había comprado una casa que le servía también de consulta. Pensé que podría habérmelo pedido a mí y yo habría estado encantado de hacerlo también.

Yo le hablé del último disco que habíamos sacado y ni siquiera estaba al corriente. Cuando la conocí, me dijo que seguía nuestra música de cerca porque le encantaba. Ahora ni siquiera sabía que habíamos sacado un nuevo trabajo. En esta ocasión, fui yo quien empezó a empequeñecerse al oír todo aquello. Paul tenía razón. Me había olvidado.

Le dije que le había mandado una copia del álbum a su anterior trabajo, pero me lo devolvió el servicio de mensajería. Le insinué que podía darme la nueva dirección y así podría enviárselo.

—No te preocupes. Ya lo compraré yo.

—Claro. Supongo que no quieres que te localice.

—¿Qué? No, no es eso.

—¿Estás segura? Hace más de un año que no sé nada de ti. Nunca contestaste a mis mensajes ni mis llamadas. Ni siquiera los leíste, ¿verdad?

—Sí, tienes razón y lo siento. No me sentía con fuerzas para

hacerlo.

—Ya. Bueno, al menos algún mensaje para saber que estabas bien no habría estado mal. Aunque no quisieras saber nada de mí, eso lo habría hecho más llevadero.

Tal vez no debí haber dicho aquello. Sonaba a reproche otra vez. Pero no quería que lo entendiese mal. Hubo un silencio demasiado largo para aquel momento, un silencio lleno de significado, por otra parte. Yo la miraba fijamente a los ojos porque necesitaba desentrañar lo que su mirada me decía. Creo que se dio cuenta, porque la apartó poco después sin que me diera tiempo a saber si le quedaba algo de amor por mí.

Continué hablando. Tenía que saber lo que me estaba esforzando para superar mis problemas. Aunque no sirviese para recuperarla, era importante que entendiese que había llegado a darme cuenta de que había algo en mí que no podía gestionar solo. Así, además, le transmitiría que durante aquellos momentos demenciales que pasamos juntos, no era plenamente yo, sino una forma distorsionada de mí mismo, igual que el reflejo que te devuelve un espejo roto.

—Estuve acudiendo a terapia después de que te fueras. Bueno, la verdad es que aún sigo en contacto frecuente con mi psicólogo. Me costó bastante reconocerlo, pero era evidente que tenía un problema.

—Espero que te haya servido de ayuda.

—Sí, mucho. Y la decisión era inevitable. Es decir, cuando pierdes algo tan importante en tu vida por cometer un error tras otro, tienes que hacer algo.

—Tomaste una decisión inteligente, estoy segura.

—Ya, no sé si me habrá servido de algo. Al fin y al cabo, qué más da. Tú rehiciste tu vida, ¿no?

No sé por qué no la dejé contestar antes de continuar. Tal vez me hubiera aclarado las dudas. Tal vez sí hubiera habido ahí un punto de reconexión, aunque ya nunca lo sabremos.

Hubo un poso amargo en mi forma de hablar, como si quisiera devolverle la afrenta con lo que dije a continuación, como si quisiera transmitirle que yo también había seguido adelante, aunque no fuera totalmente veraz.

—¿Sabes que he vuelto con mi mujer?

—No, no lo sabía. Pero me alegro por ti.

—¿De qué te alegras?

—De que seas feliz.

—No es lo que he dicho, Laura.

—Seguro que es lo mejor para todos.

—¿Lo mejor para todos? Ya. Gracias. Bueno, quería que lo supieras por mí, pero no he podido decírtelo hasta ahora.

—Vale, pues ya lo sé. No te preocupes. Es tu vida y tú decides lo

que es mejor.

La miré durante unos segundos. Me invadió una profunda tristeza por haber echado a perder aquello que teníamos. Tenerla frente a mí, removía recuerdos y muchos sentimientos.

Miré un momento hacia el suelo. Debía encontrar las fuerzas para seguir hablando. Debía pedirle perdón.

—No sabes cuánto siento todo lo que pasó.

—Ya está olvidado.

—No para mí.

Tomé aire otra vez. Qué duro era aquello. Había pasado un año y seguía sintiendo lo mismo, la seguía echando de menos como el primer día que se fue, a pesar de que me había hecho la ilusión de que cada vez el recuerdo era menos intenso.

—Yo no puedo olvidarlo —continué.

—Richard, por favor, déjalo.

—No puedo. No hay un solo día que no me arrepienta de lo que hice. No vi que te estaba echando de mi lado. Los celos me devoraron y todavía no entiendo por qué veía amenazas en todas partes.

—No quiero hablar de esto, de verdad.

—Escúchame. Tienes que saber cuánto lamento todo lo que te hice. Sé que el único culpable fui yo. Haría lo indecible para recompensarte y que volvieras a mi lado.

—¿Qué? ¿A qué estás jugando?

No me esperaba aquella reacción en ella. Intentaba abrir una puerta entre nosotros, una posibilidad de entendernos. No quería que lo último que recordara de mí fuera aquella maldita pelea en la azotea del estudio.

—Laura, no estoy jugando a nada. Esto no es ningún juego para mí.

La miré buscando su reacción, tratando de leer qué pasaba por su mente. Era evidente que dentro de ella había una lucha interna. Tal vez era el momento de ir un paso más allá.

—¿Recuerdas que una vez te dije que mi mujer había sido el gran amor de mi vida?

—No quiero oír nada de esto.

Trató de alejarse y la cogí de la mano con suavidad. Daba igual lo que Paul dijera, no me había olvidado. Aquello me dio esperanza.

—Eso fue antes de conocerte. Tú eres mi gran amor. Estar contigo, a pesar de lo disparatada que fue nuestra relación en ciertos momentos, es lo mejor que me ha pasado en la vida. Cada día me despierto pensando en ti: dónde estarás, con quién... Y por las noches antes de dormirme eres mi último pensamiento

Se me escaparon unas lágrimas de los ojos que ni siquiera había sido consciente de que estaban ahí esperando para salir. Mi dolor seguía doliendo.

—Podemos volver a intentarlo. He trabajado muy duro todo este año y he aprendido de mis errores. Puedes hablar con mi psicólogo si no te lo crees. El error no fuimos nosotros, fue el momento en el que nos conocimos que no era el adecuado. ¿Recuerdas nuestro primer beso en el Four Season…?

—Richard, no…

—¿Y recuerdas aquellos momentos abrazados en nuestro balcón del hotel en el Gran Cañón?

Se estaba ablandando. Lo vi en sus ojos. Me quería tanto como yo a ella. Me llené de ilusión. En mi mente empecé a imaginarnos juntos otra vez. De verdad, creí que lo estaba consiguiendo, pero no sé qué pasó por su cabeza cuando ya casi había logrado rendir sus resistencias.

—Claro que me acuerdo. Te he querido tanto que creo que mi corazón se ha secado y no hay sitio para otros porque tú lo absorbiste todo, te llevaste hasta la última gota. Yo también me acuerdo de todos los momentos mágicos que compartimos y también pienso en ti con frecuencia, aunque procuro con todas mis fuerzas no hacerlo. Pero, contéstame a algo, ¿volverías a hacer pasar a tus hijos por otra separación de sus padres? Porque sé lo buen padre que eres y cuánto los quieres, así que me cuesta creer que antepongas tu felicidad a la suya.

¿Podía? No, claro que no. Ellos no debían pagar más los errores de los adultos que estaban ahí para protegerles. Su madre y yo hacía tan solo unos pocos meses que estábamos juntos. Ellos tenían la sensación de que volvíamos a ser una familia.

Me partí en dos. Aquella decisión equivocada de mi pasado reciente de volver con Susan, imposibilitaba la opción que tenía ahora ante mí de volver con Laura. Debía aceptarlo. Había tomado una decisión y tenía que seguir adelante, aunque significara asumir que para mí el amor había quedado atrás.

—No. Creo que no —le respondí.

—Me lo imaginaba. Y me alegra saber que sigues siendo tan buen padre como siempre. Será mejor que me vaya.

—Espera. Toma un último café conmigo. Regalémonos una última hora juntos. Nos lo merecemos.

Intenté arañar unos minutos más de su compañía. ¿Qué daño podrían hacernos?

—Lo siento. Ya es demasiado doloroso. No necesito alargar el sufrimiento. Te quiero y siempre te voy a querer.

Es decir, los dos nos sentíamos igual. Anclados en un amor que se había llevado demasiado por delante.

—No quiero que esto termine. Te necesito en mi vida, necesito que estés ahí, sentirte cerca. No podemos perder el contacto sin más. Tal

vez podemos llamarnos de vez en cuando o hablar por whatsapp…

Y ahí entendí lo que mi psicólogo había tratado de hacerme comprender: la seguía necesitando y eso no era amor desnudo y real.

—Tal vez con el tiempo. Adiós, Richard.

Se soltó de mi mano. No era consciente de que nos habíamos mantenido agarrados todo aquel tiempo.



Después de aquel día, vinieron otros de reflexión. Debía asumirlo, había sido mi decisión. Había que empezar a construir un futuro en el que me resultara tolerable vivir, agradeciendo lo que tenía y disfrutándolo. Debía aceptar que Laura no estaba en ese futuro. Y ya está.

Y empecé a trabajar en ese nuevo futuro. Componer me hacía bien. En aquella época escribía las canciones más personales que he hecho nunca. Tenía la suerte de tener un trabajo que te ayuda a liberar emociones reprimidas y lo exploté al máximo.

Un día no demasiado tiempo después de nuestro encuentro, acudimos a un programa de televisión para una entrevista y una actuación. Teníamos que ir los cinco, así que no me quedó otra. En cualquier caso, ya lo llevaba mejor, ya no me suponía la carga que había sido algunos meses antes.

Nuestra carrera en la música internacional seguía creciendo. Cosechábamos éxitos en los cinco continentes y volvíamos, curiosamente, a disfrutar del trabajo. Habíamos ido sacando temas nuevos de forma periódica, una nueva forma de compartir nuestra música con nuestro público. Teníamos un tema y lo lanzábamos, no esperábamos a tener el disco. Además, contábamos con muchísimo material, así que sacar canciones no impedía compilar más adelante un nuevo trabajo.

En aquel programa, precisamente, el presentador destacó la calidad del trabajo que habíamos hecho recientemente, aunque había percibido que era un tanto diferente a nuestros anteriores discos y canciones. Decía que era tremendamente melancólico y nostálgico. Señaló que algunas canciones parecían muy personales. Y me preguntó directamente a mí de dónde brotaba tanta emoción en este disco.

Entonces le comenté que una vez alguien me había dicho que las canciones podían ser terapéuticas y ayudarnos a liberar nuestros demonios y aquellas cosas que no nos permitían avanzar.

—Estas canciones son sentimientos y vivencias, son cosas que tal vez uno quiso decir en un determinado momento y no se atrevió —le

contesté. No sé por qué no me mantuve más al margen, por qué motivo no di una respuesta más aséptica. Tal vez necesitaba decirlo en voz alta de una vez.

—¿Eres tú ese alguien?

—No soy el único que compone. Es algo colaborativo.

—Pero supongo que, cuando hablas de cosas que uno quiso decir y no se atrevió, te estás refiriendo a ti.

No debía seguir por esa línea.

No debía dejarme caer en lo que buscaba el presentador.

Lo sabía.

Instintivamente empecé a tocar el colgante, no sé el motivo. Quizás buscara ahí las respuestas, quizás buscara ese amor eterno que simbolizaba, quizás trataba de anclarme a los mejores momentos que viví junto a Laura. Después de que él insistiera una vez más, mientras se producía un debate en mi interior, lo solté todo.

—Hace algún tiempo conocí a una persona muy especial en uno de los peores momentos de mi vida. Encontré a una persona maravillosa a la que no podré olvidar nunca y, en cierto modo, ésta es mi forma de agradecérselo, porque el año que pasamos juntos ha sido el mejor de toda mi vida. Así que supongo que ella ha sido la musa que ha inspirado estas canciones.

Mis compañeros se quedaron estupefactos al oírme decir aquello. El presentador tampoco se esperaba aquella respuesta tan íntima y personal. Supongo que, aprovechando la inercia, siguió preguntando. No podía perder la oportunidad.

—Entonces, ¿crees que hubo cosas que quedaron sin decir?

—Muchas. Y me arrepentiré toda la vida porque perdí lo que más quería. Pero a mí no se me da bien hablar, yo escribo canciones. Y posiblemente ella nunca las escuche, aunque están aquí por y para ella, porque me siento en deuda por haber recompuesto los pedazos de un juguete roto que es lo que era yo cuando me conoció.

—Estás casado, ¿no?

—Sí, aunque estuvimos dos años separados. Fue durante esa época.

—¿Y tu mujer sabe que no puedes olvidar a esa otra persona?

—Sí, claro que lo sabe. Es importante ser honesto y dejar las cosas claras. Tenemos dos hijos y eso es lo más importante para nosotros ahora mismo.

Después de aquello, sabía que tendría que tener una conversación difícil con Susan. Ella sabía que yo no era el de antes y que seguía enamorado de otra persona, pero imaginé que no estaba totalmente convencida de hasta qué punto era así. Ella estaba segura de que podríamos recuperar la relación que habíamos tenido antes, pero yo sabía que no. Era el momento de poner todas las cartas sobre la mesa y continuar con las mismas reglas del juego para todos.

Cuando volví a casa después de aquella entrevista, lógicamente Susan estaba muy enfadada.

—Cualquier decisión que tomes la aceptaré sin rechistar —le dije en cuanto la vi.

—Eres un capullo, Richard.

—Susan, sé que estás muy enfadada, pero debes reconocer que no te he mentido en este aspecto. Tú sabes que no he dejado de quererla, aunque haya renunciado a ella. Tomé una decisión y la asumo.

—Eso soy para ti, una decisión que tuviste que tomar.

—No voy a mentirte. No estaba preparado para dar este paso. Pero tú insistías y mis padres también y creí que, si había hecho las cosas tan mal tantas veces, debía escuchar. Y tal vez lo mejor fuera que volviéramos juntos, a pesar de que Harry me lo desaconsejó porque decía que aún no estaba psicológicamente fuerte y seguía siendo muy dependiente e inseguro.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí y te aseguro que lo siento. Sabes que te quise mucho.

—¿Que me quisiste? ¿En pasado? Richard, yo te sigo queriendo. Nunca dejé de hacerlo, maldito imbécil. No te enteras de nada, ¿sabes? Intentaba llamar tu atención porque te echaba de menos.

—Pudiste elegir otras formas de hacerlo, Susan. No te imaginas lo que sufrí con aquello, de verdad.

—Estabas todo el día lejos de casa y yo te quería a mi lado, pero para ti no había nada más importante que la música.

—Es mi trabajo.

—Y eras mi marido.

Pensé que no era buena idea seguir así. Era importante reconocer su dolor. Yo hice barbaridades cuando estuve con Laura y en aquel momento tenían total sentido para mí. Tal vez a Susan le sucedió algo parecido.

—Lo siento. Siento no haberme dado cuenta. Intentaba estar muy presente en tu vida y en la de los niños cada que regresaba de los viajes, pero puede que tengas razón y que no fuera suficiente.

—Gracias por reconocerlo.

—Susan, no pretendo hacerte daño. De verdad. Creo que tú esto lo sabías perfectamente. Intento ser cariñoso y ser un buen marido, pero no puedo dar más. Siento lo que siento. Creo que no dejaré nunca de quererla. Pero tú y yo tenemos un proyecto en común que son nuestros hijos. Podemos llevar una vida familiar sencilla.

—Me ofreces una mierda, Rick. Yo quiero un marido que me desee, no que me ponga excusas para no acostarse conmigo.

—Lo siento. Lo entiendo. Si quieres que me vaya, me iré.

—No. No vas a irte a ninguna parte. No te lo voy a poner tan fácil.

Aquellas eran las nuevas condiciones. Tenía una excitante vida por

delante, no nos vamos a engañar.

26

Transformación

Me esforcé mucho por ser un buen marido. Intenté ser más cariñoso con ella, estar más atento a lo que necesitara y estar más receptivo a sus deseos. En el fondo, seguía siendo una farsa porque, cuando nos acostábamos, no era en ella en quien pensaba. Pero era la única forma que encontraba de no hacerla sentir peor de lo que ya lo hacía. Era incapaz de volverme a enamorar de ella, eso no estaba bajo mi control.

Después de aquella conversación que tuvimos en las que pusimos todas las cartas sobre la mesa, procuraba mostrarme afectuoso con Susan y tener detalles que podrían agradarle. No es que no la quisiera, es que no la quería como ella necesitaba. Seguía siendo la madre de mis hijos, eso no lo cambiaría nada ni nadie y merecía mi respeto y mi cariño. Que yo estuviera condenado a una vida que no quería, no significaba que los demás tuvieran que sufrir en la misma medida. Yo lo había aceptado y me había comprometido a ello por decisión personal. No tenía intención de quejarme.

Creó que debió darse cuenta en alguna ocasión de que no pensaba en ella cuando hacíamos el amor, porque llegó un momento en que todo acabó precipitándose y fue una de las cosas que me echó en cara. Debo decir que no discutimos apenas nada en aquellos casi tres años que duró nuestro matrimonio esta vez. No quería caer otra vez en ese ambiente insano ahora que había encontrado una forma equilibrada de relacionarme con los demás.

La decisión era inevitable. Era un matrimonio sin amor ni pasión. No podía durar eternamente porque, a la larga, no beneficiaba a nadie. Ni Susan ni yo éramos felices así. Si nosotros no lo éramos, ¿cómo lograr que lo fueran nuestros hijos?

Después de separarme definitivamente de Susan, pensé en irme al día siguiente a buscar a Laura. Sin embargo, no me pareció ético. Ya no era aquel hombre impulsivo e intempestivo, sino uno mucho más reflexivo que tiempo atrás. Era justo pasar una fase de duelo, que Susan no pensara que me había faltado tiempo pera dejarla atrás y

continuar con mi vida como si tal cosa.

Esperé aproximadamente un mes. Mucho tiempo para las ganas que tenía de ver a Laura. Tal vez tuviera que enfrentarme una vez más al desengaño de saber que no podíamos estar juntos por algún motivo, pero tenía que intentarlo al menos.

No la había olvidado. Seguía en mi pensamiento con la misma intensidad que siempre. Sabía que no podía localizarla por teléfono, pero trataría de encontrarla como fuera. Buscaría su lugar de trabajo y preguntaría donde hiciera falta. Tenía que encontrarla y hablarle de mi transformación. Si había una mínima posibilidad, tenía que ir a por ella.

Pero no hizo falta demasiado. Llegué un viernes por la noche a Los Ángeles cuando se cumplió un mes después del divorcio. Decidí que, a la mañana siguiente, iría a visitar el MOCA, aquel museo que años atrás visitamos juntos y que yo sabía que tanto le gustaba a ella. Habíamos pasado allí una jornada muy agradable juntos.

Era finales de invierno, ya iniciado el mes de marzo creo recordar. Hacía una temperatura agradable. Había bastante gente en las inmediaciones del museo, así que supuse que había sobreestimado mis posibilidades.

Pero no.

El destino es así.

Elegí el momento exacto.

Yo ya estaba en la entrada cuando la vi llegar. No me lo podía creer. Eso era tener demasiada suerte. Ese encuentro no podía ser casual. Una vez más, alguna fuerza ajena a mi control volvía a situarla en mi camino.

Recuerdo como si fuese ayer su mirada al encontrase con la mía. La conocía bien, había leído todo tipo de emociones en aquellos ojos, deseo, miedo, amor… Y tuve claro que había una posibilidad. Eran incapaces de mentirme.

Hasta que me di cuenta de que no venía sola. Hubo un instante de angustia en mi interior. Tal vez estaba todo perdido. Paul me lo había advertido tiempo atrás en una fiesta: *“ha rehecho su vida*”, dijo, aunque yo no le quise creer. Tampoco creí que fuera así cuando la vi un año después de aquel aciago día en que finalizó lo nuestro, porque por un momento se había planteado muy seriamente volver a estar conmigo.

Laura caminaba hacia mí con una niña pequeña de la mano. Una niña significaba una familia y por lo tanto un padre. Lo más probable es que hubiera otro hombre en su vida y ya no tendría sentido nada más. Debía dejarla ser feliz. Ahora lo sabía, eso era amor. Por fin lo entendía. Desear lo mejor para el otro, sin anteponer lo que tu quieres. Saberlo no significaba que no me doliese ser consciente de que ya no había sitio para mí, pero tendría que aceptarlo. Sentía el corazón en

carne viva.

Llegaron hasta mí, pero iban las dos solas. Bien podía ser la hija de unos amigos, aunque lo veía poco probable. Debía dejar de elucubrar en mi cabeza y ser paciente para conocer su situación personal, si ella consideraba oportuno contármela.

Cuando la distancia ya era la adecuada para saludarnos, la miré con toda la ternura de la que fui capaz. Sentía que mis huesos se habían vuelto de gelatina porque temblaba de arriba a abajo.

—Hola, Laura.

—Hola, Richard. ¿Cómo estás?

—Supongo que bien.

—¿Qué haces por aquí?

—Ya sabes, trabajo

Tal vez no debería haber mentido. Tal vez debería haberle dicho la verdad, que estaba allí porque había ido a buscarla. Esa había sido mi primera intención antes de ver que no estaba sola. Ya no me pareció adecuado decírselo y no había preparado una excusa mejor.

En ese momento miré a la niña. Consideré que era el momento de salir de dudas. Estaba preparado para asumir la verdad. O eso esperaba.

—No sabía que tenías una hija. Aunque es normal, hace mucho que perdimos el contacto.

—Sí, es verdad. Hace ya mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

Me pareció que Laura estaba un poco inquieta, pero no comprendía el motivo. Parecía esquivar mis ojos y pensé que tal vez no le resultaba agradable verme. Bueno, si las cosas tenían que ser así, no había que empeñarse más.

Me puse de cuclillas para saludar a la niña. Así, además, podría hacer más ligera la situación y liberar a Laura de su incomodidad. Era una niña muy bonita, con una expresión muy despierta. Me recordó ligeramente a mi hija Lucie cuando tenía su edad.

—Hola princesa. Me llamo Richard y soy amigo de tu mamá. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Sarah. Eres un señor muy guapo.

Cuando oí aquello, me quedé sin palabras. No pude evitar reírme.

—¿En serio? Vaya, muchas gracias. Vas a hacer que me ponga rojo como la nariz de un payaso. ¿Sabes?, tú también eres muy guapa, como si hubieras salido de un cuento de hadas.

Y en ese preciso instante, mientras ella reía por lo que acababa de decirle, me di cuenta. Debí palidecer porque noté que la sangre de mi cara desaparecía y me costaba respirar. Aquella niña se parecía mucho a mi hija. Mucho más de lo que me había parecido en un principio.

Oí como retumbaban los latidos de mi corazón en aquel momento.

No podía ser cierto. Aquello era demasiado.

—¿Sabes una cosa? Me recuerdas mucho a mi hija Lucie. Tus ojos son muy parecidos a los suyos. Son del mismo color que los míos. ¿Sabes cuál es el color de la miel?

—Ahá.

—Pues así. Y, a veces, cuando nos da el sol, parecen verdes.

—¿Tu hija es como yo de mayor?

—No, mucho mayor que tú. Pero también es muy guapa. ¿Me das un beso, Sarah? Así sabré que somos amigos.

Era mi hija, no me cabía la menor duda. La estreché entre mis brazos tratando de concentrar en un abrazo todo el amor que no había podido darle en todos esos años que habíamos estado alejados.

No estaba preparado para aquello. Sentí como las lágrimas se agolpaban en mis ojos. No sé que pensaría Sarah en aquel momento, cuando un hombre al que no conocía de nada la abrazaba con desesperación.

Miré a Laura. Ella se dio cuenta de que yo lo sabía. Mi gesto debió ser realmente duro. Le pregunté a la niña si le apetecía jugar en un castillo hinchable que habían montado allí muy cerca, en el que había payasos que le daban a los niños globos con formas de animales. Le aseguré que la acompañaríamos hasta allí y que sería sólo un ratito mientras hablaba con su madre. Sarah se mostró entusiasmada y me pidió que la llevara de la mano. Era como si ella presintiera quien era yo.

Cuando me quedé a solas con Laura, pensé que no sería capaz de hablar. Respiré hondo varias veces, tratando de centrarme en el aire que entraba y salía de mi interior mientras recuperaba el control. Pero eran sentimientos demasiado fuertes.

—Es una niña adorable.

—Gracias. Sí, Sarah es una niña muy alegre y cariñosa.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi tres años y medio.

—Lo que me imaginaba. Realmente sus ojos me recuerdan mucho a los de Lucie, color miel, almendrados…Como los míos. Hasta he llegado a pensar que podía ser mi hija.

Laura apartó la mirada. Notaba como el enfado crecía en mi interior. No tenía derecho a apartarme de mi hija. No me había dado la menor opción de formar parte de su vida y aquellos años ya no los podría recuperar jamás. Supongo que se me cambió la cara.

—Richard, yo…

—¿Dónde está su padre? ¿No ha venido con vosotras?

Laura seguía sin mirarme. Pensé que era una cobardía que se escondiera así, mientras me confirmaba si era o no mi hija.

—Mírame, Laura. Ten el valor de decirme si es o no mi hija.

Levantó la mirada y ya no tuve ni la menor duda. Creí que no sería capaz de soportar tanto sufrimiento. No había querido que estuviera en la vida de nuestra hija. ¿Por qué? No era justo. Independientemente de lo que ocurrió entre nosotros, no tenía derecho a castigarme de esa manera.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo puedes ser tan cruel? La última vez que nos vimos te abrí mi corazón y te supliqué que volvieras conmigo. Me rechazaste esgrimiendo el argumento de que era un buen padre y que estabas segura de que no iba a hacer sufrir a mis hijos por lo nuestro. ¡Qué hipócrita! Ni siquiera aceptaste que mantuviéramos el contacto. Y resulta que por aquella época Sarah ya había nacido. ¿De verdad crees que soy un buen padre? Porque entonces no entiendo por qué me has tenido alejado de mi hija todos estos años.

Me di la vuelta. Necesitaba coger aire. Por un momento pensé que tendría un ataque de ansiedad o algo similar. No aguanté más. Empezaron a caérseme las lágrimas, pero me dio igual mostrarme ante ella así de vulnerable.

—¿De verdad fui tan malo para ti como para decidir no contarme nada? Si no hubiera venido hoy aquí, puede que no me hubiera enterado jamás de que existe. Y a ella, ¿qué le has dicho de su padre? ¿Que no quería saber nada de ella? ¿Que no tiene padre? ¿Qué le voy a decir yo a Sarah? ¿Qué derecho tenías a robarme sus tres primeros años de vida?

Y rompí a llorar. Era demasiado. No podía con aquello. Me senté en un banco que había allí cerca para intentar retomar el aliento y enjugar mis lágrimas. ¿Por qué tenía que hacerme tanto daño? Ahora que había aprendido a quererla, que podríamos haber sido una pareja con una relación sana y normal, me encontraba con aquella traición. Ya no me quedaban fuerzas. Había puesto todo de mi parte. Era hora de rendirse.

Pero necesitaba saber algo más.

Tenía que cerrar el círculo.

—Contéstame a algo porque necesito saberlo. ¿Sabías que estabas embarazada cuando me dejaste?

—No, no lo sabía. Me enteré unos días después.

—Habría hecho lo que hubiera sido necesario si me hubieras dado la oportunidad. No voy a renunciar a ella. Si hace falta pediré un test de paternidad. Desde que la he mirado a los ojos, he sabido que era mía.

En ese momento llegó Sarah corriendo hacia nosotros. La niña pareció asustarse un poco. ¡Bien por mí! Lo primero que veía de sus padres juntos era una discusión. Parecía volver a patrones olvidados, sólo que esta vez había logrado mantener el tono de la discusión

dentro de unos términos socialmente aceptables. Al menos, debía estar orgulloso de no haberme dejado llevar.

—Mamá, ¿te has enfadado con tu amigo?

—No, cariño.

—Entonces, ¿por qué está llorando?

—Seguro que si me das un abrazo muy grande se me pasa —le dije tratando de sonreír.

Sólo quería estar con mi pequeña. Ya no pedía nada más. Era suficiente. Se me abrazó y empezó a darme besos y a decirme que no quería que estuviera triste.

—Sarah, ¿te gustaría que pasara el día con vosotras? Es que me hace mucha ilusión. Podemos ir a algún sitio bonito que te guste.

—¿Cómo cuando me lleva el tío Paul al acuario?

—Sí, cariño.

—Eso me encanta y él me lleva muchas veces. Y también vamos a la playa. Y hacemos castillos de arena y un montón de cosas divertidas.

—Tu tío Paul tiene mucha suerte. A mí también me encantaría hacer todas esas cosas tan divertidas contigo.

—¿Por qué sigues triste?

—Enseguida se me pasa, no te preocupes pequeña.

Me agarró de la mano y nos dirigimos hacia el museo. No le di a Laura opción a réplica. Le gustase o no, iba a pasar el día con ella. Sería el primero de muchos.

Mi hija y yo conectamos enseguida, como si siempre hubiéramos sabido que el otro existía. Eso sí que fue amor a primera vista, amor puro y verdadero. Era un vínculo especial que parecía haber estado ahí desde siempre, tal vez porque el uno formábamos de alguna manera parte del otro.

Aquel día lo pasé con ellas y Sarah no se separó de mí. No me soltaba de la mano para ir por el museo o cuando salimos después a la calle, y se sentaba en mis rodillas en cuanto tenía ocasión. Cuando lo hacía, se acurrucaba en mi pecho y me preguntaba todo tipo de cosas. Le hablé de Lucie y David. Quería que supiera que existían para que, cuando llegase el momento, contarle también que eran sus hermanos.

Fue un día raro, como con una amenaza de tormenta permanente sobre nuestras cabezas. Estaba tan dolido con Laura por aquello, que casi no soportaba mirarla a la cara. Desde luego aquello nos se parecía en nada a lo que había imaginado que ocurriría al reencontrarnos. Ella me miraba y en sus ojos se podía leer una súplica. Pero dolía demasiado. Aún no estaba preparado.

Al final del día, las acompañé a casa. Quería disfrutar al máximo de ese día con mi niña pequeña, quería bañarla, cenar junto a ella, leerle un cuento antes de dormir, cantarle una canción y desearla felices

sueños con un beso. Quería hacer todo lo que no había podido hacer durante aquellos años.

En un momento del día le pregunté si le gustaría que yo fuera su padre y ella enloqueció de contenta. ¿Cómo era posible que nos quisiéramos tanto si ni siquiera nos conocíamos hasta aquel instante?

Era evidente que había una conversación pendiente entre su madre y yo, pero no podría ser delante de ella. Tenía claro que no iba a irme al hotel sin antes solucionar aquello. No tenía la menor intención de desligarme de la vida de Sarah y estaba dispuesto a hacer lo que fuese, aunque eso requiriese una intervención a nivel legal.

Laura me dejó a solas con Sarah en su habitación antes de dormir. Me quedé mirándola hasta que se quedó dormida. Era una niña tan especial. Era alegre y muy cariñosa, tenía una inteligencia brillante y hacía preguntas que me dejaban sin palabras. Y sólo tenía tres años.

Era hora de marcharme, pero no me iría sin dejar clara mi postura en aquella situación. Por difícil que fuera, estaba preparado para afrontarla de una forma muy diferente a como lo hice en el pasado.

—Es hora de que me vaya. Lo siento, pero en estas circunstancias, lo quieras o no, tendremos que seguir en contacto. Si no quieres que llame a tu teléfono para hablar con mi hija, compraré uno para ella y se lo puedes pasar directamente, no hace falta ni que contestes. No tengo intención de ser un estorbo o un incordio para ti.

—Por favor, no saques las cosas de quicio.

—¿Crees que lo hago? ¿En serio? Bueno, pues no olvides que yo no he sido quien ha ocultado un secreto como éste durante cuatro años.

Mi tono de voz era tranquilo. Tantos años de trabajo habían servido para algo. En una ocasión como aquella, era fundamental mantener el control.

—Tienes razón. Disculpa.

—¿Qué tengo que disculpar: que me digas que saco las cosas de quicio o que me hayas ocultado que tenemos una hija?

Me miró de tal manera que no pude evitar ablandarme y dar un paso atrás. Se acabó la temporada en la que ser ruin era una salida. Estuve reflexionando unos instantes antes de decidir si contarle el motivo por el que había ido a Los Ángeles. Y decidí que sí. Era lo honesto y sincero. Tenía que saber por qué estaba allí. Ya no tenía nada que perder.

—Ya no pensaba ni mencionarlo, porque pensé que ya no tenía sentido. Te he mentido, Laura. No estoy aquí por trabajo. Vine únicamente con la esperanza de encontrarte. Fui al MOCA porque recordaba lo que te gustaba ese museo y pensé que, si te veía allí, sería una señal del destino. Y si no te encontraba hoy, estaba dispuesto a buscarte hasta debajo de las piedras, daba igual. Susan y yo nos hemos separado. No tenía sentido estar juntos. Yo te sigo queriendo, y

te aseguro que he intentado olvidarme de ti, pero no he podido. Ahora ya no tengo otra opción. No puedo describirte la decepción que he sentido hoy. Me has herido el alma y no sé si algún día podré perdonarte porque es demasiado doloroso. Sin embargo, conocer a Sarah ha hecho que el viaje valiera la pena más de lo que nunca hubiera podido imaginar. Pase lo que pase, no permitiré que nunca me separes de ella. Y cuando esté lejos, da igual si es al otro lado del mundo, cada noche la llamaré para cantarle una nana por teléfono antes de dormirse porque se lo he prometido.

Notaba como empezaba a temblarme la voz. ¡Maldita sea! Quería controlar aquello. No quería mostrarme débil, ahora no, no en esa circunstancia.

Laura comenzó a acercarse a mí.

No podría soportarlo. Si me tocaba me vendría abajo irremediablemente. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Richard…

—No, no te acerques. Y por favor, no me toques.

Dio igual lo que le dijera. Me abrazó y me derrumbé por completo. Daba igual que quisiera odiarla porque la quería como el primer día y mi cuerpo la deseaba como se desea el agua en tiempos de sequía. Y ahí sí que perdí el control. Tenía demasiada hambre de ella.

El abrazo sólo fue el desencadenante de muchos sentimientos reprimidos, de impulsos y necesidades, de hambres voraces del cuerpo del otro. Quería besar cada rincón de su cuerpo por todos los besos que aquellos años me habían robado, quería recorrer cada milímetro de su piel como quien mira las fotos de un viaje para revivir cada instante, cada sensación. Su cuerpo era un mapa y yo quería ser su brújula.

Cuando finalizamos, exhaustos los dos, me daba vergüenza mirarla a la cara. Clavé mi mirada no sé bien dónde, tratando de reencontrar la seguridad en mí mismo que tanto trabajo me había costado recuperar. No me avergonzaba por lo sucedido, puesto que tenía claro que ella había disfrutado tanto como yo y que ambos deseábamos aquello por igual, pero temía que pensara que era el mismo hombre de antaño que se dejaba llevar por su carácter impulsivo y que no sabía parar hasta que era demasiado tarde.

—Siento haber sido tan… no sé ni qué decir. No sé que me ha pasado. No volverá a ocurrir —le dije armándome al final de valor para mirarla a los ojos. Lo que encontré en ellos fue algo inesperado.

—No tienes que disculparte por nada, Richard. Yo deseaba esto tanto como tú. Ha estado bien… muy bien.

Empecé a recoger mi ropa del suelo e iba poniéndome lo que encontraba. Aquello parecía más un acto de guerra que un acto de amor.

—Quédate a dormir esta noche y mañana ya veremos qué pasa. Podremos hablar despacio y trataré de explicártelo todo, hasta donde sea capaz.

Me quedé inmóvil en mitad de la habitación, a medio vestir sin saber qué hacer. Quería quedarme, quería que mi cerebro olvidara que había descubierto una mentira dolorosa para que todo fuera fácil y sencillo, porque sentía que Laura me quería y yo seguía queriendo estar con ella. Pero, esa consciencia de que me había ocultado que teníamos una hija, lo hacía todo más complicado.

Finalmente, me decidí. Necesitaba darme una ducha primero. Bajo el agua, lloré como un niño porque pensé que el agua camuflaría el dolor. ¿Por qué tenía que ser tan complejo todo? ¿Por qué no podía ser feliz? No pedía tanto, me había esforzado mucho por salir a flote. Me merecía que la vida me diera una oportunidad.

Pero tal vez, en esta ocasión, la vida me la estaba dando y, en realidad, todo dependía de mí y de mi capacidad para perdonar y olvidar. Nada más.

Me quedé a dormir. Tumbarme junto a ella en la cama trajo de vuelta aquella sensación de hogar perdida hace tanto tiempo. Laura me miraba y acariciaba mi pelo, jugando con él entre los dedos ahora que lo llevaba un poco más largo que la última vez que nos vimos.

Quise detenerlo todo ahí, en ese instante de cariño tan sencillo y tan valioso. Ella jugando con mi pelo y mirándome con ternura, nada más. No podía existir un momento más perfecto.

Pero tenía que saber si aún había un mañana juntos. Así que, finalmente rompí a hablar.

—¿Por qué no me llamaste para contármelo? ¿Tanto daño te hice para que nunca más quisieras saber nada de mí, ni siquiera cuando esperabas una hija mía? —creo que ya sabía de antemano la respuesta. No sé por qué quería autoflagelarme así, la verdad.

—No es eso. Hubo muchos momentos buenos. Y en esos momentos fuimos plenamente felices, porque estábamos enamorados. Pero los momentos duros fueron muy duros, cada vez más. Entramos en una escalada peligrosa. Y no había motivos reales para esas discusiones tan fuera de control. Yo sentía que cedía a todos tus deseos. Bastaba que vinieras a disculparte para olvidarlo todo.

—Ya te dije la última vez que nos vimos que era consciente de mis errores y sabía lo que debía cambiar. Y te aseguro que lo he hecho. No soy el mismo de entonces.

—Y te creo. Pero en aquella época, decías siempre que ibas a cambiar y todo seguía igual, hasta que decidí que había que poner fin. Creo que eres una buena persona, muy bueno, muy cariñoso y generoso, muy leal y mil cosas más. Pero nosotros no éramos buenos el uno para el otro, tampoco sé si ahora lo seremos. Yo sacaba lo peor

de ti y a tu lado me sentía dependiente, casi anulada, como si tú me paralizaras.

Me dolía profundamente oír aquello. Sabía que era verdad, lo había hablado muchas veces en la terapia. Pero, oírselo decir a ella, inevitablemente me hacía sufrir. Le dije que jamás tuve intención de hacerla daño. Insistí en que fue una etapa difícil para mí por todo lo que arrastraba que ella ya sabía, aunque no era una excusa, obviamente. Pero había algo que no dejaba de ser cierto. Interpretaba todo como una amenaza. Me sentía perdido, inseguro, vulnerable. Frágil.

Después le hablé de cómo había cambiado, de lo que había trabajado con el psicólogo, de las rutinas que mantenía desde entonces para mantener a raya aquellas pérdidas de control que casi me destruyen.

Le expliqué que encontrarla fue un estímulo para mí y que, a pesar de todo, me sirvió para salir del lodazal en el que me había quedado encallado desde el divorcio. Simplemente, en mi cabeza me había hecho la ilusión de que ella siempre estaría a mi lado y, cuando se fue, me sentí abandonado.

—Es doloroso oírte decir todo esto porque nunca pretendí herirte. No obstante, no imaginas cuánto me dolió que no contestaras a mis llamadas ni a mis mensajes, que ni siquiera te molestaras en leerlos. Me dejaste a la deriva y yo te necesitaba más que nunca. Necesitaba al menos saber que estabas bien.

—Lo siento, no me sentía con fuerzas porque tal vez volvía a ti otra vez, y eso ya no podía ser una opción. Además, si me hubiera quedado, ahora no serías el hombre que eres.

—No lo creo. Posiblemente el cambio habría sido menos doloroso. Habría terminado entendiendo que había algo en mí que tenía que cambiar.

—¿Estás seguro de ello? Yo creo que han sido los acontecimientos vividos los que te han conducido a ser quien dices que eres hoy.

—Algunas cosas empezaron a cambiar cuando estabas a mi lado. La relación con mis padres, por ejemplo, empezó a mejorar cuando fuimos a Phoenix. Me defendiste aquella noche en casa de mis padres. Contigo me sentía respaldado, me sentía a salvo.

Entonces ella me recordó que yo aseguraba que nuestras discusiones las provocaba ella con su actitud provocadora y su forma insana de relacionarme con otros hombres. Sé que lo dije. Era verdad. Oírlo ahora me sonaba escandaloso y obsceno, un comentario salido de la mente de un ser retrógrado.

—Supongo que mi principal error fue dejarte pensar que tenías razón —concluyó.

—No era yo mismo y los celos tomaban el control en aquellas

situaciones. Nunca había sido así antes y no es así ahora. Mi intención hoy era convencerte de que lo comprobaras por ti misma, pero… Ya no estoy seguro de que sea buena idea. Ocultarme que teníamos una hija ha sido una cruel traición. Lo cual me recuerda que aún no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué no me lo contaste?

—No esperes una respuesta simple porque no la hay. La primera semana después de que lo dejáramos…

—No, de que tú me dejaras —puntualicé. No sé por qué lo hice, era innecesario.

—Vale, la primera semana después de que te dejara, aún no sabía nada. Me sentía mal, muy triste. Te echaba tanto de menos… Así que todo lo achacaba a mi estado de ánimo.

Según dijo a continuación, no se hizo la prueba del embarazo hasta casi dos semanas después. Había pensado en llamarme algo más adelante, cuando ella se sintiera más fuerte y se viera capaz de decirme que no si le proponía que volviésemos juntos. Y pasó el tiempo y ya le pareció inoportuno porque, quizás, yo podía interpretarlo como una forma de sacarme el dinero. Como si a mí el dinero me hubiera importado alguna vez.

—Eso sí, debes tener claro que no me cabía la menor duda de que, si te lo contaba, te implicarías al máximo y serías el mejor padre para ella. Sigo sin dudarlo. Y cuando os he visto hoy juntos, me ha invadido la tristeza y la culpa por lo que os he quitado. He sido una egoísta que sólo ha pretendido protegerse a sí misma.

—¿Protegerte de mí?

—De lo que siento por ti. Han pasado ya más de cuatro años, tres desde la última vez que nos cruzamos por la calle, y cuando te he visto esta mañana, me temblaban las piernas. He tenido que hacer un ejercicio de autocontrol antes de acercarme a hablar contigo.

Me pareció curioso que ambos hubiéramos experimentado las mismas sensaciones en aquel momento tan concreto.

—No voy a ser un impedimento para que veas a tu hija siempre que quieras, no habrá obstáculos, ni el más mínimo. Tampoco estoy en posición de pedirte nada y no lo haré. Sé que lo de esta noche no ha significado nada y asumiré las consecuencias.

—¿Para ti no ha significado nada? —le pregunté con cierto temor. Para mí aquello era muy importante porque podría ser un comienzo. Nos seguíamos deseando con la misma intensidad que cuatro años atrás. Si todo lo demás había cambiado, teníamos una oportunidad real de estar juntos y formar una familia.

—No es lo que quería decir. Para mí ha significado mucho. Pero imagino que, después de lo sucedido, no tendrás ganas de verme más.

—Te sigo queriendo, Laura. No estoy dispuesto a padecer lo mismo que he pasado estos cuatro años. Creo que prefiero tragarme mi

orgullo, aunque, tal vez necesite tiempo para digerir todo. Hace menos de un mes que me separé de Susan y aquí me tienes. Si hubiera seguido lo que me dictaba el corazón, habría venido a buscarte al día siguiente. Pero tenía que hacer las cosas bien. Además, antes de venir, estuve hablando con algunos contactos para que, si decidías venir conmigo, no tuvieras la excusa del trabajo esta vez. Hay un gabinete de psicólogos de bastante prestigio y están dispuestos a contratarte. Pero no tienes que contestar ahora. Los dos tenemos que pensarlo y replantearnos las cosas. Y, por supuesto, no te voy a forzar a tomar ninguna decisión de la que no estés plenamente convencida. Eso se acabó. No más presiones. Y también tengo que ser honesto, porque no puedo moverme de Las Vegas hasta que mis hijos sean mayores. No después de lo que han padecido ya.

A diferencia de años atrás, tuve la impresión de que Laura estaba dispuesta a venirse conmigo sin apenas dudarlo. Me parecía increíble. No me quería hacer ilusiones, en todo caso.

Seguía teniendo algunos temas pendientes de los que quería hablar con ella. Así que, para empezar, le pregunté si había estado con alguien aquellos años. Necesitaba saber si había rehecho su vida y pasado página tan rápido como me dijo Paul.

—¿Qué te dijo qué? Supongo que malinterpretaste sus palabras, porque no salí con nadie hasta bastante tiempo después de que Sarah naciera.

—No creo que le malinterpretara. Me dijo que te olvidara porque habías rehecho tu vida. De hecho, fue después de aquello cuando volví con Susan, porque pensaba que estaba todo perdido.

No me lo podía creer. Me había mentido a la cara sin inmutarse y luego había simulado que le importaba lo que yo sentía cuando trató de animarme.

Laura suponía que Paul sólo había intentado protegerla. En ningún caso le correspondía a él contarme que estaba embarazada y en eso tenía razón. Pero, cerrar la puerta a toda posible opción de reconciliación entre nosotros, tampoco era una decisión que estuviera en su mano. Y, aún así, la tomó.

Después le pregunté si había estado con alguien durante aquellos años. Había tenido algunas citas, pero ninguna relación seria. Los dos nos habíamos quedado atascados en aquel amor imposible.

A la mañana siguiente, nos despertamos porque Sarah vino a nuestra cama. Parecía que había tenido una pesadilla y aún estaba nerviosa.

—Papi, he soñado que venía un monstruo a llevarte y ya no volvías jamás.

—Pues mira, aquí me ves. No me he ido a ninguna parte.

Y entonces me acordé de algo que solía hacer cuando David y Lucie

eran bebés para tranquilizarles cuando no podían dormir.

—Mira Sarah, vamos a hacer una cosa y ya verás que pronto se te olvida la pesadilla. Te voy a quitar la camiseta, ¿de acuerdo? Así, muy bien —dije, mientras se la sacaba por la cabeza. Laura nos miraba con curiosidad—. Ahora te vas a tumbar encima de mí, ¿vale? Y voy a poner tu corazón muy cerca del mío, así los dos juntitos, sólo separados por nuestra piel. Seguro que ya puedes oír los latidos, ¿a que sí?

—Sí, los oigo.

—Muy bien. Escúchalos con mucha atención porque late para ti, para que estés tranquila. Cierra los ojos y escúchalo, sólo tienes que hacer eso.

Mientras tanto, le acariciaba suavemente la espalda, muy despacio y le tarareaba una melodía. Enseguida, su respiración empezó a tranquilizarse y se quedó dormida a los pocos minutos.

—No me puedo creer que se haya dormido otra vez.

—Con David y Lucie era infalible, aunque eran mucho más pequeños.



Durante unos meses, mantuvimos una relación a distancia con múltiples viajes entre Las Vegas y Los Ángeles. Había que hacer las cosas con calma. Por fin había comprendido en toda su extensión que la forma de que me quisiera no era aislarla de todo lo que era importante para ella y la hacía sentir fuerte, sino fortalecer sus vínculos e integrarme en ellos. No podía obviar, además, que Laura dejaba una consulta que no paraba de crecer y que contaba con un tipo de clientela bastante exclusiva. Por suerte, logró mantener también a parte de esos clientes cuando se incorporó al gabinete con el que yo había hablado, puesto que los atendía vía videoconferencia y, ocasionalmente, se trasladaba a Los Ángeles unos pocos días para la terapia con alguno de ellos.

Finalmente, Laura y Sarah se trasladaron a vivir a Summerlin. Era una forma también de que mi hija pequeña estuviera en contacto con sus hermanos, algo que para mí era importante. Para Lucie fue duro al principio. Ya no era la pequeña y, además, tampoco era la única niña.

Para tratar de compensar y agradecer el sacrificio que Laura hacía para estar conmigo, compré una casa en Malibú para que, siempre que pudiera o quisiera, pudiésemos estar cerca de Paul y su familia. Además, a Sarah le encantaba ir a la playa con él y decía que iba a aprender a surfear como su tío.

Las cosas nos iban realmente bien. Nos habíamos instalado en una

vida en la que reinaba la serenidad. Si discutíamos por algo, pues obviamente no estábamos de acuerdo en todo, era de manera calmada y adulta, sin tensiones ni salidas de tono. No había celos. Confiaba en ella, había aprendido a hacerlo y a no dejarme llevar por imaginaciones dañinas.

Aquella sensación de normalidad se sentía maravillosamente bien.



La primera vez que vi a Paul después de volver a estar juntos, fue un tanto incómodo. Yo estaba nervioso porque, después de todo lo sucedido en el pasado, no sabía cómo me iba a recibir. Sabía lo importante que era en la vida de Laura y tenía que intentar encajar en ese mundo que ellos habían creado y en el que yo había estado ausente los últimos cuatro años.

Nos reunimos en su casa para comer. Iban a hacer una barbacoa y me pidió que le ayudara. Era una excusa para estar los dos solos. Teníamos cosas de qué hablar, sin duda.

—Mira, Richard, quiero que tengas claro que respeto la decisión que ha tomado Laura. Ella y sólo ella es quien para decidir. Y te aseguro de que voy a esforzarme para ser tu amigo o, al menos, para que tengamos una buena relación. Pero no te voy a engañar, porque no te voy a dejar pasar ni una.

—Lo entiendo. Pero he cambiado, Paul, aunque no te lo creas y desconfíes, lo cual es lógico después de todo lo que pasó. He trabajado mucho y he instaurado hábitos en mi vida que me mantienen centrado. Lo que sucedió, no ser repetirá jamás.

—Eso espero.

Nos miramos a los ojos, supongo que estudiándonos mutuamente. Entonces decidí que no podía callarme.

—El día que nos vimos hace casi cuatro años en la fiesta de los estudios Universal, me mentiste, Paul. Laura no había rehecho su vida y, además, ya estaba embarazada y no me dijiste nada.

—No, no lo hice. Y te aseguro que no me arrepiento de habértelo ocultado y de haberte mentido descaradamente. Lo volvería a hacer sin dudarlo.

—No tenías derecho a hacerme eso.

—Tampoco era quien para decírtelo. Tendría que contártelo ella, no yo.

En eso tenía razón.

—Soy un buen padre, Paul. Puede que mi relación con Laura fuera un desastre, pero mi hija no tenía por qué perder a su padre.

—No le ha faltado de nada. Te aseguro que ha tenido una figura

paterna de referencia.

—Tú no eres su padre.

—No, no lo soy. Y no he tratado de reemplazarte, sólo he procurado que no le faltase nada y que sintiera que tenía una familia. Estoy seguro de que te has dado cuenta de que tu hija es una niña feliz.

No supe qué contestar.

—Y puestos a sacar los trapos sucios, fuiste un auténtico capullo cuando viniste a comer a mi casa y trataste de dañar mi matrimonio con comentarios malintencionados a mi mujer. Si creías que ibas a romper lo nuestro, es que no tienes ni idea de lo firme que es nuestra relación. Llevamos más de veinte años juntos. No sé qué mierda de matrimonio tuviste con tu ex mujer, pero seguro que no se parece al nuestro. Nos lo contamos todo o prácticamente todo, porque no creo en absolutos. Eso sí que fue una cabronada, por cierto.

Agaché la cabeza. Tenía toda la razón. Debería haber empezado aquella conversación disculpándome por aquello.

—Lo siento. Tienes razón. No volvería a hacer nada similar. No quería destruir tu matrimonio, sólo quería alejarte de Laura. Eras demasiado perfecto y yo, puestos a comparar, a tu lado salía perdiendo.

—¿De qué coño hablas? ¿En qué salías perdiendo? Yo era su amigo y por ti estaba locamente enamorada.

—No estaba bien, Paul. No veía las cosas con claridad. Estaba muy tocado por la infidelidad de mi mujer y por otros temas personales. Creo que es evidente por todo lo que ocurrió después. Espero que, de ahora en adelante, puedas comprobar por ti mismo que quien soy ahora no se parece nada al que conociste cinco años atrás.

Me miró durante unos instantes. Sospecho que estaba sopesando si estaba siendo totalmente sincero. Y me abrazó. Una forma como otra cualquiera de cerrar un pacto entre caballeros. Paul era así. Tenía razón Laura cuando decía que era alguien tremendamente afectuoso con la gente que le importaba. Con ese abrazo sellamos la paz. Y empezó una amistad realmente sólida. Sospecho que en algún momento Laura tuvo celos de lo que él y yo teníamos. Pasábamos mucho tiempo juntos y hablábamos de muchas cosas. Me vino muy bien tenerle en nuestra vida. Nos vino muy bien a los tres. Especialmente por lo que sucedió algún tiempo después.

27

Elige tu final

Yo no pude elegir el final. Pero tal vez tú sí puedas hacerlo. La vida viene como viene y no podemos resistirnos porque hay fuerzas por encima de nuestro control que, cuando toman una decisión, ya no hay nada que hacer. A veces un mínimo detalle, lo cambia todo.

Me sentía plenamente agradecido por la vida que tenía. Lo tenía todo. Tal vez fui demasiado ambicioso y debí conformarme con menos. Todo el esfuerzo de los años anteriores estaba dando un resultado más allá de lo que pudiera haber imaginado.

Encontrar el equilibrio, haber aprendido a pararme a pensar unos segundos antes de tomar la decisión equivocada dejándome llevar por mis impulsos, era lo mejor que me había pasado. Y seguía siendo un hombre nervioso e inquieto porque siempre he sido así. Simplemente, había sido una dura conquista de la voluntad llegar a ese punto en el que era capaz de someter todos mis demonios y dejar aflorar lo mejor de mí.

La trayectoria de Immanent seguía imparable. Cosechábamos éxitos en todos los rincones del planeta. Conciertos llenos con entradas agotadas por todo el mundo. Estábamos haciendo posiblemente nuestra mejor música. El único aspecto negativo era el tiempo que tenía que estar lejos de casa, aunque trataba que no fueran temporadas largas y que no superasen los quince días de ausencia, a pesar de que era inevitable que algunos tramos de las giras llegaran a ser hasta tres semanas, pero nunca superé ese límite. No quería cometer los errores del pasado y que estar mucho tiempo alejado de mi hogar acabara rompiéndolo. Me había costado demasiado esfuerzo lograrlo.

Mi relación con Luke tardó en sanar más de lo que me hubiera gustado. Es decir, más o menos rápido habíamos logrado llevarnos bien otra vez, pero no éramos los mismos ni nuestra amistad era similar a la que tuvimos en años anteriores. Tal vez verme tan unido a Brian le impedía dejarme derrumbar sus últimas resistencias. Yo le echaba de menos por lo que habíamos sido, pero también en este caso

aprendí a aceptar las nuevas condiciones.

Creo que la relación con mis padres nunca había sido mejor en mi vida. Nos veíamos con frecuencia y se volvían locos cuando íbamos a verles con los niños. Mi padre y yo teníamos largas conversaciones de todo tipo de temas y me hizo sentir verdaderamente que estaba orgulloso de mí.

Con Susan, las cosas volvieron a ser difíciles cuando le conté que había vuelto con Laura. Era comprensible. Nuestro matrimonio había fracasado dos veces y, en el segundo intento, yo no había sido capaz de quererla como ella necesitaba. Estaba enfadada y dolida. Yo tenía que entender su dolor para evitar que nuestra comunicación volviera a los desastrosos términos en los que estuvo cuando nos separamos la primera vez.

Trataba de mantenerme calmado y comprender sus sentimientos para evitar el cruce de reproches de tiempo atrás. No tenía sentido. Ella lo estaba pasando mal. Pero fue difícil y llevó tiempo que el temporal amainara otra vez.

Nos llevamos a Lucie y a David muchas veces a Malibú. Es increíble la facilidad que tenía Paul para que mis hijos le adorasen. Volvía a sentir celos de él, pero esta vez no debidos a Laura, sino a los niños, que no paraban de preguntar cuándo iban a volver a estar con él para que les enseñase a hacer surf.

Lo más increíble de todo fue la amistad tan fuerte que nos unió. Casi me divierte decir que algunas veces Laura estaba celosa por ello. No entendía que ella ya no era lo que nos unía o separaba, sino que era una parte al margen. Es decir, ellos seguían siendo íntimos amigos, puesto que había muchas cosas que les unían. Pero Paul y yo nos hicimos inseparables. Durante aquellos años, fue a la persona que más acudí cuando algo me preocupaba o tenía algún problema. En muchas ocasiones, quedábamos él y yo solos o nos íbamos juntos al monte con los críos.

❖

Aquel mes de octubre, la pesadilla que tuvo Sarah mucho tiempo atrás, aquella primera noche que compartimos, cuando vino a nuestra cama buscando consuelo, se hizo realidad. Un maldito monstruo vino a llevarme para siempre de su lado.

Acabamos un concierto en San Francisco un viernes por la noche. Laura y Sarah estaban en Malibú y Lucie y David estaban con su madre en Las Vegas. No me tocaba estar con ellos ese fin de semana.

Estaba programado que el sábado por la mañana temprano voláramos a casa. Mis compañeros irían de vuelta a Las Vegas y yo cogería un avión a Los Ángeles. Pero no quise esperar. Podía alquilar un coche y estar en Malibú tan sólo en unas pocas horas. Sería una sorpresa para Laura y Sarah. Cuando se despertaran por la mañana, yo

ya estaría allí y dispondríamos de todo el fin de semana para estar juntos. Debido a la adrenalina del concierto, no tenía ni el menor rastro de sueño, así que no tenía motivos para esperar. Quería estar en casa. No quería pasar ni un minuto alejado de ellas si no era imprescindible.

Mala suerte, no fue otra cosa. Aquel coche en concreto, aquella rueda específicamente. Podía haber cogido cualquier otro, pero escogí mal. Un ínfimo detalle me arrebató todo lo que tenía.

No iba rápido. No estaba cansado. No me distraje. Simplemente, la rueda reventó y perdí el control. De lo que vino después, ya no fui testigo directo. No estaba allí para verlo. Me encontraba ya en el otro lado.

He dicho que fue mala suerte, pero tampoco es totalmente justo. En aquellos últimos años había tenido la fortuna de ser feliz y plenamente consciente de serlo, cosa a la que pocos pueden aspirar en la vida. Lo tuve todo y había aprendido a disfrutarlo cada instante, sin perderme ni uno solo. Había vivido cien vidas en tan solo unos pocos años. Aquel desastre del yo que fui, intempestivo e indomable, que fue capaz de arrastrar a la persona que más quería a una relación demencial, me condujo a una terapia que me enseñó a agradecer cada segundo de vida y cada cosa que tenía. Aprendí a aceptar lo que tuviera que venir. Si eso no es buena suerte, entonces no sé qué lo es.

Lamento profundamente no haberme podido despedir de todas las personas que eran importantes para mí, que estuvieron a mi lado, que tuvieron que soportar mis peores momentos y que, a pesar de todo, me siguieron queriendo.

Paul, no te enfades conmigo. Esta vez no. Sé que recorriste solo la ruta que solíamos hacer juntos y cuando llegaste a la cima gritaste y me maldijiste por dejarte solo al cargo de todo otra vez. No tienes que hacerlo. No es tu responsabilidad.

Sólo pido un último deseo, poderme colar en los sueños de Laura para poderle decirle cuánto la he querido y que tiene que seguir adelante.

No quiero verte sufrir.

No te lo mereces, amor mío.

Te mereces ser feliz.



Acerca de la autora

Nacida en Salamanca en 1977. Licenciada en Periodismo por la Universidad Pontificia de Salamanca. Estudió también la Licenciatura en Pedagogía y el Grado en Psicología, ambas en la Universidad Nacional de Educación a Distancia cuando ya se encontraba en plena vida laboral activa. Actualmente, se encuentra realizando el Doctorado en la Universidad de Alcalá de Henares.

Profesionalmente, su carrera se encuentra principalmente ligada al campo de la educación, tanto en centros educativos como en formación para adultos. No obstante, su experiencia laboral fue muy variada antes de su incorporación plena al terreno educativo allá por el año 2004.

Respecto a la trayectoria como escritora, su primer libro fue autopublicado simultáneamente en Amazon y la tienda de libros de Apple el 16 de febrero de 2016. *El Encuentro*, título que da nombre a aquel primer proyecto, acumula muchas valoraciones en ambas plataformas con una puntuación bastante elevada. Aún sigue disponible su edición digital de forma gratuita.

Desde entonces, con *La Hora Del Ocaso*, ya son once los libros que han visto la luz. Su relato *La flor de mi jardín* obtuvo el tercer premio en el *III Certamen Internacional de Relatos Cortos Sobre Discapacidad*, cuyo jurado estaba compuesto por grandes nombres de la literatura y el periodismo español como Mara Torres, finalista del premio planeta y presentadora de La 2 noticias de TVE, Joaquín Martín, escritor, periodista y narrador de National Geographic y Andrés Aberasturi,


conocido periodista y escritor.